

Miguel Gacio Armendariz

Prólogo de Carlos Pinto Rodríguez

MUERTE y ASESINATO en FERROL

MUERTE
Y
ASESINATO
EN FERROL

MUERTE
Y
ASESINATO
EN FERROL

Miguel Gacio Armendariz

Terror y Muerte en Ferrol
© Miguel Gacio Armendariz
Primera edición: Abril de 2022
Diseño de cubierta: Gloria Carrasco
Correción: J. D. Oldman
Edición y maquetación: J. D. Oldman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Marcos en nuestro recuerdo,
para Ana, mis padres y lo que venga.

PRÓLOGO

Raquel, la protagonista de esta historia y capitana de la Guardia Civil junto a su compañero el Sargento Cañas, son designados para investigar el crimen de una mujer, acaecido en el mítico santuario ferrolano de Nuestra Señora de Chamorro. Tras un estudio preliminar del escenario del crimen, no encuentran ningún elemento que les sugiera que línea de investigación deben seguir, ella era una mujer madura, viuda y que goza del cariño de la gente que la conocía, Solo dos cosas desconciertan a los agentes; el extraño modo en que la víctima fue apuñalada, y que en principio no tiene nada que ver con que el marido de la víctima, muriera años atrás a consecuencia de una paliza que le propinaron dos individuos después de una reyerta en una taberna, sin que la mujer, presente en los hechos, hiciera nada para socorrerle.

Con tan exiguos indicios, los investigadores comenzaron su labor de indagación, que los llevará a descubrir otros crímenes y a conocer a sórdidos personajes con complejas psicologías, que irán enmarañando la trama hasta conducirla a un callejón sin salida. Esto supone un duro revés para la capitana, mujer perfeccionista en su trabajo, al que está dedicada en cuerpo y alma, hasta el punto de haberse convertido en una persona sin vida social y detestada por la mayor parte de sus compañeros.

Tras un lapso de sietes años desde que el caso quedara abandonado, y después de algunos cambios en las vidas de los investigadores, estos son llamados a resolver un nuevo crimen, cuyo modus operandi es similar al primer asesinato. A partir de ese momento, el relato sufre un inesperado giro, aparecen fantasmas de la niñez que afectan a la psicología de los personajes, y a historia se encamina hacia un inesperado final.

Carlos Pinto Rodríguez

PREFACIO

En la costa gallega, abierta al Atlántico por el norte y custodiada por la Ría en el sur, se encuentra la ciudad de El Ferrol. Sus casas bailan entre las construcciones medievales y las edificaciones militares. No en vano, ha sido un puerto estratégico, el puerto mejor defendido del mundo. Apodada la ciudad perfecta, sin embargo, pasa desapercibida en un país de ricos contrastes. Para el padre Onofre, vivir en aquella ciudad era un honor. Enamorado del cielo encapotado, de las mariscadoras faenando, del olor a mar, a marisco. Nunca fue hombre de mar propiamente dicho. Era la suya una vida más contemplativa. Le gustaba la fotografía y solían ser las barcas, las nasas y los viejos marineros sus capturas favoritas.

En los momentos en que baja la marea y las mujeres entran a las orillas de la Ría. Las marisqueras a pie. Un oficio antiguo, orgulloso. Duro, ciertamente. No es fácil trabajar con los pies en el agua, doblando la espalda para recoger berberechos, navajas o almejas. El padre Onofre las admiraba. Veía cómo cada vez quedaban menos y cómo acababan siendo una atracción turística más en aquella hermosa ciudad. A veces fantaseaba al verlas faenar sobre cómo serían sus vidas. Conocía los entresijos de muchas vidas, aunque no podía evitar imaginar las dimensiones y vivencias tras las caras enrojecidas por el frío y el pelo cuajado de pequeñas gotas de mar.

Corrían por las calles leyendas e historias sobre el mar, sobre el trasatlántico hundido en la playa de Santa Comba. Aunque esas fueran las que más le gustaban, a un cura le cuentan otro tipo de historias. Es la persona que conoce los secretos de toda una congregación. La que sabe cosas que avergüenzan a sus protagonistas. Se diría que incluso sabe cosas de esposos que no saben las esposas, y al revés. Ha oído secretos más o menos escabrosos, algunos incluso anodinos, pero nunca había pensado que un lugar sagrado fuese a ser peligroso, incluso si ese lugar estaba casi abandonado.

La ermita Do Chamorro se yergue en una discreta cumbre sobre el mar. La leyenda dice que la virgen del Nordés, en cuyo honor fue construida la ermita, escuchó a un marinero que había naufragado llamarla pidiendo ayuda y le salvó.

El padre Juan José Onofre creía fervientemente en aquella leyenda. Un hombre entrado en años y en carnes, y colmado de fe. Gustaba de pasear por los terrenos aledaños de la ermita y por ello dejaba el coche a casi tres kilómetros, justo cuando un pequeño cartel indicaba el desvío hacia la construcción. No era un edificio particularmente hermoso, más bien parecía que había sido construido con sobras de sillares y estilos mezclados, pero tenía encanto a su manera.

Suspiró dejando a sus espaldas el sol reflejado en la Ría y abrió con cuidado la puerta de la sacristía para comenzar a alistarse.

Lo primero que el padre Onofre notó fue el olor. Por encima de otros detalles fuera de lugar, como la escoba, el bolso en una silla o el paraguas malva detrás de la puerta. Era el olor de la colonia de la que la señora Asunción solía abusar, mezclado con un extraño regusto metálico.

Por un momento el olor le recordó a sus prácticas de veterinaria en la universidad militar. Era como la sangre.

Tragó saliva y caminó hacia la nave principal con el pulso acelerado resonando en sus oídos.

Levantó los ojos hacia el retablo y pidió calma y templanza cuando comenzó a vislumbrar un bulto en el suelo. Era sin duda un ser humano, una mujer, porque le veía la ropa y los zapatos. Pero sobre todo veía la sangre, formando un espeso charco a su alrededor. No era rojo brillante, sino granate, como un oscuro vino tinto. Sintió ganas de vomitar y tuvo el tiempo justo para llegar a la puerta antes de que las arcadas ganasen la batalla.

EL CASO

El caso se derivó desde la Policía Local a la UCO, con sede en A Coruña. Una vez llegó el caso, a nadie le extrañó que acabase en manos de la capitana Leiracha y su compañero, el sargento Cañas.

Cañas era un hombre de treinta y siete años. Moreno, alto, de aspecto anodino. Su rostro carecía de cierta armonía para poder llamarse atractivo, pero su planta elegante y cuidada le hacían más interesante, o eso se rumoreaba en los pasillos del cuartel. Callado y taciturno, era el contrapeso perfecto para Leiracha. Perspicaz, directa y muy intuitiva. Era de la clase de personas que se dedicaba en cuerpo y alma a su trabajo, de esas que asombraba por sus rápidos resultados, por sus corazonadas certeras, por su profesionalidad. También era de las personas que no caían bien a sus compañeros, que era difícil de aguantar y que creía que las normas de cortesía no eran más que una sugerencia.

Cañas la seguía, siempre a un lado. Tenía muy claro cuál era su papel en aquel binomio, y no era precisamente el de sobresalir.

Raquel era una mujer de estatura media, sin llegar al metro setenta. Tenía el pelo castaño, corto a la altura de los hombros, con un flequillo a un lado que solía apartarse de la vista de un soplido. Vestía siempre formal, en tonos azules o negros. Nada en su apariencia podría decir mucho de ella, pero tenía esa personalidad que instintivamente imponía respeto. Quizá era su mirada audaz, profunda y dura. Puede que fuese el modo en que hablaba, con vehemencia. Cañas se había dado cuenta hacía ya tiempo de que pasaban jornadas enteras en las que no la veía sonreír ni una vez. Siempre se tomaba todo lo que tenía que ver con su trabajo muy en serio, y eso se reflejaba en su carácter. Decía que las víctimas se merecían todo el respeto y que hacer chistes sobre un caso era faltar a ese respeto.

A pesar de que Raquel no aparentaba ser muy fuerte físicamente, esta primera impresión era engañosa. Aunque delgada, era resistente y fuerte para su complexión. Siempre entrenaba y salía a correr con regularidad. Incluso boxeaba, o al menos lo hizo un tiempo, aunque, como no solía compartir con su compañero nada de lo que hacía fuera del trabajo, Cañas no podría asegurar que siguiera haciéndolo.

Pero si algo definía a Raquel Leiracha era su determinación. Su foco estaba puesto en su carrera. Estudió criminología después de acabar psicología, una carrera que simplemente cursó por deseo de sus padres, según entendió Cañas en una de esas raras conversaciones en las que a veces Raquel dejaba entrever pinceladas de su pasado. Le encantaban las formaciones y ponencias en las que podía aprender más sobre cómo mejorar en su trabajo y cómo utilizar nuevas tecnologías para resolver un caso. Le gustaba tomar notas y preguntar al fin de cada ponencia, e incluso había llegado a escribir a algunos autores de manuales sobre dudas que le habían surgido.

Donde otros compañeros veían un aburrimiento, o un curso más que debían hacer para cubrir expediente, ella siempre se mostraba ilusionada por aprender. A veces Cañas se preguntaba qué clase de infancia tuvo esa niña para acabar siendo la mujer que era. Una mujer que no conseguía llevar una vida social normal, pero desde luego era la mejor en su campo.

Cuando asignaron a Cañas como compañero de trabajo de Raquel, sabía que ya habían solicitado

el cambio varias personas, hombres y mujeres más novatos y más experimentados. Nadie quería trabajar con ella. Probablemente se debía a que no era una persona cercana. Mientras se investigan casos, se pasan muchas horas con el compañero. Se confía la vida en la persona que tienes al lado, se viven momentos de tensión y, si sientes que la persona a la que debes cubrir no confía en ti, tiendes a no confiar en ella. Para Cañas nada de esto era un problema. Por su forma de ser, callado y paciente, ni la forma de trabajar ni de ser de Raquel suponía un problema para él.

Lo bueno de trabajar con Raquel era que al final el mérito era en parte suyo, pero solo ella caía mal al resto. Él pasaba muy desapercibido e incluso sabía que había quien le compadecía.

A él no le importaba trabajar con una persona con nula inteligencia social. Era buena en su trabajo y aprendía mucho de ella. Era resolutiva y muy segura de sí misma, con férreos principios que la hacían ser, en ocasiones, una kamikaze.

Resultaba complicado imaginarse a Raquel Leiracha como un ente separado del cuerpo de la guardia civil. Era su estado natural. Si cualquier persona se preguntase por ella, alguien le diría "ah, sí, es guardia civil", y poco más podrían decir de ella.

Muchas veces Cañas se había preguntado por qué una mujer como Raquel había decidido unirse al cuerpo. Ser guardia civil era en su mayor parte vocacional y, desde luego, poco agradecido y peor pagado. Otros cuerpos como la policía nacional tenían más crédito y mejor fama.

Raquel era una persona tenaz e inteligente. Probablemente podría haber entrado en cualquier cuerpo, o quizá incluso llegar a ser juez o fiscal. Se sabía el código penal al dedillo, y continuamente Cañas la encontraba enfrascada leyendo cualquier noticia relacionada con normativas, artículos y decretos.

Cañas a veces no entendía cómo alguien tan inteligente era tan inepta socialmente. Pero al menos parecía que su trabajo le reconfortaba, le llenaba, y no parecía apreciar el modo en que los demás se dirigían, o más bien rehuían de ella.

Por su parte, él, desde que comenzó su carrera, sufría lo que su prima Clara, psicóloga, calificaba como el síndrome del impostor. Siempre se había considerado un agente mediocre. No tenía la iniciativa ni la capacidad de análisis que tenía Raquel u otros compañeros. En cambio era una persona metódica y organizada. Suplía sus carencias con su diligencia. El hecho de que habitualmente se hiciese a un lado escuchando y asintiendo hacía que al menos pareciese más inteligente de lo que era, porque rara vez metía la pata.

Cañas se había levantado temprano para pasar a ver a su madre. La encontró, como ya suponía, levantada. Siempre le esperaba, cuando sabía que se iba a pasar, con un café con leche recién hecho sobre la mesa de la cocina. Él le dejó un pan con pasas acabado de recoger del obrador encima del microondas.

—Tienes cara de cansado —advirtió ella.

—Lo sé, he dormido mal. Creo que necesito un colchón nuevo.

—Mira uno, a tu edad hay que empezar a cuidarse la espalda.

Cañas sonrió. Su madre era la persona que menos se había cuidado que él conociera. Siempre había trabajado fregando escaleras, suelos y cocinas. Había cultivado sus verduras y había tejido su

propia ropa por la noche, cuando llegaba a casa harta de trabajar. Había criado a sus hijos sola, cuando su marido falleció demasiado pronto.

—Pasaré cuando tenga un rato. ¿Necesitas algo?

—Nada. Ya vino el chico a arreglar el calentador. Luego iré al mercado.

—Ya va haciendo frío, madre, no estés mucho por la calle. Vendré el jueves —le dijo apurando su café y dándole un beso en el pelo sembrado de hebras blancas antes de salir.

Cañas tenía pocos miedos, pero la cercanía de la fecha en que su madre faltara era una de las cosas que le acongojaban. No quería pensar en el mundo sin ella. A veces le gustaría ser más capaz de expresar sus sentimientos, sin embargo, estaba seguro de que, aunque no lo dijese abiertamente, su madre leía un te quiero en cada visita, en cada pan recién hecho que le llevaba, o en cada paseo al que le acompañaba, dejando que la mujer se colgase de su brazo para caminar a paso lento y quejumbroso.

Subió al coche y se dirigió al cuartel. Allí ya le esperaba Raquel. Ella siempre llegaba primero, y Cañas hacía tiempo que había dejado de intentar llegar antes que ella. Seguramente entraba una o dos horas antes de lo que debiera. No, él prefería hacer otras cosas temprano por la mañana.

—Tenemos un caso —dijo ella, un poco menos emocionada que de costumbre

Sabía que seguía molesta porque un tipo había conseguido salirse con la suya en el juzgado por un tecnicismo. Después de golpear a una prostituta senegalesa hasta destrozarle el cráneo, se iría de rositas. Cañas sabía lo que pasaría ahora. La capitana Leiracha jamás lo olvidaría. Estaría en la lista negra, pasasen los años que pasasen.

Había pocos nombres en esa lista, pero estaban grabados a fuego. En días como hoy, en los que ella llegaba temprano, repasaba casos, pruebas e incluso cobraba favores para seguir investigando, para enterarse de qué estaban haciendo. Ella solía decir que esa clase de gente volvería a caer. Volvería a hacer daño a alguien. Se habían librado de casualidad, y eso les daba una falsa sensación de invulnerabilidad.

Raquel no le contaba gran cosa de sus investigaciones paralelas, suponía Cañas que porque no solían avanzar demasiado. Que él supiera, había cinco nombres en la lista, seis con el último que había sido añadido. Todos ellos asesinos que conseguían eludir su castigo.

Para una persona como Leiracha, aquello era casi una afrenta personal.

—¿Qué hay del caso?

—Una señora asesinada en la ermita de Chamorro.

—¿Dónde está eso? Creo que me suena.

—En Ferrol.

Cañas asintió y guardó silencio. No, no tenía ni idea de dónde estaba esa ermita, ni le sonaba el nombre, se había confundido. Pero no lo diría en voz alta. Guardar silencio era su habitual manera de estar.

—Cosida a puñaladas. Pendientes de la autopsia definitiva, pero la causa de la muerte parece estar

clara.

—¿Cuándo salimos?

—En cuanto llegue el jefe. Aún no nos lo han asignado oficialmente. Yo me he adelantado un poco.

Cañas asintió. Imaginó que Raquel había husmeado un poco en las órdenes del día y habría visto sus nombres. Se mantuvo en su sitio, en una vieja mesa de escritorio. Ojalá aquello fuese como en las películas. Si aquello fuese una serie americana, contarían con una sala para ellos, con su propia mesa, ordenadores modernos, un forense enrollado que les colaba a ellos primero y tecnología a la última para saber que una espora pertenecía a una flor de la rotonda del polígono de Pocomaco.

Les avisaron de que la reunión para la orden del día comenzaba cuando Leiracha bebía un café de la máquina. Según vio Cañas al pasar junto a la papelera, debía ser el tercero, pero una vez más se limitó a guardar silencio. A Raquel le iba a dar un infarto si seguía así, aunque nunca se atrevería a decirle algo al respecto. No tenían mucha confianza en realidad.

Como ya esperaban, se les asignó el caso de la ermita de Chamorro. Partieron hacia la comisaría de policía de Esteiro media hora después.

Otra regla no escrita, que funcionaba a la perfección para Leiracha y Cañas, era que él conducía. Ella se perdía con demasiada facilidad, a pesar de usar el GPS. Fue sencillo establecer aquella dinámica, sin discutirlo ni negociarlo. Un día, después de dar de bruces contra el mismo callejón dos veces, Cañas puso el freno de mano, bajó de su asiento del copiloto dejando la puerta abierta del coche patrulla y abrió la de la capitana. Suspirando resignada, bajó del asiento y ocupó dócilmente el lugar que antes ocupaba su compañero. Incluso ella, que era una persona orgullosa, prefería llegar puntual al trabajo que perder media hora dando vueltas, sobre todo si pedían refuerzos y su ayuda era necesaria.

Cuando comenzó a ver la ciudad de lejos, mientras conducía, Cañas pensó en lo poco que sabía de Ferrol, más allá de que su hermano mayor hizo allí la mili. Le contaba batallitas y anécdotas, no estaba seguro de si quería creer. De las pocas veces que había ido a la ciudad, la Ría era siempre lo que más le impresionaba. Había algo en el agua que le atraía, y deseaba haberse criado en un lugar con mar, o un lago para poder disfrutar de ello.

Su hermano le contaba con orgullo cómo las fortalezas que se guardaban la Ría habían hecho de ella un puerto inexpugnable. Hablaba de ello como si de alguna forma fuesen obra suya, como si tuviese que ver algo con aquella estrategia militar defensiva que protegió la ciudad hace tantos años sin claudicar nunca. Aprendió a hacer nudos marineros mientras contemplaba el castillo de San Felipe y luego se lo contaba como si no hubiera visto nada más bonito en su vida.

Luego reía y decía que el orgullo patrio le hacía sentirse sensible. Lo arreglaba siempre con un par de cervezas y volvía a hablar de sus compañeros, del calabozo y de la vez que un compañero le escondió la gorra y le metió en un lío.

Cañas dejó atrás sus ensoñaciones y se concentró en conducir una vez que entraron en las primeras calles de la ciudad.

Notó que Leiracha le guiaba sin problemas por la zona y recordó que ella era oriunda de Ferrol. Era de los pocos detalles que conocía de ella. Con su verborrea habitual, Raquel solía siempre

conducir cualquier conversación, aunque ninguno de sus temas predilectos era su vida personal. Cañas no podía culparla, cuando él mismo no era capaz de verbalizar la mayor parte de sus pensamientos.

—¿Tus padres son de aquí, no? ¿De qué zona? —reguntó Cañas, que notó que ella se removía incómoda un momento en su asiento.

—Yo me crie en Santa Mariña —contestó al fin—. Cerca de Porta de Neira. La gente cree que parte del barrio es Catabois, pero porque no se enteran —murmuró enfadada.

—¿Es un buen sitio para criarse? —Insistió un poco más. A veces simplemente respetaba sus silencios, pero otras le gustaba seguir hurgando para sacar algo de información. Le molestaba en parte lo cerrada que era siempre, porque no había forma de llegar a conocerla de verdad, y al fin y al cabo eran compañeros.

—Bueno, está cerca de la zona más rural, y tampoco está lejos de la parte más urbanita.

—¿Echas de menos la ciudad?

—No.

—¿Nada?

—Echo de menos muchas cosas, pero volver siempre me recuerda a mis padres. Hace mucho que mi padre murió y mi madre está en una residencia porque no recuerda ni su nombre.

—Lo siento.

—No pasa nada. Ya lo he asumido. Las personas de mis recuerdos desaparecieron hace mucho.

Cañas decidió no insistir más en el pasado de su compañera.

Aparcó cerca de la comisaría de policía de Esteiro. Se trataba de un edificio de una sola planta, alargado, con detalles en marrón oscuro que enmarcaban una pequeña puerta. Frente a ella, había una fila ordenada de personas esperando para hacerse el DNI. Cañas y la capitana les sortearon hábilmente y se dirigieron directamente al mostrador para preguntar por la persona al mando. El agente que les atendió parecía estar esperando, les acompañó por un pasillo que olía a café de máquina hasta un despacho.

—Buenos días, la capitana Leiracha y el sargento Cañas, de la UCO —les anunció.

Al otro lado de una mesa más despejada y ordenada de lo que cabría esperar, se encontraba el intendente. Era un señor alto y enjuto, de semblante cansado. Llevaba el pelo ralo, salvo en las cejas, que asomaban frondosas y despeinadas por encima de la montura de las gafas.

—Les esperaba, siéntense. —Tomó la única carpeta que había sobre la mesa y se la tendió—. Asunción Valera era la víctima. Nacida en Málaga, pero criada en Ferrol desde los diez años. Se casó y enviudó joven. Aparentemente una señora normal, de sesenta y tres años. Se dedicaba a limpiar la *Ermida da Virxe de Chamorro*. El padre subió la tarde del lunes para preparar una misa y encontró el cadáver.

—¿Hay misa habitualmente? —Cortó Leiracha.

—No, habitualmente no. Pero se hacen misas especiales, en recuerdo de difuntos, o ceremonias

como bautizos y comuniones. Habían pedido unas misas para esta semana.

—¿Quién? —inquirió de nuevo.

—¿Quién? ¿Quién qué? —preguntó el intendente, turbado.

—¿Quién encargó las misas?

—¿Qué más da eso? No me consta —contestó molesto. No le gustaba verse en la tesitura de comentar que aquello no tenía relación con el caso y que por casualidad sí la tuviera.

—Entiendo —murmuró la mujer.

Cañas había vivido esta situación muchas veces. Ella ya había empezado a trabajar, a hilar pistas, a trazar líneas de investigación cuando en realidad la persona al otro lado solo de daba pequeñas pinceladas. Toda la investigación vendría después.

—El forense está acabando la autopsia definitiva, la causa preliminar de la muerte ha sido por las puñaladas. Un agente les acompañará al depósito para que puedan recibir la información directamente del forense. Les espera en la entrada.

El intendente lanzó un gesto con la mano indicando que salieran, después de hacerles entrega de la carpeta que contenía la (poca) información recopilada hasta el momento.

Leiracha frunció los labios. Cañas sabía que estaba molesta por la escasa recopilación de datos proporcionados, pero tampoco se podía pedir más, el caso se lo habían derivado a ellos directamente.

Caminaron hasta la entrada, donde un agente les estaba esperando.

—Arturo —se presentó, tendiéndoles la mano.

Saludaron cortésmente. Estaba muy claro que era un policía de la vieja escuela, en el peor sentido. De forma física muy mejorable, cansado y poco pulcro. Probablemente en segunda actividad o a punto de pedir la jubilación. Cañas se lo intentó imaginar resolviendo un crimen o intentando correr detrás de un ladrón y, sinceramente, le resultaba imposible.

Cañas se preguntó si a él también le llegaría el día en que todo le diera igual, en el que aquel fuera simplemente un trabajo más en el que debía ir a cumplir con lo justo para poder poner la mano al final del mes. Le aterraba la idea de que aquello que hacía dejase de parecerle un trabajo fuera de lo común y una suerte para él llegar a vestir el uniforme.

Nadie le había regalado nada, las oposiciones fueron una de las cosas más duras que había hecho en su vida, y a la que más horas le había dedicado. Nadie le había ayudado y, si había conseguido aprobarlas, había sido por lo importante que era para él ser policía.

Llevaba suficientes años en el cuerpo como para no considerarse un novato. Había aprendido mucho con el paso de los años y, sobre todo, de los casos. Y aun así no dejaba de considerarse un agente joven, que tenía mucho todavía por aprender. Se preguntaba a veces si alguna vez Leiracha se había sentido tan insegura como se sentía él a su lado. Podría parecer completamente imposible. Desde su lenguaje corporal hasta cada una de las manifestaciones de la capitana, hacían pensar que tenía una seguridad en sí misma fuera de lo normal. Pero Cañas seguía pensando siempre en silencio que detrás de esa fachada había algo más. Una persona no abandona todo en su vida salvo el trabajo

si no tuviera algún problema.

Mientras seguían al tal Arturo por las calles de Ferrol en dirección a depósito de cadáveres, intentaba recordar en qué momento se había decidido a ser policía. No pertenecía a una larga estirpe de agentes, ni había vivido un suceso traumático como el asesinato sin resolver de su padre... (Nuevamente, las series americanas fallaban ahí). Simplemente parecía que ese deseo estuvo siempre ahí, medio velado, hasta que finalmente llegó la edad en la que debía decidir qué pensaba hacer con su futuro y seguir el camino hasta conseguirlo. Probablemente de su madre aprendió que no había lugar para rendirse.

Por suerte el trayecto no fue muy largo, ya que demasiado tiempo al volante hacía que se sumiese en sus pensamientos y no tenía ganas ese día de ponerse sentimental. Habitualmente, Raquel hablaba sin parar de pistas o coartadas, pero ahora estaba a su lado sin prestar atención a la ruta, con la mirada fija en los documentos que le acababan de entregar.

En momentos como ese se sentía peor agente. Él aún no tenía la suficiente información para comenzar a tejer hipótesis sobre el caso, pero Leiracha lo hacía de manera automática. Seguramente ya había comenzado a hacer una lista mental de todas las pistas que quería seguir, de todo lo que necesitaba saber y aún desconocían.

—Este comisario no es que sea el más detallista.

—¿Umm?

—Digo que podía haber hecho algo más, un poco más de investigación, no sé, es como si simplemente el caso le quemase en la mano y se lo haya pasado a la UCO sin pensar.

—Jefa, estamos mucho más preparados que ellos, es totalmente normal.

—Sí, bueno, si yo tuviera un caso así de jugoso, no lo cedería tan fácilmente.

—No creo que por aquí definan el caso como jugoso. Más bien es un marronazo.

—Eso lo dicen los malos agentes que no tienen ganas de trabajar.

—Cómo eres, jefa.

—Ni como soy ni nada. Mira a quién nos pasan como enlace. A un agente que está con un pie en la jubilación y otro en la tumba de un infarto.

—Bueno, parece agradable, seguro que nos puede ayudar.

—Sí, claro. —Bufó Raquel.

Cañas sabía que ella iba a estar descontenta. Era normal. En el mundo ideal para Raquel, todo el mundo sería tan diligente como ella, pero la realidad era muy diferente. A veces era cuestión de política, de buena o mala prensa, de falta de personal o de presupuesto, de jueces más sensibles que otros a la hora de conceder una orden... no se trataba solo de saber hacer cada uno su trabajo. Pero nuevamente, todo ello eran conceptos que se le escapaban.

—¿Conoces esta zona? —preguntó Cañas, para cambiar de tema.

—Claro que la conozco.

—Estoy seguro que no haría falta que nos guiase Arturo.

—Bueno, algo tendrá que hacer. Además, aunque yo no estuviera, tú podrías poner el GPS.

—¿No quieres aprovechar que estamos aquí para hacer alguna visita?

—¿Visita? ¿Qué clase de visita?

—Bueno, como eres de aquí, no sé, a alguna amiga o familiar que haga mucho que no ves.

—Hemos venido a trabajar, Cañas.

—Lo sé, pero no las veinticuatro horas del día.

—No tengo tiempo de distracciones tontas. —Atajó ella.

Cañas tenía la teoría de que Raquel simplemente no era capaz de mantener relaciones personales porque no sabía hacerlo. Estaba claro que tenía que tener a algún familiar o a una persona conocida, con vecinos de toda la vida o amigas de la infancia. Le parecía raro que no fuese a llamar a nadie, pero seguramente en la mente de Raquel no era necesario cultivar o mantener relaciones de amistad ni lazos fraternos con sus primos porque no era capaz de pensar en nada más importante que el caso en el que estuviera trabajando.

Por supuesto, esto jamás lo diría en voz alta. No era su intención juzgar la forma de ser de su jefa, eso no le correspondía a él. Pero poco a poco se iba fraguando en él una cierta curiosidad sobre la vida y el pasado de ella. No era algo que le quitase el sueño, ni nada que implicase una investigación propiamente dicha. Aunque era parte de su curiosidad natural y, si bien el hecho de que la detective fuese muy reservada en sí mismo no le molestaba en absoluto, porque él también lo era, a veces tanto hermetismo le hacía pensar que algo escondía.

Estar en la ciudad en la que ella se crio y que no fuese capaz de decir o señalar sitios que han sido relevantes durante toda su niñez o juventud le resultaba muy raro.

Estaba seguro de que habían pasado por algún parque donde ella jugaba, o un colegio o instituto donde ella estudiaba de pequeña. Puede que alguna panadería en la que comprase a diario el pan, o una calle donde hubiera vivido su abuela.

Cañas pensó que aprovecharía el viaje para sonsacarle un poco más sobre su vida y su pasado. Era el escenario ideal y, por mucho que la jefa pareciese de acero, él estaba convencido de que en realidad no tenía ni idea de cómo hacer las cosas por sus nulas habilidades sociales. "Yo no sé cómo ha pasado el psicotécnico", había escuchado decir más de una vez Cañas sobre ella, por lo bajo, susurrando a algunos compañeros.

Le parecía exagerado, pero daría lo que fuera por haber escuchado las respuestas de Raquel durante las pruebas. Volvió a observar a su jefa, que revisaba de nuevo los papeles como si por leerlos más veces fuese a encontrar alguna información nueva.

Aparcaron cerca del edificio del depósito. El tal Arturo les acompañó directamente y se mantuvo a su lado cuando llegaron ante la forense. Era una mujer alta, rubia con el pelo ondulado, recogido en una estirada coleta. Fue ella misma quien extrajo la bandeja metálica de la cámara que contenía el cuerpo.

—Asunción Valera. Sesenta y tres años. Causa de la muerte, treinta puñaladas, exanguinación.

—¿Treinta justas? —preguntó con sorna Arturo, que por algún motivo seguía allí.

—¿Cómo? —Parpadeó la forense.

—Digo que si treinta justas, a lo mejor lo has dicho para redondear, no sé, pueden ser veintisiete... o treinta y dos.

La forense cerró un momento los ojos, y simplemente se corrigió.

—Treinta y tres puñaladas, exactamente. Dispuestas en una especie de espiral. Siete de ellas mortales de necesidad. Tiene una en la espalda baja, la primera. Considero que el asesino le propinó esa la primera, para incapacitar a la víctima desde atrás. Una vez en el suelo, le asestó el resto.

—¿En espiral?

—Algo parecido, sí. Todas con la misma arma, un cuchillo de filo liso muy afilado, cinco centímetros de hoja. Sin embargo, llama la atención que no hay hematoma alrededor, la empuñadura del arma no ha dejado marcas, quizá las cuchilladas no fuesen hechas con excesiva violencia, sino de manera calculada.

Leiracha meditó un momento.

—¿Cómo si temiera equivocarse en algo?

—Eso no puedo decirlo, sería una conjetura. Solo digo que no fue fruto de la rabia ni hubo violencia excesiva.

—¡Pero si le metió treinta puñaladas! ¿Cómo no va a haber violencia? —Bufó Arturo.

La forense rodó los ojos.

—¿Alguna otra cosa relevante? —preguntó Leiracha, en parte para saber, y en parte para romper la tensión.

—A esta mujer se le practicó hace años una histerectomía. Tenía mala salud dental y principio de artrosis en manos y rodillas. Por lo demás, nada a destacar.

—De acuerdo. Muchas gracias por atendernos.

—Les enviaré el informe definitivo cuando acabe de redactarlo.

—Gracias —murmuró la capitana, saliendo de la sala.

Cañas agradeció a Arturo que les hubiera acompañado hasta allí. Les aseguró que podían llamarle para lo que quisieran, que conocía la zona y a varios de los testigos. Parecía que no tuviera mucho más que hacer.

—Puede que nos sirva de ayuda —comentó Cañas cuando se hubieron metido en el coche. El agente les había indicado que podrían ponerse en una mesa en jefatura, pero ella había declinado.

—¿Quién? ¿Este bufón?

—No seas así. Además, ¿dónde quieres que nos instalemos?

—De momento vamos a hablar con los testigos. Luego ya pensaremos en eso.

Cañas suspiró. Le tendió el teléfono para que pusiera la dirección en el navegador. Por supuesto que Raquel ya tenía una lista mental de todas las personas a las que quería interrogar. Pasarían el

resto del día inmersos en ello.

INVESTIGACION

—Hay que hablar con el cura, eso lo primero. A ver quién encargó las misas, y si ella era la única que se encargaba de limpiar la ermita. También si notó algo raro o ella le dijo que estaba preocupada. Cualquier cosa que considere importante —verborreaba Raquel más para ella que para su compañero.

—Ajá.

—Y luego con sus vecinos. Tendremos que registrar la casa, para ver si había algo inusual o había recibido amenazas. A ver quién nos puede decir quiénes eran sus amigas.

—Cura, vecinos.

—Eso es. No puede ser un crimen al azar. Nadie espera en una ermita cualquiera a ver si una señora beata va a pasar la escoba.

—¿Crees que puede tener algo que ver con un rito satánico?

—No quiero descartarlo aún, sobre todo por la disposición de las puñaladas, que es algo raro. Le voy a enviar algunas fotos a Carrasco, que me debe un favor.

—Le has cobrado ese favor como tres veces ya. —Le recordó Cañas.

—No jodas, se lo cobraré todas las veces que me haga falta. No tengo ni idea de mierdas satánicas, y él se dedica a estudiar rituales y cosas paganas. Es un profesor aburrido de universidad que enseña a jóvenes que no quieren aprender. Que le llamemos para molestar es lo mejor que puede pasarle.

Cañas no dijo nada. Probablemente, Raquel tenía razón. Carrasco era un profesor cincuentón, pero en buena forma, que puede que estuviera coqueteando un poco con ella. O puede que simplemente estuviera encantado de que alguien se interesase por su materia de estudio, ya que no parecía tener mucho éxito en general.

Raquel había ayudado a resolver el caso de un mentor que había sido asesinado y, aunque todas las pruebas apuntaban al profesor, ella le creyó cuando aseguró que era inocente y no paró hasta detener al verdadero culpable. Hacían como tres o cuatro años desde aquello, y Carrasco había incluso escrito un libro que no se vendió demasiado en el que relataba el modo en que su vida estuvo a punto de verse destruida por completo. No había sido demasiado generoso con el mérito del asunto, pero a Cañas le hizo gracia verse descrito en aquellas páginas plagadas de "licencias artísticas".

—¿Algo más? —preguntó el sargento cuando vio que la capitana seguía sumida en sus pensamientos. Casi podía escuchar los engranajes de su mente.

—Es que no lo entiendo. La atacaron en un lugar extraño. No estaba de cara al altar mayor, ni bajo el ábside, ni cerca del púlpito... estaba según las fotos como en el primer sitio que pillaron.

—Igual sorprendió a alguien en la iglesia haciendo cochinadas, o intentando robar.

—¿Robar el qué? No hay mucho que valga la pena salvo estatuas y cuadros, y tienes que ser un especialista muy específico para querer algo así. No hay ninguna obra de un pintor o escultor

famoso. Además, treinta puñaladas, son muchas.

—Estará relacionado con la señora entonces.

—Cuesta creer que una mujer de su edad tenga enemigos tan acérrimos.

—No te cueste tanto. Hay señoras por ahí con muy mala sombra.

—Supongo... Bien, vamos a buscar a ese cura.

Avisaron por teléfono al padre Juan José Onofre de que necesitaban hablar con él. Estuvo más que dispuesto, e incluso sugirió verse en la misma ermita, ya que Raquel quería inspeccionar el escenario del crimen.

Casi una hora más tarde vieron al cura sentado en una roca cerca de la cumbre, a un lado de la ermita. Se presentó de inmediato, y Cañas vio que estaba sudando.

—Yo quiero ayudar, pero no pensaba que me iba a afectar tanto. Conocía a Asunción desde hacía treinta años, ¿sabe usted? Nunca pensé que encontraría así su cadáver. Y eso que he visto muchos, en los entierros... pero no una carnicería así...

—¿Era ella la encargada de limpiar siempre la ermita? —Interrumpió Leiracha, haciendo gala de su nula empatía habitual.

—No siempre, pero la mayoría de las veces. Es que ella conducía.

—¿Conducía?

—Es que es mejor venir en coche. Carmen y Eusebia, que también ayudan muchas veces, tendrían que venir andando, por eso a la ermita venía siempre Asunción.

—Pero cuando llegó usted no vio el coche.

—No, el coche no estaba, eso es cierto. Yo lo hubiera visto. Yo suelo dejar el mío abajo y subir andando desde el desvío, por hacer deporte, y no vi nada en todo el recorrido ni aquí arriba.

—Me dice que vino a limpiar porque se encargaron unas misas. ¿Quién?

—¿Quién? Pues como todos los años. Los hijos de Leandro y Paquita, que se casaron aquí hace como setenta años. Primero murió él, y ella encargaba las misas, y cuando falleció ella las empezaron a encargar los hijos en la fecha de su aniversario.

—O sea, que nada fuera de lo normal.

—No. Todo normal. Otros años teníamos contratadas a unas chicas de una agencia, pero, la verdad, hace ya tres o cuatro años que casi no se abren algunas parroquias y la limpieza y el mantenimiento lo vamos haciendo con las señoras voluntarias.

—Y esa semana o días anteriores, ¿notó algo extraño en Asunción, o en la ermita o la parroquia?

—De verdad que no. Era todo como siempre. Asunción era una mujer buena, muy amable, que siempre ayudaba a todos. No entiendo cómo alguien podría hacerle daño.

—¿Podemos ver el interior?

—Claro. Me disculpan si no les acompaño... no nos han dejado limpiar nada hasta que ustedes

llegasen.

—Comprendo, pero la verdad me gustaría que entrase, sobre todo para asegurarnos de que no falta nada o hay algo que se haya cambiado de lugar, algo que hubiera podido tocar el asesino.

Cañas vio cómo el padre Onofre tragaba saliva, pero asintió. Probablemente no hubiera vuelto a entrar desde que encontró el cadáver de la mujer que había sido amiga suya largos años.

—Estaba ahí, junto a esos bancos.

El padre señalaba al rincón donde un charco oscuro casi negro todavía marcaba el lugar inequívoco en el que estuvo el cadáver.

—No es el centro de la nave principal. Según las fotografías, la cabeza apuntaba hacia allí, ¿no, padre?

—Sí, cierto. Bueno, al principio no se la veía bien, porque estaba como debajo del banco, pero es que me llevé una impresión tan grande... ¡Apenas entendí lo que vi y me tuve que ir a vomitar! —confesó el hombre.

A Cañas le dio un poco de pena. Se decidió a indagar por su cuenta, paseando concentrado entre los viejos y desgastados bancos de madera. Hacía ya mucho tiempo que nadie los pulía con esmero.

—¿Desde cuándo no se hacen misas aquí? —preguntó por curiosidad, más que nada.

—Uy, hijo, muchos años ya. Por aquí pasa el camino de Santiago, el camino inglés. Cuando llega el buen tiempo muchos peregrinos vienen a ver la ermita, pero ya no hacemos misas porque no se quedan. Además, casi nadie quiere ya oficiar sacramentos aquí, está un poco lejos y dicen que no es muy bonita, aunque yo creo que La Virgen es preciosa y la ermita tiene su encanto.

—Pero si se paga, sí se hace misa. Para eso vino Asunción, ¿no es así? —inquirió Leiracha.

—Bueno, por encargo sí. Las misas en recuerdo de los difuntos, pero vamos, que hay muy pocas. Este matrimonio, ya sabe, porque se casaron aquí hace ya tantos años... pero poco más.

—Si no llegan a encargar las misas, ¿cuándo hubieran venido a limpiar?

—Pues una o dos veces al mes. Ellas llevan la cuenta, me piden las llaves y yo se las dejo, a veces vengo después, para asegurarme que todo está cerrado y en su sitio, pero más que nada porque me gusta andar por aquí, pasear. Ellas son muy cuidadosas, nunca hemos tenido problemas.

—Vuelva a hablarme de ella, de la señora Valera. Me ha dicho que era muy buena mujer, eso se dice siempre. Me gustaría que fuese mucho más sincero, ya sabe, cualquier cosa que le chirriase, o que pensase que era un poco extraño.

El cura pareció pensar un momento antes de contestar.

—No puedo decir una sola palabra negativa contra ella. Solo diría lo raro que me pareció siempre que, siendo una persona tan devota y con un amor tan grande a nuestro Señor... nunca se confesaba.

—¿Cómo?

—Que no venía nunca a confesarse. La veía rezar muchas veces, pero ni una vez la vi en el confesionario. Ni conmigo ni con otro sacerdote. Al menos nunca tuve constancia de ello.

—¿Y eso es raro?

—Pues sí, bastante. Pero la verdad es que nunca le cuestioné eso. Estas señoras tienen poco que confesar. Ella era viuda desde muy joven, vivía sola. ¡Oh! ¡Olvidé al gato! No sé si alguien se está ocupando de él.

—Nosotros vamos ahora para su casa, nos aseguraremos de que alguien lo cuide.

—Si el animal no tiene a nadie, yo lo cuidaré. —Se ofreció el sacerdote.

Cañas le aseguró que se lo harían llegar. Probablemente, el animal estaría perfectamente, solo había pasado un par de días. Siguió husmeando y, en el momento en que el padre vio que no le preguntaban nada más, se excusó y salió fuera.

El padre se sentó en el mismo lugar que había tomado para recuperar el aliento antes de entrar y descubrir el cadáver de la que había considerado muchas veces una amiga. Contempló el mismo paisaje que había visto otras veces, y de pronto le pareció extraño. La Ría reflejaba la luz del sol como un espejo, como siempre, pero nada era igual. Alguien como él sabía que el maligno estaba en todas partes, tentando. Que la vida es efímera y que lo único eterno es el descaso celestial del alma... Sin embargo, era tan duro aceptar lo que sus ojos vieron en aquella ermita...

Siempre había sido feliz simplemente contemplando la lengua de agua que traía vida y prosperidad a su ciudad. Respirar hondo y dejar que el aire hinchase sus pulmones. Pero ese día ya no, y le aterrorizó pensar que nunca más encontraría consuelo en las cosas cotidianas. Que su vida sería tan diferente en ese momento como lo sería de ahí en adelante. Quería seguir amando su ciudad, quería ser feliz simplemente estando ahí. Sin embargo, un charco de sangre le perseguía en sueños y dudaba que pudiera volver a conciliar el sueño.

Dentro de la ermita, todo estaba relativamente limpio. Algo de polvo aquí y allá, pero cada cosa en su lugar.

—No han podido sacar huellas de zapatos del suelo. No había suficiente polvo para dejar marcas.

—Va a ser complicado conseguir algo aquí —le respondió Cañas.

—Ni huellas dactilares ni de calzado. No hay rastros de ADN. Es como si lo hubiera hecho un fantasma. Es importante intentar encontrar el coche. Si el asesino se lo llevó, quizá tuvo que venir andando o dejar el suyo donde lo hace el cura, junto al desvío. Quizá alguien vio por allí un coche aparcado.

—Llamaré a la comisaría y pediré que busquen el coche.

—¿Se lo vas a pedir a tu amigo Arturo?

—No te burles, capitana, hace lo que puede.

Raquel tenía una virtud, que a la vez era un defecto. Era muy buena en su trabajo, extremadamente buena, puede que la mejor. Pero eso hacía que inmediatamente pensase en el resto como peores agentes, incapaces. Tendía a despreciar el trabajo de sus compañeros y no tenía piedad para personajes como Arturo, un señor mayor que ni se molestaba en disimular que estaba más que hastiado de lo que hacía y solo contaba los días hasta que se pudiera jubilar.

Cuando alguien no seguía el hilo de sus pensamientos, no resolvía cuestiones o encontraba pistas

tan rápido como ella, se desesperaba. Cañas pensaba a veces que tenía que tener algún trastorno antisocial.

Por suerte la mayoría de conversaciones similares las tenía con él cuando estaban a solas, y Cañas jamás diría nada en contra de ella ni le delataría ante ningún compañero.

Salió fuera de la ermita para disponer de mejor cobertura y marcó el número que les había proporcionado el agente. Le atendió muy rápido.

Le aseguró que pronto saldría la orden de buscar el coche y todas las patrullas estarían por la zona atentos a ver si lo encontraban. Antes de volver a entrar, decidió buscar una forma de entrar al histórico edificio que hubiera podido usar el asesino para colarse y esperar a Asunción.

—Padre —preguntó aprovechando que el cura seguía por allí, con la vista fija en la Ría—. ¿Por dónde cree que pudo colarse?

—Asunción solía abrir las ventanas de la sacristía para ventilar y dejaba abierto el portón. No sé, quizá entró por la puerta.

Cañas dio una vuelta por alrededor de todo el edificio y no encontró rastros que indicasen que alguien hubiera estado acechando por allí ni trepando ningún muro. Así que solo cabía pensar que el asesino entró después que ella, por la puerta abierta, cerrando tras de sí.

—Hay una cosa, agente...

—Cañas.

—Cañas, sí, disculpe. Asunción tenía una llave que yo le dejé para que viniera a limpiar. Pero cuando vine la vuelta estaba echada. Así que quien quiera que hiciese eso, además de su coche, se llevó sus llaves después de cerrar.

—Entiendo.

—No pasa nada, vamos a cambiar la cerradura en cuanto nos den permiso para limpiar todo esto. Pero para que lo supiera.

—¿En ese llavero había alguna otra llave? ¿De otro edificio quizá?

—No, no. Solo esta. Es una llave así como esta, grande y pesada. No es cuestión de ir juntando muchas, sería demasiado incómodo.

Pronto Raquel se cansó de buscar pistas donde no las había y, tras despedirse y asegurarle de que alguien le llevaría al gato, dejaron al párroco y se dirigieron a la ciudad, a casa de la señora Valera. La mujer vivía en un pequeño piso en el barrio de Ferrol Vello. El edificio estaba situado muy cerca de una amplia zona verde, y fue la primera vez que Raquel hizo un gesto de reconocimiento de la ciudad cuando se asombró de que habían renovado una zona.

—¿Y hace mucho que no vienes por aquí?

—Y dale. Que pesado estás, Cañas.

—Lo siento, jefa. Es que me parece raro que alguien que vive relativamente cerca del lugar en el que se crio no quiera venir más o visitar a gente.

—Estamos trabajando. Lo que yo haga e, mi tiempo libre es cosa mía.

—Lo sé, jefa. Disculpe.

Cañas sabía que últimamente estaba insistiendo mucho. Quizá la morriña por ver a su madre hacerse mayor le estaba afectando más. Sentía el vértigo en el estómago cuando notaba que el vínculo más importante que tenía en su vida podía irse más pronto que tarde. Intentaba no divagar demasiado, pero, cuando se quedaba solo, pensaba mucho en la importancia de las relaciones, en como las personas nos ayudan, nos apoyan, y lo mucho que significan en nuestra vida. Se preguntaba cómo habría sido la infancia de Raquel, probablemente porque era la persona con la que más horas compartía.

Sabía que su madre vivía en una residencia. Padecía demencia muy avanzada, y nunca supo si Raquel la visitaba con frecuencia o no, aunque dudaba mucho aquello viendo las horas que pasaba en el trabajo. Probablemente, la mujer no pudiera apreciarlo ya, y sus cuidados eran ya casi paliativos.

Raquel solo tuvo que leer la dirección para poder llegar hasta el portal exacto. No era un edificio especialmente bonito, más bien se trataba de una finca más, de familias obreras, con muchos elementos obsoletos, pero que aún estaban habitadas en casi su totalidad. No tenía ascensor y tuvieron que subir tres pisos. Se preguntó cómo una señora como Asunción se apañaría cuando fuese demasiado mayor para subir o bajar con autonomía, ella que no tenía hijos ni parientes cercanos y que había dedicado su vida a la parroquia.

La policía científica ya estaba allí, y encontraron la puerta abierta. Era un lugar acogedor, pequeño y recogido. Dos dormitorios, uno parecía no usarse nunca, tenía una colcha rosa de raso muy pasada de moda con unos cojines que a Cañas probablemente le darían pesadillas. En el dormitorio de ella, todo estaba como cuando ella vivía. El gato maullaba desesperado, probablemente asustado y extrañando a su dueña. El sargento se acordó de pedir a alguien que se lo llevase al cura y poco después el animal ya no estaba por allí.

Era un espacio relativamente pequeño y no tardaron mucho en revisar cada estancia y cada cajón.

—Aquí no hay nada. —Bufó la capitana, después de revisar el correo, que se limitaba a facturas de la luz, cartas del banco y la promoción de la próxima semana en el supermercado.

—Sigo sin saber aún si la víctima fue elegida al azar o había alguien que quería matar a esta señora.

—Odio no saber nada.

—Bueno, hace solo unas horas que tenemos el caso. No vamos a estresarnos. Deberíamos comer algo y luego seguir.

Para su sorpresa, Raquel estuvo de acuerdo. Seguramente para replantearse toda la estrategia mientras hacían una pausa. Ella misma sugirió un sitio, ya que conocía la ciudad.

Cañas añoraba comer en silencio. Cuando Raquel llevaba en la cabeza una investigación era como una olla en ebullición.

PROBLEMAS

Cañas simplemente escuchaba la diatriba de la capitana, mientras intentaba hilar sus propias conclusiones.

—Debemos entender que alguien la quería matar a ella —murmuró.

—No hay nada que indique que tuviera enemigos —protestó ella.

—Pero tampoco hay nada más de lo que estirar. Lo único que sabemos es que alguien esperó a que entrase en la iglesia y la mató en un lugar cualquiera, sin aparente significado particular. Que cerró las puertas con llave y se llevó el llavero y el coche de ella, pero dejó el bolso, el paraguas y el cadáver.

—Pero podrían haberle matado a ella como a cualquier otra. Podría haber ido otra persona a limpiar. No podían saber que era ella. A no se... ¡Que la estuvieran siguiendo!

—Bueno, supongo que esa podría ser una posibilidad.

—Pero sigo sin verlo. Era una mujer muy normal para que alguien la matase de esa forma. Creo que es hora de hablar con el profesor Carrasco sobre las puñaladas, ver si el patrón o algo del escenario le parece relevante.

—Como quieras.

A veces, Cañas sentía que la capitana no le tenía muy en cuenta. Respetaba su trabajo, pero sobre todo porque era una persona diligente a la que no le importaba pasar horas revisando tantos expedientes como le pusieran por delante, o hacer tantos registros como fuesen necesarios. Simplemente estaba tan segura de sus propias líneas de investigación, sus corazonadas o ideas e hipótesis que rara vez podía aceptar cualquier otra opinión.

Antes de llegar al postre, Raquel se levantó para llamar al profesor. Por supuesto aceptó revisar los datos del caso para ver si podía ayudar en algo.

—Bien, en cuanto nos llame sabremos si tiene alguna relevancia el tema de las puñaladas.

—Tampoco es que este hombre pueda saberlo todo. Quizá no es ningún ritual satánico, pero sí tiene importancia en la mente del asesino.

—Hoy estás muy negativo, Cañas.

El sargento se limitó a encogerse de hombros. No pensaba discutir con ella. A veces, cuando se quedaba sin pistas, regresaban sobre sus pasos y entonces las teorías de Cañas podías ser más útiles.

Tuvieron que pasar varias horas antes de que consiguieran una pista. Arturo, el agente de enlace con la comisaría, les llamó para decirles que habían encontrado el coche.

Se trataba de un Opel corsa azul claro que la mujer había comprado de segunda mano. A Cañas le llegó a extrañar que una mujer como aquella necesitase un coche, porque no parecía tener mucha actividad en su vida diaria fuera de su barrio. Las dos mujeres que solían también limpiar en la parroquia decían que nunca le habían visto salir de la ciudad ni viajar, tampoco recibía visitas de su familia de Málaga ni ella iba nunca a visitarles.

—El coche ha aparecido en un barranco, lo han intentado quemar, pero no ha ardido del todo. Toda la parte del maletero está intacta —les informó Arturo.

Se había subido en su propio coche para poder indicarles el lugar del siniestro.

—Este es un camino poco transitado, pero los fines de semana suben muchas motos, que les gustan las curvas —les explicaba.

—¿Nadie vio el fuego o algo extraño? —preguntó Raquel.

—No que sepamos, no se ha recibido ninguna llamada a los bomberos ni a emergencias. Seguimos investigando.

—Sí, ya —murmuró ella, que no era capaz de disimular la poca confianza que tenía en sus capacidades policiales.

—Está un poco lejos de la ciudad. De algún modo el asesino tuvo que volver desde aquí —se preguntó Raquel.

—No lo sé. No podemos saberlo tampoco, porque aquí no hay cámaras.

Cañas detuvo su coche donde el agente les indicó. Vio que no había marcas de frenadas en la carretera. Se acercaron al borde de la pendiente. El aire olía a humedad y el cielo comenzaba a oscurecerse. Abajo, en el barranco, los restos de un coche medio calcinado parecían llevar poco tiempo allí.

—Lo van a remolcar mañana, lo van a revisar los del laboratorio.

—De acuerdo. En cuanto se sepa algo, que nos avisen.

Antes de que pudieran llegar al hotel, ya había comenzado a llover.

—Espero que no se pierda ninguna prueba —murmuró ella.

—¿Más que con el fuego?

—Además de por el fuego.

—Mañana lo sabremos.

Cañas estaba muy cansado para cuando consiguió meterse en la cama. Sabía que Raquel, que ya había pedido café a la recepción, seguiría dando vueltas al caso.

Fue al día siguiente, a media mañana, cuando recibieron la llamada del profesor universitario.

—Tengo unas noticias buenas y otras malas.

—Desembucha —exigió Raquel.

—Bien, sin paños calientes. No puedo decir que haya algo particular en el cuerpo ni en la disposición del cadáver o las puñaladas que esté relacionado con algún tipo de ritual o símbolo satánico o pagano. Pero sí que el dibujo sigue un patrón numérico.

—¿Numérico?

—¿Habéis oído hablar de la sucesión de Fibonacci?

—No. Bueno, quizá, vagamente.

—1,1, 2, 3, 5, 8, 13. Si os dais cuenta, las puñaladas van separadas en pequeños intervalos, una en la espalda, una en el cuello, dos en el corazón...

—Creo profesor que va a tener que venir a Ferrol y explicarnos todo esto.

Carrasco no pudo ocultar el regocijo cuando escuchó a la capitana. Asintió y acordaron verse al día siguiente. Cañas tenía más claro que nunca que aquellos casos eran sin duda lo más interesante que debía pasarle en su aburrida vida de profesor de una asignatura que a nadie parecía gustarle demasiado.

—Bueno, al menos tenemos una pista.

—Es una pista extraña, pero sí.

—Bueno, es lo que tenemos. Ahora me gustaría revisar algo. ¿Hemos investigado a los hijos de los difuntos para los que se solicitó la misa?

—No. No habíamos hablado de ellos.

—Bueno, sería un poco absurdo no investigarlo.

—¿Qué quieres que busque exactamente?

—No lo sé. No sé nada. Averigua quiénes son, si tienen antecedentes, si conocían a la víctima, si tienen perro... ¡no lo sé, haz todo lo que se supone que debes hacer!

Cañas solo asintió. Se dirigió a la comisaría donde Arturo le señaló su mesa y su ordenador. Desde allí vertebró una pequeña investigación que dio resultados descafeinados. Los hijos de Leandro y Paquita, el matrimonio para el cual se había pedido la misa, eran ya mayores, pasando los sesenta. Un abogado disponía cada año el encargo de la misa, tal y como había solicitado la señora en su testamento, avisaba a los hijos y a algunos parientes y amigos para que pudieran asistir, aunque cada vez quedaban menos. Según pudo saber Cañas, en la última misa solo habían asistido cuatro personas.

De los hijos supo que sobrevivían tres, ya que uno falleció de niño. Dos vivían en Ferrol y un tercero en Alemania.

—No hay nada interesante —aseguró Cañas. Raquel se veía un poco frustrada.

—Han llamado del laboratorio. En el coche no han encontrado huellas más que las de la víctima. O el asesino tuvo mucha suerte de que el fuego destruyese las suyas o tuvo cuidado de no dejar ninguna.

—Creo que hasta que no llegue mañana el profesor Carrasco no podremos avanzar mucho más.

—No, no vamos a estar de brazos cruzados. Volvamos a la casa de Asunción.

Cañas asintió, aunque estaba seguro de que ya habían revisado todo. Sin embargo, al volver a la casa sin que nadie del laboratorio estuviera allí, tenían más libertad para ver y revisar absolutamente todo.

—Quiero saber todo lo que se pueda saber de esta señora —murmuró Leiracha.

Volvieron una vez más a casa de asunción, pasando por el parque. Cañas intentó imaginar el recorrido que haría a pie o en coche habitualmente la mujer. Intentando encontrar un lugar desde el que se le pudiera espiar y seguir sin ser vistos. No era imposible, pero tampoco tarea sencilla. Vigilar el domicilio era quizá la parte más sencilla, aunque, si ella empezaba a callejear, era poco probable que alguien la siguiera y ella nunca lo notase.

—¿Crees que el asesino vigilaba su casa? —preguntó Cañas cuando Leiracha le sorprendió ensimismado.

—Lo había pensado antes. Mira, desde aquella zona podría vigilar sin ser visto, pero si ella se dirige hacia la parroquia, por aquí, él tendría que cruzar toda esta extensión, que es un espacio abierto y alguien le vería. Puede que pasase desapercibido una o dos veces, sin embargo, al final, si lo hiciera mucho, alguien le notaría.

—Eso pensaba. Si solo miraba su casa, es un buen punto, pero si ella se movía por aquí —dijo haciendo un gesto señalando las calles que se adentraban más en el barrio—, ya no creo que sea tan fácil.

—Puede que no la espiase mucho aquí, sino en otros lugares en los que se moviera.

—Habría que ver si el cura consigue recordar algo más, o quizá alguna otra de sus amigas. Todo sigue siendo un poco extraño, lo veo muy cogido con pinzas.

Pasaron media tarde abriendo todos los cajones y armarios, hasta las latas viejas en el aparador. Parecía una señora de lo más normal.

—Un momento... ¿Esta señora no era viuda? —preguntó de pronto Raquel.

—Sí, por lo que dice aquí, enviudó a los tres años de casarse. No se le ha vuelto a conocer ninguna pareja después.

—¿Y las fotos del marido? ¿De la boda? Si le ha guardado el luto cuarenta años, lo normal es que hubiera cosas suyas, recuerdos por aquí.

—No he visto nada de eso. Tampoco documentos relativos a la defunción o algo. Ella vivía de la pensión de viudedad, es el único testimonio de que estuvo casada.

—Es extraño. ¿Sabemos algo de la muerte del marido?

—No, pero podría preguntar.

—Sí, entérate.

Revisaron una vez más los álbumes de fotos sin encontrar ni una sola de su boda, de su marido o de aquella época.

—Quizá perdió las fotos en algún incendio o alguna tubería rota las dañaría.

—No, hubiera pedido copias a los familiares. ¿No dijo el cura que ella nunca se confesaba?

Cañas asintió, aunque aquello solo le sonaba vagamente.

—Creo que ocultaba algo.

—¿Algo relacionado con su matrimonio?

—Sí. Tengo que investigar esto...

Raquel comenzó a teorizar. Sentada en una silla de la cocina de la víctima, dejó de estar presente en aquel momento. Estaba en su propio mundo, en su cabeza, imaginando las teorías, las posibles explicaciones.

Cañas dejó a la capitana sumida en sus pensamientos algo más de una hora. Aprovechó el tiempo para reservar en un restaurante para la cena y consiguió llevársela de allí justo a tiempo para cenar.

Buscó un restaurante nuevo, le gustaba descubrir diferentes rincones de la ciudad. Le sorprendía no haber ido antes a conocer Ferrol. Su hermano contaba todas aquellas historias de la mili, pero, mucho más allá de la presencia miliar que históricamente ha estado ligada a la ciudad, había una parte modernista que no dejaba de encantarle. Había preguntado a Arturo varios restaurantes y al parecer tanto al agente como a su mujer les gustaba la buena gastronomía y conocían muchos sitios interesantes. Leiracha no apreció los esfuerzos de Cañas en elegir un buen lugar donde llenar el estómago. Ella directamente entró y eligió una mesa apartada para poder hablar del caso con libertad.

—Por lo menos tenemos dos hilos de los que tirar, eso que dice el profesor de la sucesión de no sé qué y lo de la viuda alegre.

—No le digas así, pobre mujer. Respecto a lo que decía el profesor, he estado leyendo un poco, es una sucesión de números concreta que aparece representada en la naturaleza y en construcciones humanas, es algo así como una espiral- Comentó él.

—Sí, lo que quiero saber es por qué alguien usaría esa sucesión de números para apuñalar a esta mujer. Y, sobre todo, si era esta mujer la víctima o simplemente estaba donde no debía estar.

—A ver, la mujer estaba limpiando la ermita, es muy difícil estar en el lugar equivocado en un sitio así. Ni que fuera el Bronx.

—Bueno, bueno, quizá el asesino solo esperaba a ver quién pasaba por allí. Pero sigue siendo sospechoso lo de la muerte de su marido.

—No lo sé. Simplemente igual no guardaba buen recuerdo de su matrimonio. Esas cosas antes pasaban. O no sé, igual era doloroso para ella ver las fotos.

—Sin tuviera mal recuerdo de su matrimonio quizá se hubiera vuelto a casar. No lo sé, Cañas, aquí algo no me cuadra. Todos decían que era una señora de lo más normal, pero tú y yo sabemos que, en realidad, eso no significa nada. No todos los asesinos están locos ni hacen cosas extrañas por ahí antes de matar a alguien. Cualquier persona puede ser un asesino. Solo tienen que darse las circunstancias adecuadas, el detonante que hace que precisamente tú entre todas las personas estalles y cometas un crimen. Por eso no le pasa a todo el mundo, tienen que darse circunstancias muy particulares.

—Lo dices como si todo el mundo fuese a matar a alguien si se alinean sus planetas. Yo no lo veo así —murmuró Cañas.

—Eres policía, hemos visto de todo. Has sacado tu arma y has disparado. ¿Cómo puedes creer que hay gente que, incluso con los estímulos concretos que le harían perder el control, no mataría nunca?

—Lo pienso y lo creo sinceramente. Hay gente que simplemente no, no lo haría. Y gente que no necesita una conjunción concreta de los acontecimientos ni siete detonantes en un orden perfecto. Hay gente que está rota por dentro y, tarde o temprano, algo irá mal y herirá a otra persona. Y luego sí, los que tú dices, que son personas aparentemente normales, con una casa normal y una familia promedio que de repente se mete en un lío del que no sabe salir y mata a alguien. Pero no todas las personas lo harían.

—No puedo creer que seas tan inocente.

Cañas simplemente se limitó a encogerse de hombros. No pensaba discutir con Raquel un tema como aquel. En su interior, necesitaba estar seguro de que habían personas buenas. Estaba acostumbrado a trabajar con lo peor de la sociedad, malas personas, rateros, ladrones, drogadictos, asesinos, estafadores... gente si moral ni conciencia. Pero, si dejaba que aquella imagen de la gente ganase la batalla, no tendría nada por lo que levantarse por la mañana.

No, él luchaba por los buenos que aún quedaban, y estaba seguro de que andaban por ahí fuera. Puede que la señora Asunción no guardase fotos de su boda, pero eso no quería decir que fuese mala persona. Debía creer que era una víctima que merecía justicia y nada más allá de eso. Si comenzaba a pensar mal sobre todas las personas que se cruzaba, no querría seguir trabajando de policía, no tendría sentido.

Raquel le dejó sumido en sus pensamientos, tal y como él hacía por ella cuando estaba en plena introspección. Pidieron la cuenta y se dirigieron al hotel. Por la mañana, a primera hora, el profesor Carrasco se uniría a ellos para seguir las pesquisas.

Leiracha llevaba despierta desde el amanecer. En el silencio de la noche no le costó a Cañas identificar los sonidos que hacía en la habitación contigua su compañera, pero se negó a desvelarse todavía y continuó durmiendo. A veces le preocupaba lo poco que dormía ella y lo mucho que se dedicaba a su trabajo. Incluso le llegaba a preocupar que ella tuviera algún tipo de problema psicológico o una carencia de tipo personal que le impidiese tener una vida normal, con amigos e incluso una pareja. No podía tener nada de eso dedicando tantas horas, esfuerzo y pensamientos a los casos en los que trabajaba.

A las ocho en punto ella llamó con los nudillos a su puerta. Cañas bostezó y se levantó a abrir en pijama. Normalmente dormía en ropa interior, fuese la estación que fuese, pero, conociendo a Raquel, en cualquier momento se presentaría en su habitación por haber tenido una idea, una corazonada o un pálpito y prefería no arriesgar.

Se dio una ducha fugaz mientras ella esperaba en la cafetería del hall desayunando su consabido café y pronto estuvieron listos para ir a recoger al profesor.

Venía cargado con un pesado maletín que tendió a Cañas para que se lo guardase él en el coche. Arrugó el ceño, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, el profesor era su asesor y estaba allí únicamente porque se lo habían pedido ellos. En todo caso, lo había solicitado Raquel y él no pensaba quejarse.

Carrasco se acomodó en el asiento trasero disimulando muy mal las ganas que tenía de colaborar con ellos. Condujeron hasta una cafetería muy tranquila que Leiracha conocía. Por algún motivo no quería ir a la comisaría donde les dejarían una mesa para trabajar. Ella quería mantener la investigación al margen, era muy reservada y no confiaba en el resto de agentes. Decía que habían hecho un pésimo trabajo hasta el momento.

Bueno, para ser justos, ellos apenas habían hecho nada, y el laboratorio sí que había sido muy rápido realizando análisis tanto del coche como del piso y del escenario del crimen. No podían quejarse, pero Raquel necesitaba mucho más para poder considerar que los compañeros estaban a la altura.

—¿Qué es lo que ha averiguado? —le preguntó a bocajarro nada más tomaron asiento.

—Bueno, he estado estudiando un poco. Hay cierto misticismo entorno a la sucesión de Fibonacci.

—¿Alguien mataría por ello? —insistió Raquel.

—Bueno, usted ya sabe que la gente necesita pocos motivos para matar a alguien. Cuando lo tienen en la mente, cualquier excusa es buena. Siempre hay un porqué, con que legitime el acto para ellos mismos, es suficiente.

—Volvamos al tema, ¿cómo cree que alguien puede usar esta sucesión de número como excusa para matar?

—No creo que se pueda. Es decir, podría usarse de mil maneras, pero creo que el hecho era matar, y luego por algún motivo podría parecerle adecuado hacerlo según esta sucesión.

—¿Quiere decir que no era el objetivo sino un medio?

—Eso creo.

—¿Y por qué lo cree?

—Muy sencillo. La primera puñalada está en la espalda.

—La forense cree que para incapacitar y asustar a la víctima.

—Correcto. Sea el motivo que sea, imagino que la pobre señora se tiraría o caería al suelo. Bien, tenemos la primera. Luego el resto. No es que precisamente estén dispuestas en un sitio representativo. Más bien intenta imitar la representación gráfica de la proporción áurea, que es como se la conoce a esta especie de espiral —dijo sacando un dibujo de una de las carpetas que contenía el maletín—. Pero no es un dibujo muy exacto. Si su intención era causar muerte a través del dibujo exacto de la proporción... hubiera tenido más cuidado, lo hubiera hecho de una manera más pulcra. Bueno, al menos esa es mi opinión.

—Pero usted no es psicólogo —se atrevió a decir Cañas.

—No, es cierto, pero tengo muchas nociones al respecto del comportamiento humano relacionado con los símbolos, los iconos, la religión, la santería, el oscurantismo...

—De acuerdo, de acuerdo, disculpe.

El profesor se hizo el ofendido un poco más, mientras la camarera les traía la comanda, que incluía otro café solo para Raquel.

El profesor les explicó un poco sobre la proporción aurea y el sentido del dibujo de la espiral. Siguió insistiendo en que o bien era una estrategia para confundir a la policía o simplemente un medio, pero no era el fin.

—Insisto, si a una persona le obsesiona tanto la sucesión como para matar con ella, lo haría de

manera perfecta, de eso se trata exactamente, de una proporción perfecta, que se repite en la naturaleza, y errar en algo así, sería imperdonable, si no es exacta, no es la proporción aurea.

—Entiendo —murmuró la capitana Leiracha.

José Cañas estaba convencido de que todo aquello lo podía haber explicado por teléfono, pero aun así no comentó nada. Al fin y al cabo, el profesor parecía estar muy seguro de lo que decía, y la información era útil, ellos no tenían ni idea de qué iba todo aquello.

—Cañas, podías ir a comisaría e investigar un poco. Quizá haya antecedentes de algún caso similar. Voy a llamar al jefe e informarle de todo lo que hemos avanzado.

—De acuerdo, luego nos vemos.

Cañas se dirigió a la comisaría. En aquella ocasión no había gente haciendo cola para renovar el DNI, y Arturo ya le estaba esperando.

—¿Tenéis alguna pista?

—Sí, aunque no muy concreta. La disposición de las puñaladas parece ser parte de una sucesión de números famosa.

—Oh... vaya. Bueno, yo no lo sé usar bien, pero ahora hay un programa de esos nuevos que puedes usar un buscador para ver si hay coincidencias con otros casos.

—Sí, sé cuál es. A veces lo usamos. ¿Tenéis acceso vosotros al programa Orión?

—Sí, bueno, yo no tengo claves ni nada, pero desde este ordenador se puede buscar.

—Tranquilo, yo tengo claves.

Arturo asintió y tomó una silla para mirar por encima de su hombro la búsqueda de coincidencias. El ordenador era lento y el programa tardó un poco en abrirse. Luego esperaron un rato hasta confirmar que efectivamente no había ninguna coincidencia.

—Esto no le va a gustar a la capitana. —Suspiró Cañas, enterrando los dedos en su pelo.

—Vaya, mala suerte —murmuró Arturo.

—Quizá hubiera algún caso antiguo, de los que no se han mecanizado aún.

—Bueno, hay un archivo de casos. Es complicado meterse ahí, pero no tengo nada más que hacer.

—¿Hay muchos expedientes?

—Bueno, la verdad es que sí, pero podemos saber cuáles son por puñaladas. Eso reduce la lista. Te sorprendería saber cuántos se decantan por usar un martillo, una piedra o cualquier cosa gorda y pesada con la que golpear a alguien.

—Sí, lo sé —contestó Cañas, recordando que él también era agente.

Solicitaron permiso y acceso para revisar casos antiguos. Se sorprendió al saber que sólo llevaban seis años informatizando casos cerrados o cuya investigación estaba suspendida. Eso implicaba que había todavía archivos bastante recientes que no se habían llegado a codificar e informatizar.

Arturo condujo su propio coche hasta el cuartel militar del Ferrol. Allí, en un pequeño edificio aledaño, se encontraba una sala destinada a expedientes policiales. Era un lugar angosto y lleno de polvo. En la antesala, una mujer con aspecto de aburrida les atendió amablemente.

—Cecilia, necesitamos casos antiguos, donde la víctima muriese de múltiples puñaladas... un montón.

—Muchas... ¿eh?, creo que tengo varios casos que coinciden.

La mujer consultó en su ordenador.

—Ella es la que informatiza las cosas —le informó Arturo—. Va a su ritmo. Pero, desde que comenzaron a traer carpetas y archivadores aquí, se dedicó a hacer un pequeño índice, ¿verdad, Ceci?

—Bueno, así es más fácil buscar las cosas. No te creas que sois los únicos que venís buscando casos antiguos.

La mujer se enfrascó en su índice. Cañas entendía por qué era tan lento el escaneado y mecanizado de todos los expedientes. No es que dispusiera de un equipamiento informático de última generación. Trabajar allí debía ser muy aburrido.

Al cabo de unos diez o quince minutos, Cañas tenía en su mano una lista de diecisiete casos que coincidían con el crimen de Asunción Valera. Cecilia les ayudó a bucear entre estanterías abarrotadas y archivadores medio oxidados hasta encontrarlos a todos. Cañas había estornudado varias veces y estaba deseando salir de allí, el polvo le estaba matando.

—Tenemos una mesa donde podéis estudiar los expedientes, si quieres —dijo Cecilia señalando detrás de sí una mesa desvencijada, con una silla antigua y un poco coja.

—Gracias, prefiero llevármelos, quiero que mi jefa los pueda consultar.

—De acuerdo, como quieras. Pero me tienes que firmar todo esto, y me tengo que quedar la copia de la autorización.

Cañas firmó todo lo que le pusieron por delante y suspiró de alivio cuando por fin salieron de la sala.

—Debe ser horrible pasar ocho horas al día ahí metida. Pobre mujer.

—Bueno, es lo que nos pasa a los que vamos a jubilarnos. Nos mandan faenas de estas. No te creas, yo no estoy para muchos trotes, pero ayudaros a vosotros es un poco como volver a ser policía, como antes. Ahora con esto de la segunda actividad, como me queda menos de un año para jubilarme, a veces me aburro.

—Entiendo. Bueno, vamos a la comisaría y revisemos todo esto.

Cañas entendió el gusto caso patológico de Leiracha por el café de máquina de la comisaría. Aquello era interminable y una de las partes más aburridas de su trabajo.

Tuvieron que pasar casi tres horas para que, tras leer atentamente cada uno de los expedientes, en el que hacía 15, encontrasen una coincidencia que les llamase verdaderamente la atención.

—Bueno, treinta y tres puñaladas —exclamó triunfal Arturo, con la carpeta en alto. Cañas venía de la máquina del pasillo, donde había comprado una chocolatina. Se le había pasado la hora de

comer, pero cualquiera le decía a Leiracha que había hecho una pausa antes de revisar cada uno de los expedientes. La capitana ya le había llamado un par de veces para saber si había averiguado algo.

—Esa es mucha coincidencia, mucha más que hasta ahora.

—Y hay más, una de ellas en la espalda.

—Eso ya no puede ser una coincidencia. ¿Tenían el resto una forma como la espiral que te he mostrado?

—Bueno, no hay fotos de la autopsia, pero puede que en el forense tengan alguna copia. Dice que estaban dispuestas formando un patrón, aunque no dice nada más. El informe no está en la carpeta.

Cañas no pudo aguantar más y le quitó la carpeta de las manos. El caso tenía casi diez años. La víctima, Sebastián Ochoa, un señor mayor. Aparentemente sin ningún enemigo, sin dinero encima que pudiera explicar un robo. Paseaba por un paraje natural, con su perro, buscando setas. El cuerpo apareció debajo de un nogal. Gracias a unos testigos que habían visto a un hombre conduciendo el coche de la víctima pudieron identificarlo. Al parecer conocían al fallecido y les pareció raro que otra persona condujese su Ford fiesta gris oscuro de vuelta a la ciudad, y luego siguieron al perro hasta el cadáver.

—Podrían no haberlo encontrado en semanas, si no llega a ser por el perro.

—Bueno, por suerte para nosotros, sabemos quién y cuándo. Lo que no dice es el porqué. Nunca confesó.

Arturo lanzó un largo silbido.

—Mal asunto. Un loco de esos, igual alegó enajenación y esas paparruchas para librarse.

Cañas tecleó rápidamente en el ordenador buscando el nombre del sospechoso: Oscar Sierra.

—Ahora debe tener casi cuarenta años. Aquí dice que le condenaron, estuvo seis años en la cárcel. Comenzó con los permisos y el tercer grado, y actualmente está en libertad.

—¡Barato, barato sale matar a alguien! —exclamó el agente.

—Bueno, no se le conoce dirección actual, pero hay una última vivienda, que alquiló cuando empezó a tener permisos y salir. Es un hostal, quizá lo conozcas.

Arturo conocía la zona, un área de viviendas sociales, barrios de clase baja y con alto índice de delincuencia.

—No es el mejor sitio para rehabilitarse —murmuró Cañas cuando aparcaron el coche en la puerta del hostal.

Era un edificio de cuatro alturas, con la fachada de ladrillo visto sucia y descuidada. Las ventanas y puertas eran de madera, con la capa de pintura descascarillada. La acera olía a orines y suciedad.

—Será mejor que alguno se quede en el coche, no vaya a ser que me lo roben —murmuró Arturo.

—De acuerdo, no tardaré.

Cañas se internó en el portal bajo el rótulo de "Hostal, habitaciones y desayuno".

La recepción parecía vacía. Llamó un par de veces con los nudillos sobre la madera. Un extraño

impulso de ponerse a limpiar estaba comenzando a embargarlo. Todo lo que podía ver era mugre y manchas antiguas. Mientras escuchaba pasos lentos y arrastrados acercándose, intentó imaginar cómo sería aquel lugar si estuviera limpio y recién pintado. Pero era inútil pensar en algo así. Era un cuchitril de baja estofa en el que nadie iba a invertir nada y que a duras penas daría algún beneficio. Estaba seguro de que esas habitaciones habían sido testigos de un buen número de sobre dosis, reyertas y transacciones sexuales.

Tras la puerta abierta de un angosto y oscuro pasillo apareció una mujer que perfectamente podría tener setenta años. Llevaba solo un vestido de un tono indeterminado de verde sin mangas y largo hasta el suelo. Llevaba el pelo corto casi ralo, y unas gafas grandes, de cristales rayados y descoloridos.

—¿Qué? —murmuró. Su voz era muy ronca, rasgada.

—Buenas tardes. Soy el sargento Cañas, esta es la última dirección conocida de este hombre. —El agente le enseñó una foto a la mujer—. ¿Puede decirme si sigue viviendo aquí o cualquier información sobre su nueva residencia?

—No.

—¿No puede o no quiere?

—No, ni quiero ni puedo ni tengo porqué. Lárgate.

—Bueno, creo que podríamos hablar mejor en otro momento.

Cañas salió de allí sonriendo por dentro. Dejaría que la capitana se encargase de todo, ella le sacaría cualquier cosa que esa mujer recordase. Con los años trabajando para ella sabía que podía ser muy intimidante si se enfadaba, así que en situaciones como esta era para Cañas un placer ceder el testigo a la mujer.

A la hora de la cena, al fin se reunió con su jefa.

—A falta de conseguir el informe de la autopsia del primer caso, parece que es la única pista que tenemos. No sabemos nada de ese Oscar Sierra. Solo que fue condenado por el crimen —le informó Cañas.

—¿Por conducir el auto?

—Al parecer todo eran pruebas circunstanciales. Se negó a aportar cualquier coartada. Los testigos le identificaron sin dilación. No tenía antecedentes, tuvo un abogado de oficio, puede que eso también influyese, que se sepa, no pronunció ni una palabra en el juicio.

—Dudo mucho que una persona normal, sin alguna tara mental, se dejase colgar un asesinato así porque sí, sin intentar defenderse siquiera.

—Es extraño que el abogado no solicitase un peritaje psicológico.

—Hablaremos con ese abogado. Mañana tenemos muchas pistas que seguir.

—Bueno, pero, si hemos de volver a ese asqueroso hostal, te encargas tú de hablar con la dueña. Es de esas que te gustan.

Leiracha sonrió. Los retos le hacían feliz.

—Tranquilo, que eso no será ningún problema. Veamos, sería interesante saber qué pasó con ese Oscar en prisión, si tuvo algún compañero de celda con el que hiciese buenas migas. Si hubo altercados en prisión, si tenía confesor... cualquier cosa.

—Mañana investigaré e intentaré que nos reciban pronto en Teixeiro. Puede que algún funcionario de prisiones todavía se acuerde de él, o puedan decirnos algo.

—¿Quién era su agente de la condicional?

—Creo que lo tengo por aquí apuntado. Una mujer, una tal Sonia Álvarez.

—Tenemos que hablar también con ella. A ver qué puede decirnos y si sabe algo de su paradero.

—Bueno, jefa, empezamos el día con pocas o ninguna pista y lo acabamos con varios hilos de los que tirar.

—No presumas tanto, nada de esto va a servir si no conseguimos localizar al tipo y, además, situarlo en la escena del crimen. De momento no tenemos ninguna prueba, y te recuerdo que esta vez nadie le ha visto conduciendo el coche de la señora recién asesinada.

—Es cierto, pero, bueno, es más de lo que teníamos.

—De acuerdo, es más, pero nunca es suficiente hasta que el asesino está detenido y condenado.

Cañas suspiró. Odiaba esa parte de Raquel. Sí, era cierto, no tenían mucho con lo que trabajar, pero él estaba contento de que al menos, haberse pasado la mañana en el archivo lleno de polvo y revisando expedientes, hubiera servido para tener una pista que seguir.

Tuvo un sueño inquieto aquella noche, incluso se despertó antes de que sonase la alarma. Aquel día iba a ser duro y se lamentó de no haber descansado más. Se preguntó si su hermana se habría acordado de llevarle el pan a su madre y le mandó un mensaje a una hora innecesariamente temprana. Cuando bajó a desayunar, su jefa estaba ya apurando su café.

—Iré a hablar con la forense en cuanto abran el depósito. Quiero las fotos de la autopsia del primer crimen.

—Imagino que me toca buscar a la agente de la condicional.

—Imaginas bien. Le he dejado un mensaje al jefe, para que sea él directamente desde la UCO quien solicite acceso al centro penitenciario de Teixeiro. Creo recordar que conocía a algunos altos cargos allí.

—De acuerdo. ¿Quieres que después vayamos al hostal? —preguntó Cañas. A veces le costaba un poco adivinar las intenciones de Leiracha.

—Sí, yo te avisaré.

Condujo hasta la dirección en la que la agente de libertad vigilada le dijo que podría encontrarla.

Por el camino empezó a notar a su alrededor, por las calles y muros de casa viejas, una serie de pintadas que le llamaron la atención. Al principio no lo notó, hasta que vio la tercera.

Se trataba de una suerte de "meninas" grafiteadas por la ciudad Cada mural con su estilo y sello propio. Le pareció un detalle curioso, y lo googleó en un semáforo. Al parecer en aquella zona, el barrio de Canido, habían pintadas más de doscientas cincuenta meninas, obra de artistas de venidos

de todo el mundo en encuentros anuales para dar vida al barrio. Le pareció una buena iniciativa y se retó a sí mismo a encontrar el mayor número posible de aquellas pinturas, que hacían de las casas viejas y los muros olvidados pequeñas obras de arte. Al menos sería una distracción interesante dentro del estrés que estaba suponiendo para ellos una investigación tan compleja. Desde el punto en el que aparcó hasta el lugar en el que había quedado con la agente de libertad vigilada, consiguió fotografiar dos murales con "meninas", y se prometió enseñárselas a su madre en cuanto volviese a casa.

Llegó hasta la dirección indicada por el GPS y se concentró en lo que había ido a hacer, prometiéndose volver en cuanto tuviera un rato libre para "cazar" más meninas.

El lugar que buscaba era un despacho dentro de una oficina. La mesa estaba hasta arriba de papeles y carpetas, todo el despacho parecía estar sumido en el caos. Lo que no esperaba Cañas era encontrar, tras aquella montaña de papeles sin orden ni concierto, a una mujer bonita.

No guapa en el sentido estricto de la palabra. Tenía quizá la cara demasiado afilada y estrecha, pero el pelo dorado cobrizo caía en suaves ondas enmarcando el rostro y unos ojos verdes le miraban expectantes.

Cañas tuvo que aclararse la garganta antes de poder hablar. Se presentó, le recordó que habían hablado por teléfono y quedado en reunirse en aquel sitio en aquel momento. La mujer, Sonia, suspiró.

—Es cierto, disculpa. ¿Te apetece un café? Necesito tomar algo, te invito yo.

La voz de ella era ronca, por eso él había pensado que sería una mujer mucho mayor, sin embargo, no debía tener más de treinta. Cañas se reprendió mentalmente por pensar en eso. Necesitaba información sobre Oscar Sierra y le daba igual si la conseguía aquí o en una cafetería

—Claro, no hay problema.

La mujer se levantó, dejando ver un vestido marrón y unos zapatos pasados de moda, pero bien cuidados. Cañas la siguió, respirando tras ella un perfume floral.

—Perdona, es que llevaba en mente otras cosas cuando has llegado —murmuraba con su voz ronca mientras esquivaba a la gente por los pasillos. Pronto estuvieron en el exterior y ella siguió sin dilación hasta una cafetería que hacía esquina y parecía un lugar bastante oscuro—. Pero sí que he buscado la información que me pediste —dijo cuando tomó asiento en una mesa al fondo.

—Sobre Oscar Sierra.

—Así es. Le tuve hace unos años cuando salió de la cárcel. Un tipo espeluznante, la verdad.

—¿Es intimidante?

—Bueno... no te diría que intimidante per sé, ¿te importa que te tutee?, bien, eso, que es un tipo que no dice nada, casi nada. Era su oficial de libertad vigilada y apenas me dirigió cuatro frases. Ya sabes cómo es esto, tienen que cumplir ciertos criterios, no hacer otro tanto de cosas, y casi nunca lo cumplen. Es como una atracción irrefrenable. Siempre tienen que meterse en líos, juntarse con quien no se tienen que juntar, meterse lo que no se tienen que meter. Luego vienen los lloros, las amenazas, los gritos... en fin.

—¿Oscar se metía en líos?

—No, Oscar no. Oscar Sierra salió de prisión un 7 de junio y desde entonces hizo todo lo que se supone que debía hacer. No me preguntes cómo, pero consiguió un trabajo en el taller de un familiar. Por lo que supe nunca nadie fue a visitarlo a prisión, después de lo que había hecho, la familia se olvidó de que alguna vez tuvieron relación.

—¿Dónde trabajaba?

—En un pequeño taller en la calle Real. Aunque no pierdas el tiempo, cerraron hace tres años. Se jubiló el hombre que lo llevaba, creo que era un tío abuelo o algo así, parientes lejanos. Sierra salió, empezó a trabajar allí y siempre daba negativo en los análisis de tóxicos.

—¿Entonces por qué decías que era intimidante?

—Por su forma de ser. Era tan callado. Solo te miraba a los ojos, sin retirar la mirada. Era extraño. Escuchaba en silencio y cuando le hacías alguna pregunta solo decía sí o no con la cabeza. A veces me tenía que enfadar un poco para conseguir que contestase, que me hablase.

—¿El abogado no pidió que le declarasen mentalmente incapaz?

—Bueno, esa baza no era posible. Desde hacía unos años, la familia había pedido algunos informes médicos porque era "raro". Ya sabes, intimidante, supongo. Durante el juicio le hicieron un peritaje y solo pudo confirmar lo que la familia ya sabía por informes anteriores, es raro, sí, pero no está loco. Sabe perfectamente lo que está bien y lo que está mal, sabe lo que tiene que hacer. Es un adulto capacitado y, como tal, le condenaron.

—Pero alguna explicación habrá, quiero decir, uno no va por ahí apuñalando treinta veces a un señor que no conoce sin más.

—Además, nunca dio ninguna explicación. Era terrible, solo se sentaba ahí, te miraba y se iba al acabar. Nunca dijo nada, no mostró arrepentimiento. En la prisión, claro, buen comportamiento.

—Supongo que allí dentro con no apuñalar a nadie más ya vas servido.

—Lo del comportamiento es muy relativo.

—Pero no parecía afectarle el hecho de entrar en prisión.

—La verdad es que no parece afectarle nada, es como autista, pero los médicos insistieron en que no.

—Qué curioso. ¿Sabes dónde puede estar ahora? Necesito encontrarle.

—No supe nada más de él desde que cumplió por completo la condena y dejé de supervisarle. Sin embargo, bueno, es un caso extraño y de vez en cuando me dejaba caer por el taller, sin llamar mucho la atención, ¿sabes? No quiero una demanda por acoso. Pero es que era tan extraño el caso de Sierra... sin motivo aparente mata a un hombre. Me preocupaba que lo volviese a hacer, pero no pude redactar nada en contra de su libertad en mi expediente.

—¿Y en esas visitas al taller descubriste algo?

—Nada. Desapareció. Su tío dijo que cuando le contó que pensaba jubilarse y que podía quedarse él con el taller, que le ayudaría un tiempo hasta que aprendiese todo lo que debería saber,

simplemente no dijo nada. Al día siguiente encontró una nota dándole las gracias por el trabajo y despidiéndose. No se ha sabido nada más de él. Si es verdad o una mentira que me dijo el hombre, no podría saberlo.

—Desde luego, que tipo más extraño. ¿Y en el hostal vivió mucho tiempo?

—Lo mismo. Poco después sé que se marchó de allí, pero la dueña no soltaba prenda, no puedo precisar el momento en que se fue.

—He estado por ahí, un sitio poco hospitalario.

—Poco. No le he conocido ningún amigo, y siento no poder ser de mucha utilidad.

—Bueno —intervino Cañas—, es mucho más de lo que sabía hace un rato.

—¿Puedo preguntar por el interés de la UCO en este tipo?

—Solo estamos siguiendo pistas, porque no tenemos mucho. Apareció una persona apuñalada, repetidas veces. Encaja en parte con el asesinato cometido por Oscar Sierra.

Los ojos de la agente relampaguearon. De pronto su interés creció.

—No me jodas. ¡Mierda! Sabía que lo volvería a hacer.

—Bueno, no estamos seguros, no hay testigos ni huellas, es solo que coinciden algunos detalles.

—¿Puedo saber qué detalles?

Cañas dudó un momento. No estaba seguro de hasta dónde estaba autorizado a contar. Pero, al fin y al cabo, ella le había contado todo lo que sabía y parecía que conocía un poco a ese tipo.

—El número de puñaladas y el hecho de que el asesino se llevó el coche de la víctima.

—¿Y nada más? No creo que sea él —dijo ella, un poco decepcionada quizá.

Ahora llegó el turno de Cañas de interesarse.

—¿Qué más crees que debe coincidir para que sea él?

—Bueno... Son esos dibujos. Durante el tiempo que trabajé con él, tuve acceso al expediente de su caso. Vi el dibujo que había hecho en el cuerpo de ese pobre señor. Sierra hacía el mismo dibujo, garabateaba en sus papeles cuando se aburría.

—¿Qué dibujo? ¿Puede ser la sucesión de Fibonacci? —Se interesó Cañas.

—No. Era este —dijo tomando una servilleta de papel y un bolígrafo de su bolso—. El número Pi. Treinta y tres puñaladas: tres, catorce, dieciséis.

Cañas tragó saliva. Treinta y tres puñaladas, un dibujo matemático. No sabía si estaba ante una gran pista o ante la prueba de que Sierra era inocente. ¡Mierda! Tendría que volver a hablar con el profesor Carrasco. Esperaba que Leiracha tuviera suerte en la oficina del forense y consiguiera el expediente completo para que el profesor pudiera comparar el trazo.

—En el nuevo crimen, hay un dibujo de la proporción aurea, pero no estaba del todo bien dibujado, es decir, no era tan perfecta como debería. Al menos eso dice nuestro experto.

Sonia levantó la ceja ante el tono presumido de su frase.

—Bueno, no es que este tipo sea un gran dibujante, seamos sinceros. Normal que no le saliese bien.

—Pero, si no dibujaba otra cosa, debería haber perfeccionado la técnica, ¿no?

—No me lo parece. Sigo pensando que dentro de esa cabeza algunos fusibles estaban fundidos.

—A ver, un tipo corriente no es, eso está claro.

—Siento no poder ayudar más. Tengo que volver al trabajo, los delincuentes no descansan.

—Lo sé, disculpa por haberte robado tanto tiempo.

—Sin problema. Si al final ha sido él, espero de corazón que lo pilléis. Siempre he tenido la sensación extraña por dentro de que no había terminado todo para Oscar Sierra y que en algún momento volvería a hacer daño a alguien. Si puedo ser de utilidad para cualquier otra cosa, por favor, no dudes en llamarme.

Cañas se despidió de ella con un apretón de manos y, mientras la veía alejarse, intentaba reconocer su perfume en el aire.

SOSPECHAS

Raquel Leiracha estaba furiosa para cuando Cañas la encontró en el hall del hotel.

—¿Cómo ha ido, jefa?

—Mal. En el forense no tienen copia del informe de la primera autopsia. Dicen que no saben qué ha podido pasar, cómo es posible que se hayan extraviado todos los documentos. Algo me huele mal aquí, Cañas, algo está podrido en este sitio.

—Bueno, las cosas no pueden esfumarse de la nada.

—Se supone que no, pero ahí está, un vacío en el lugar que debería ocupar mi expediente. ¿Has tenido más suerte con la de libertad vigilada?

—Pues sí, pero no en el sentido que esperaba.

—Cuenta.

Cañas contó todo lo que había podido averiguar de Oscar Sierra, incluido el extraño dibujo del número Pi en las puñaladas de su víctima.

—¿Qué posibilidades hay de que treinta y tres puñaladas pueda ser el número que represente esos dos dibujos?

—Bueno, de eso no tengo ni idea.

—Creo que tenemos que llamar otra vez a Carrasco.

Cañas suspiró. Era lo que se temía, pero era el único que conocían que podía ayudarles.

—Igual habría que preguntar a un profesor de matemáticas.

—Que bobada. Esos no saben nada sobre comportamiento humano.

—Carrasco igual tampoco —musitó él.

—Bueno, su ayuda ha sido de utilidad más de una vez.

Cañas se limitó a musitar un "ajá" y dejarlo correr. Era infantil el rechazo que el profesor le despertaba, pero no podía evitarlo.

—Me ha dado tiempo a ir al hostal.

—¿Sí?

—Claro. Con lo poco que he tenido que hacer en el forense, la verdad es que pensaba pasarme varias horas con lo del informe de la autopsia, pero al tener ese tiempo libre me he dejado caer.

—¿Has sacado algo?

—Bueno, sé que el tal Oscar pagaba en metálico, que se tuvo que empadronar allí y que le dio algo de dinero a la tipa para que le autorizase a hacerlo. Sé que antes de irse le dejó un sobre con algo de pasta y una nota que le daba las gracias. Se esfumó de la noche a la mañana.

—La agente de libertad vigilada dice que a su tío le hizo lo mismo. Que él le dijo que se iba a

jubilar, que se podía quedar el negocio, y desapareció.

—Bueno, sería interesante comparar las fechas. Igual cuando su tío le dijo eso decidió desaparecer.

—¿Pero por qué? ¿A dónde iría un tipo como él con antecedentes?

—Eso sí, tenemos que aceptar esa versión como cierta.

—¿Qué piensas?

—¿Y si está muerto?

—Jefa, como esté muerto nos quedamos sin sospechoso.

—Es cierto. Pero en este país una persona no puede desaparecer sin más. Es imposible. Tiene que trabajar, comer, cagar, ¡joder! Tiene que hacer vida y eso deja rastro.

—Para ver si ha hecho movimientos bancarios deberíamos pedir una orden al juez. No creo que con vagas sospechas y ninguna prueba nos concedan una.

—Necesitamos situarlo allí. Pero antes de nada necesitamos encontrar a este tipo.

—Me siento un poco perdido. No sé por dónde tirar, cómo encontrarlo.

—No encontrarlo no es una opción, Cañas, no es una opción.

—Lo sé, jefa, pero aun así no sé cuál es el siguiente paso.

—Bien, voy a llamar al jefe, le informaré de todo, le comentaré que volveremos a llamar a Carrasco y que estamos un poco perdidos. A ver si conoce a alguien que pueda echarnos una mano para localizar al tipo este. Puede que no todo dependa de una orden del juez.

—De acuerdo.

Cañas suspiró. Ahora llegarían las horas interminables de dar palos de ciego por un sitio y por otro. Sabía que hablarían con el tío de Oscar Sierra, siempre en caso de que quisiera hablar con ellos. Y, si se ceñía a su versión, no podría decirles nada del tipo. Simplemente se había esfumado.

El resto del día, tal y como había aventurado, lo pasaron siguiendo pistas débiles que no llegaron a ninguna parte. El tío de Oscar Sierra había fallecido. Su viuda dijo que nunca estuvo de acuerdo en que su marido le diera trabajo en el taller, pero que él lo hizo porque le daba pena, y que, cuando se iba a jubilar, el tipo se largó dejando una nota de agradecimiento. La mujer aseguró que no conservaba la nota.

El profesor Carrasco se mostró tremendamente emocionado con la nueva información.

—Eso cambia muchas cosas, tengo que documentarme bien, ¡dadme un par de días!

—De acuerdo, profesor. Pero, si puede ser antes, mejor.

—¡Claro, claro!

No fue hasta el día siguiente, a media mañana, mientras Cañas pensaba (otra vez) en Sonia Álvarez, que se le ocurrió la primera idea con posibilidades.

—La agente de libertad vigilada me dijo que ella había obtenido una copia del expediente

completo de Oscar Sierra. Creo que, si ella la conserva, puede contener una copia del informe de la autopsia.

Raquel Leiracha abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¡Eso sería genial! ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Acabo de caer. Voy a llamarla.

—No, ve a verla.

—Quizá no pueda recibirme.

—Me da igual, te haces un sudoku mientras esperas. Pero, si esa copia existe, quiero que la traigas en mano, no se nos puede volver a escapar.

Cañas no diría nada, pero estaba en secreto feliz ante la expectativa de volver a verla. Condujo hasta su despacho nuevamente, un tanto nervioso. No se molestó en anunciarse en el mostrador. Todo el mundo allí parecía tener muchísimas cosas que hacer y nadie reparó en su presencia.

Sonia estaba sentada en su mesa, con la nariz metida en unos papeles. La puerta del despacho estaba abierta, pero ella no reparó en su presencia hasta que él tocó con los nudillos.

Sonia levantó la vista y Cañas vio la extrañeza en su rostro durante solo una fracción de segundo, enseguida le reconoció.

—Agente, no esperaba verte de nuevo, tan pronto.

—Disculpa que me haya presentado así sin avisar.

—No hay problema. —La sonrisa de Sonia era amplia y en apariencia sincera—. Siéntate donde puedas. Lamento no poder tomar un café contigo hoy, voy un poco de cráneo con todos estos papeles.

—No, no, tranquila, solo te quería hacer una consulta rápida.

—Tú dirás.

—Estamos dando palos de ciego, como ya te comenté. El caso es que han desaparecido las copias de los informes de varias partes del proceso del crimen por el que Oscar Sierra fue condenado. Me dijiste que tú habías tenido acceso al informe, y me preguntaba si guardabas esa copia.

Sonia abrió los ojos con sorpresa.

—¡Claro que la tengo! —Anunció feliz—. De hecho, puede incluso que esté por aquí —dijo rodando con su silla de despacho hasta un archivador situado en una esquina a sus espaldas—. Me va a costar un poco encontrarlo, porque hace muchísimo que no lo consulto, pero estar, está.

—Vaya, eso es maravilloso.

—Sí, bueno, algo positivo tendría que tener el síndrome de Diógenes que se respira en este despacho.

—Es normal, el papeleo siempre ocupa mucho lugar.

—Me parece extraño que hayan desaparecido estos informes. No son en absoluto tan antiguos

como para eso.

—Ya, eso nos parece extraño a nosotros también, pero, mientras se soluciona eso y averiguan qué ha pasado, eres la mejor alternativa.

—Vaya, por triste que parezca —dijo aún rebuscando entre sus papeles—, se trata del mejor piropo que me han dicho en mucho tiempo.

Cañas soltó una pequeña carcajada, más de incredulidad que otra cosa. Si él fuese de otra forma, si no tuviese una personalidad tan retraída, habría alabado sus ojos verdes desde el minuto uno de conocerla. Por algún motivo no se los quitaba de la cabeza.

—Ríete, pero es verdad —musitó ella extrayendo una carpeta y lanzando un grito de triunfo—. Aquí está, el archivo completo. Voy a hacerte un par de copias de todo, ¿ye parece?

—Eso sería genial, muchas gracias.

Sonia sonrió un instante más de lo estrictamente necesario para un gesto de cortesía y le guio hasta una fotocopiadora. Las páginas se fueron sucediendo dentro del escáner y en menos de diez minutos Cañas salía por la puerta con sus copias bajo el brazo.

Dudó un par de instantes, con el pulso atronándole en los oídos, antes de volver a subir corriendo las escaleras e invitarla a cenar.

Sonia parecía tan sorprendida como él mismo, pero con un ligero rubor en las mejillas asintió en verse pronto, antes de que él acabase la investigación y tuvieran que volver.

La capitana Leiracha le esperaba con la cabeza metida en unos papeles.

—¿Y bien? —interrogó.

—Tengo dos copias, incluye el informe del forense.

—¡Maravilloso! ¿Sabes?, yo también tengo algo.

—¿Algo? ¿Qué tienes?

—He localizado a la familia del difunto marido de Asunción Valera.

Cañas se sorprendió. La verdad era que ya ni se acordaba de aquello.

—¿Y has sacado algo en claro?

—Al parecer el marido murió de una paliza, una pelea de borrachos en un bar.

—¿Y? ¿Es relevante?

—Bueno, según me ha contado la hermana del finado, Asunción estaba allí aquella noche. Se quedó tan traumatizada que fue incapaz de pedir ayuda, ni avisar a nadie mientras a su marido lo molían a palos.

—Pobre mujer.

—No, de pobre nada.

—¿Por?

—¿Y si ella no llamó a nadie porque quería que le dieran esa paliza?

—¡Sí, hombre! ¿Y por qué ella iba a querer eso? ¿Qué te hace pensarlo?

—Su hermana me dijo que el difunto era un borracho algo violento. Que tenía a Asunción muy atemorizada.

—Bueno, de eso a lo que tú dices, hay mucho.

—Lo sé, y ahora no queda nadie que pueda decirnos la verdad. He intentado localizar a los otros dos hombres que participaron en la pelea, pero no he tenido suerte con los nombres. Es solo que nunca se confesaba y no tenía fotos de la boda ni del marido. Yo creo que tenía remordimientos y puede ser por esto.

—Bueno, no podemos dar eso por válido. No hay forma de saberlo. Además, ¿crees que tiene algo que ver con la muerte de esa mujer cuarenta años después en la ermita de chamorro?

—Bueno, no lo sé, pero no puedo descartarlo. No tenemos mucho más, al menos hasta que encontremos a Oscar Sierra

—Incluso aunque tenga algo que ver, ¿cómo lo sabría el asesino?

—Aún no lo sé, pero si algo tengo claro es que los secretos siempre salen a la luz.

Cañas rodó los ojos. A veces a Leiracha se le iba un poco la cabeza.

—¿Sabemos algo del profesor?

—Aún no ha llamado. Pásame el expediente, vamos a ver qué tenemos aquí. Al paso le podemos mandar las fotos del número pi ese que hay dibujado en el cadáver.

Cañas también tenía ganas de ver esas fotos. Quería comparar con los que había en el cuerpo de Asunción, si bien él no era perito ni disponía de técnicas para hacer algo así, pensaba que quizá a simple vista podría encontrar algunas semejanzas.

—¿Qué fue antes, el huevo o la gallina?

—¿Cómo? —preguntó Cañas.

—Digo que qué sería antes. Si comenzó obsesionado con el número pi y luego pasó a la proporción áurea, o siempre ha tenido en mente hacer una serie de asesinatos inspirados en este tipo de cosas.

—No lo sé. En caso de que siempre lo haya tenido en mente, se ha esperado mucho entre un crimen y otro.

—Bueno, un crimen así no se planifica de la noche a la mañana. Además, tendría que saber que relacionaríamos los crímenes.

—¿Tú crees?

—A ver —puntualizó Raquel—, no es que crea que el tipo es un genio del mal, pero algo listo es. En su primer crimen tuvo mala suerte con el abogado, porque si no, no le hubieran podido condenar. Perfectamente podría haber dicho que se encontró con el coche abierto con las llaves puestas y ya está, no había huellas en el cuerpo ni se encontró nunca el arma.

—A ver, por un lado, él ni siquiera intentó defenderse. Por otro lado, deberíamos averiguar si las puñaladas se hicieron con el mismo arma en ambos crímenes. Es la manera de relacionarlos.

—Muy cierto. Ya que él fue condenado por ese crimen, si conseguimos demostrar que fue el mismo arma, tendríamos bastante para una orden de registro, incluidas sus cuentas y una orden de búsqueda. Eres muy listo, Cañas, muy listo.

—Más listo que un delfín —murmuró el agente un poco turbado. No es que estuviera acostumbrado a que su jefa reconociese su trabajo.

La capitana se levantó para llamar a su jefe e informarle de los avances que estaban llevando a cabo. No es que el jefe les atosigase, pero Raquel tenía esa extraña obsesión, como si temiera que alguien pensase que no estaba trabajando con suficiente ahínco.

El resto de la tarde se la pasó intentando encontrar a los borrachos con los que el marido de la señora Asunción se había peleado con resultado funesto para él, aunque Cañas pensaba que era una pérdida de tiempo.

Finalmente consiguió localizar a uno que aún vivía y con mucha reticencia, a eso de las ocho de la tarde, ya bien entrada la noche, se presentó en su casa para hablar de algo que había sucedido hacía más de cuarenta años.

Se tuvo que desplazar hasta Marmacón, un barrio bastante rural. A Cañas le gustaba cómo poco a poco aquella investigación le estaba llevando a conocer distintas partes de Ferrol.

El hombre que le abrió la puerta era un señor que aparentaba casi 90, pero que no debía tener más de 65. La casa olía un poco a gato y otro poco a tabaco, aunque Cañas no llegó a ver al felino por ningún lado, pero sí a un viejo perro roncando sobre una alfombra frente a una estufa encendida.

Aquellas pequeñas casas del extrarradio, donde los vecinos se conocían por su nombre, y ninguna levantaba más de dos alturas, eran el sueño secreto de Cañas, que se había acabado comprando su apartamento con terraza como premio de consolación.

Se imaginó de viejo junto a la estufa encendida, con un libro en el regazo y un viejo perro (esperaba que más bonito que aquel) dormitando a su lado. En aquella fantasía recurrente, de pronto se coló la imagen de Sonia Álvarez, y casi le asustó el devenir de sus fantasías. Se aclaró la garganta y se sentó en la butaca medio hundida que le indicó el hombre.

—Hace mucho que no hablo con nadie de aquello. No sé qué interés puede tener ahora.

—Tranquilo, no es nada malo, solo estamos atando unos cabos de otro caso.

—Pero ya me condenaron. A servicio comunitario, porque fue una pelea, no un asesinato.

—No digo lo contrario.

El hombre parecía contrariado, en parte avergonzado y en parte ansioso.

—¿Entonces qué quiere saber?

—Solo preguntar qué pasó, y si la mujer de la víctima estaba presente.

—Pasó que estaba muy borracho y otro tipo igual de borracho que yo buscaba pelea. Y a mí me pareció buena idea ayudarle a encontrarla, así que nos peleamos. E Ignacio, el idiota, se metió

también por medio. Y eso pasó.

—¿Ignacio era su amigo?

—Sí, que en paz descanse. El otro idiota, bueno, el tipo que murió, oiga, no es que no lo sienta, nunca pensamos que se iba a morir, no queríamos que pasase...

—Entiendo, no se preocupe.

—Bueno, el tipo ese. Le veíamos a veces por el bar, o por una cantina que había en un callejón cerca de la calle Real. Ese tipo quería pelea y, bueno, la tuvo. Si me pregunta por su mujer, lo único que sé es que ella venía al bar a buscarle. Y aquella noche cuando salimos a la parte de atrás, para zurrarnos, ya sabe... ni siquiera sé porqué nos peleábamos aquel día, no consigo recordarlo...

—No es importante. Continúe, dice que ella...

—Ella, sí, bueno, salió detrás de nosotros, y le estiró del brazo, para que no viniera, supongo, él le dio en la cara, le dijo que se fuera a casa. Creo que era algo normal, porque ella ni se inmutó de la hostia, ¿sabe?

—¿Y qué pasó?

El hombre miró un momento al fuego, frotándose las manos con gesto ausente. Estaba vagando en sus recuerdos, enterrados bajo los años pasados, el alcohol de aquella noche y la vergüenza.

—Luego éramos dos contra uno y se nos fue de las manos. Pero nunca quisimos matarlo, de verdad.

—Lo sé, lo sé, digo qué pasó con ella, con la mujer del muerto.

—Ah, ella, no lo sé. No me acuerdo. Supongo que se quedaría dentro, o fuera.

—¿No gritó pidiendo ayuda?

—Supongo que no.

—¿No llamó a nadie?

—No. Cuando nosotros volvimos a entrar en el bar, y el camarero, Joaquín se llamaba, vio la sangre, se asomó y ya se lio todo cuando vio al muerto.

—¿No recuerda si la esposa seguía por allí?

—Creo que sí. Pero es que yo no estaba en condiciones de fijarme en eso.

—Entiendo. ¿Sabe dónde podría encontrar al tal Joaquín?

—Dios mío, si debe estar más muerto ya que el Ignacio...

—Entiendo. Muchas gracias por su tiempo. Si recuerda algo más o cree que alguien pueda todavía decirme algo sobre la señora y lo que pasó aquella noche, este es mi teléfono.

—¿Pero por qué me pregunta ahora por esto? ¿Qué pasa con esa señora?

—La han asesinado.

El hombre abrió mucho los ojos y se santiguó con su mano vieja, arrugada y llena de manchas.

—Ay que ver, que hay gente que están marcados.

—¿Cómo dice?

—Que hay gente que lleva la marca. La mala suerte. Que pueden correr, pero les encuentra.

—¿Por qué cree que esa señora tenía la marca?

—Bueno, primero matan al marido y luego a ella. Algo tendrá que ver, digo yo.

—Bueno, al marido, aunque fuera sin querer, lo mató usted.

—Y el Ignacio. Pero a ella no, a ver si se cree que he sido yo.

—No, nadie piensa eso.

—Mejor, porque no he sido.

Cañas se despidió con un gesto de la cabeza y salió sin esperar a que el hombre le acompañase a la puerta. Se quedó pensando largo rato en el coche aun cuando ya había llegado al hotel.

Nunca había pensado mucho en el destino. No tenía claro si una persona tenía su vida escrita en un libro místico del que no podías escapar. Prefería no pensar que cada decisión que había tomado estaba pensada de antemano. No podía creerlo, del mismo modo que no podía creer cuando Raquel le decía que cualquiera podía convertirse en asesino. Se negaba a creer que el destino escrito de mucha gente fuera una muerte violenta, a veces a manos de un ser querido. No, el destino no existía para él, pero no podía dejar de pensar en lo que le había dicho aquel hombre, en que Asunción estaba "marcada" de alguna manera por la tragedia desde el día que no hizo nada mientras mataban a su marido a palos.

Discutir aquello con Raquel no tendría mucho recorrido. Deseó haber conseguido concretar con Sonia un encuentro para ese mismo día. Estaba esperando impaciente para conocer sus puntos de vista, saber qué pensaba sobre ese y otros temas. Su voz ronca contrastaba tanto con la dulzura en su sonrisa que casi parecía irreal. No se cansaba de escucharla hablar y se temió estar desarrollando sentimientos hacia alguien que simplemente no conocía de nada y a la que seguramente no volvería a ver en cuanto acabasen con la instrucción del caso.

Cañas pasó una noche inquieta y madrugó más de lo que le hubiera gustado. Tanto que se encontró con Raquel en la cafetería del hotel cuando aún no había luz en el cielo.

—¿Mala noche? —preguntó ella.

—Algo así.

—¿Qué sacaste de la visita a Guerola?

—El pobre viejo ha olvidado, no sé si a propósito o no, casi todo lo de aquella noche. Dice que recuerda que Asunción estaba allí, que intentó impedir que su marido saliese al callejón a pelear. Pero que él le dio un guantazo y salió igual.

—¿Y luego?

—Luego dice que no recuerda qué pasó con ella, que no le prestó mucha atención, que se pelearon contra él, que lo dejaron en el suelo y que volvieron a entrar. Que no pensaban que estaba muerto.

—¿Y ella no pidió ayuda?

—Ella puede que se fuera a su casa, no querría ver aquello, o se quedase dentro para ahorrarse el espectáculo de la pelea, no creo que supiera que le iban a matar.

—O sí.

—Jefa...

—No lo sabemos.

—Bien, imaginemos que ella intenta detenerle y él le pega. No es la primera vez, por lo que sabemos. Vale, ella da un paso atrás y piensa "pues que te den". Y se queda allí mientras ve cómo su marido recibe un poco de su propia medicina. No podía saber que le iban a matar, podría haber sido una pelea sin más.

—Quizá tienes razón.

—Deja de demonizar a la víctima.

—O... cuando esos dos borrachos entraron de nuevo al bar, ella le remató.

—¡Jefa!

—Sigo pensando que esa Asunción no era tan inocente como todo el mundo quiere hacernos ver.

—De acuerdo, piensa lo que quieras. Yo no creo que tenga nada que ver con su asesino.

—Seguimos sin saber nada de Oscar Sierra. A ver si hoy el profesor Carrasco nos puede confirmar que ambas cuchilladas pertenecen al mismo asesino.

—De todos modos, aunque se aprecie así, es el forense el que tiene que determinar que se ha hecho con la misma arma.

—Es difícil si sus informes previos han desaparecido. La copia de una copia que ahora le llevemos en mano no sirve, cualquier abogado tira eso por tierra.

—Pero esa copia de la copia es todo lo que tenemos, al menos hasta que se averigüe qué pasó con los informes originales.

Encontrar a Oscar Sierra era una prioridad en ese momento, aunque no tenían casi nada de lo que tirar. Pasaron la mañana intentando averiguar algo sobre su paradero. A falta de una prueba forense que relacionase los dos crímenes, no podrían obtener una orden de búsqueda.

—Si yo fuese un tío con antecedentes y poco dinero, me iría a otro país. Uno de Sudamérica, seguramente. Allí puedes empezar de nuevo con poco, nadie te conoce y puedes ser quien quieras.

—Incluso allí, en algún momento alguien puede averiguar quién eres.

—Sí, pero es más fácil desaparecer.

—Espero que a Oscar no se le ocurriese esa idea, Cañas, estaríamos jodidos.

—Sí, pero, incluso si se le ocurrió, en algún momento tuvo que volver.

—Eso es cierto. Pero igualmente para buscar su nombre en las aerolíneas necesitamos una orden.

—Es que la putada es si ha cambiado de nombre o conseguido documentos falsos.

—¡Joder! Estoy harta de esto, de no tener por dónde seguir.

—Ya lo sé, jefa, yo también me veo sin rumbo, pero otra cosa no podemos hacer, hay que divagar hasta encontrar un hilo del que tirar que lleve a alguna parte.

—He intentado localizar a alguien de la familia de Sierra que pueda decirnos dónde está, pero nadie sabe nada de él desde que salió de la cárcel, excepto su tío aquel que le dio trabajo y ahora está muerto.

—¿No te parece que hay mucha gente en este caso que se ha muerto?

—¿Mucha gente? ¿A qué te refieres?

—No sé, el marido de Asunción, muerto, Asunción asesinada, uno de los borrachos que le dieron la paliza a su marido, muerto, el tío de Oscar Sierra, muerto, el barman que encontró el cadáver del marido y llamó a la policía, muerto...

—Bueno, es una buena lista, sí señor. O es mucha casualidad, o hay algo oscuro en todo esto, pero no logro ver el porqué.

—Bueno, es solo una tontería. Creo que voy a llamar a Sonia Álvarez, le voy a pedir que intente encontrar a Oscar Sierra, quizá como agente de libertad vigilada tenga más fuentes, u otras puertas a las que llamar.

—Bien pensado, Cañas, yo recibiré al profesor Carrasco. A ver qué tiene él que contarnos.

Cañas agradeció doblemente su suerte. Por un lado vería de nuevo a Sonia y por el otro se libraría de aguantar la pedantería altanera del profesor. Le gustaba que Raquel se entendiera bien con él, así no tenía que tratar tanto con el profesor.

Llamó a Sonia, que alegremente aceptó su invitación para almorzar y hablar un poco del caso.

Le esperó algo nervioso en la puerta de su edificio y caminaron juntos hasta la cafetería en la que tomaron un café el primer día.

—Esto de vernos se está convirtiendo en una costumbre —confirmó ella.

—Eso parece.

—Bien, cuéntame, ¿cómo va el caso? ¿En qué te puedo ayudar?

Cañas le resumió todo lo que habían averiguado desde que hablaron. Y fue Sonia la que encontró por fin una pequeña relación entre el antiguo caso del marido de Asunción y Oscar Sierra.

—La calle Real. El taller de su tío estaba ahí, y la pelea en una taberna muy cercana.

—Es cierto. Pero, cuando todo eso pasó, Oscar no había nacido.

—No, claro. Tienes razón.

—Bueno, pero es la primera pista que se nos ocurre para relacionar los casos.

—No es una gran pista —dijo Sonia, quitándose mérito—. La calle real es larga, y hay muchos comercios. Yo misma vivo cerca y no tengo relación con los casos.

—Bueno, vale la pena tenerlo en cuenta al menos.

—De todos modos, no creo que sea más que una coincidencia, en una ciudad, hay muchas cosas que pueden pasar a personas aisladas en una misma calle.

—Tienes razón, Sonia, pero no sé, mi jefa sigue pensando que hay alguna relación.

—Bueno, pues es lo único que se me ocurre. De todos modos, intentaré hoy tirar de contactos y cobrarme algún favor para ver si averiguo algo del paradero de Oscar Sierra.

—Sería genial.

—¿Lo discutimos en la cena?

Cañas sintió cómo el rubor subía por su cuello hasta su cara, y no pudo evitar una sonrisa nerviosa.

—Sí, es una buena idea.



Leiracha estaba sentada en una mesa llena de papeles, en la cafetería tranquila y luminosa cerca del hotel. El profesor Carrasco divagaba siendo notoriamente ignorado por Raquel, lo que indicó a Cañas que ahora él no estaba hablando de nada relacionado con el caso, quizá lo hacía sobre su libro o algo similar.

Carraspeó antes de tomar asiento.

—Cañas, ¿algo relevante?

—No, que se pondrá a ello y me dirá en cuanto consiga algo.

—Genial.

—Profesor, ¿qué tal?

—Bien, bien. Le comentaba a tu jefa que todo esto de los símbolos y los asesinatos cuasi rituales me estaba dando una buena idea para un nuevo libro.

—Eso es genial. Deseando leerlo —mintió Cañas, entendiendo por qué Raquel no estaba mostrando ningún interés en el monólogo del profesor.

—Respecto al crimen, que es lo que nos atañe aquí hoy —continuó adoptando el deje de orador que seguramente acostumbraba a usar en sus clases—. Creo que podría decir que la persona que cometió ambos asesinatos es la misma, o un imitador muy bueno.

—¿Y qué hay de eso de que si el dibujo no era perfecto no significaba nada?

—Bueno, he de reconocer que, habiendo conocido las características del primer asesinato, la cosa cambia un poco. Creo que la persona le da un significado particular al símbolo, en este caso al pi y a la proporción áurea, aunque su trazo no sea preciso exactamente.

—¿Y qué significa entonces?

—Sinceramente, aún no lo tengo claro del todo. Creo que necesito investigar un poco más.

—¿Cree que la víctima fue elegida al azar, o tenía algo contra ellas?

—No podría precisarlo aún, pero he pedido ayuda a un par de colegas psiquiatras que seguramente arrojen un poco más de luz sobre este tema.

Cañas asintió, sintiendo que todo aquello estaba empezando a superarle. Necesitaba encontrar un pequeño rayo de luz, algo que tuviera sentido, ya que no lo había conseguido desde que empezó a investigar aquel crimen en la ermita de la Virgen do Chamorro.

Aquella tarde decidió volver a visitar al padre Juan José Onofre. El hombre accedió a recibirle en su propia casa, aun avisándole de que no tenía nada nuevo que pudiera contarle.

—Gracias por recibirme, padre.

—No hay de qué, no creo que pueda ser útil, pero ayudaré en todo lo que pueda.

—Sé que ya le hemos preguntado muchas cosas, pero quería saber si conoce a este hombre.

Cañas le enseñó la fotografía de Oscar Sierra. El padre tomó asiento observando con detenimiento. El gato que había pertenecido a la señora Asunción, saltó sobre el regazo del hombre y se acurrucó en él.

—Yo a este lo he visto, pero no sé dónde. No en la iglesia, eso seguro. ¿Es famoso? ¿Puede ser que le haya visto en las noticias o algo así?

—Asesinó hace unos años a un anciano en el campo. Le robó el coche después de apuñalarle.

—¡Oh! Es cierto, eso era... ¿creen que ha podido ser él quien matase a la pobre Asunción?

—Es posible, el modus operandi concuerda.

—Pero yo en persona no lo vi nunca, tampoco Asunción me dijo nada extraño, como si alguien la siguiera.

—¿Y ahora ha visto algo raro? ¿Algo en la ermita que no debería estar ahí, por ejemplo?

—¿Algo además del cordón policial? Lo siento, agente, allí no hay nada más ni nada menos que antes del... incidente.

—De acuerdo. Quería comentarle algo. El marido de Asunción falleció hace algunos años.

—Sí, sé que enviudó muy joven.

—¿Qué le contó ella sobre el asunto?

—Nada. Nunca hablaba de su marido. Yo lo supe por Carmen, que era amiga suya desde joven y me lo dijo.

—¿Alguna vez le preguntó?

—Bueno, alguna vez, hablando salió el tema. Pero ella no quería hablar, nunca dijo nada.

—¿Por qué cree que era así?

El padre reflexionó un momento.

—Yo creo que ella no guardaba buen recuerdo. Que Dios me perdone si me equivoco, pero si alguna vez se nombraba el tema, con mucho respeto, por supuesto...

—Por supuesto, no lo dudo.

—Ella no... ¿Cómo lo diría? No se ponía triste. Sé que han pasado muchos años, pero nunca le vi recordarlo con nostalgia o pena, no le nombraba nunca. No sé si es que con el pasar de los años las cosas se olvidan, nunca he estado casado, claro, pero me da la sensación de que estaba mejor sola. No sé, esa impresión me causaba, aunque ella no lo dijo jamás. Nada, ni para bien ni para mal.

—Entiendo. ¿Dónde puedo encontrar a Carmen?

—¿Carmen? Apunte, es una señora muy maja, le digo donde vive, le atenderá encantada. Si alguien sabe algo es ella, porque son amigas desde niñas, cuando Asunción se vino a vivir al Ferrol.

Con la dirección en el bolsillo, Cañas se despidió del cura y se encaminó a casa de Carmen. Al contrario que en las anteriores visitas a domicilios que había hecho en las últimas jornadas, en casa de Carmen había mucha gente.

—Es que cuido de mis nietos, ¿sabe? Mis hijos trabajan y ¿dónde iban a estar mejor que con la *avoa*?

—Claro, claro. ¿Prefiere que hablemos mañana?

—¡Tranquilo! Si a ellos no les importa.

Cañas suspiró e intentó bloquear el incesante griterío de los niños y el volumen demasiado alto de la televisión.

—Al ser un tema delicado, podríamos hablar en la cocina, por ejemplo... ¿le parece?

—¡Claro hombre! Le hago un café.

—Un té está bien, gracias.

La mujer se movía con soltura por la casa y la cocina trasteando a pesar de ser una persona voluminosa.

—Al parecer era usted muy allegada a la señora Asunción.

—Sí, muy amigas —suspiró con los ojos llorosos—, desde niñas... ¿sabe? Aún no me lo creo. Es que no me lo puedo creer.

—Siento su pérdida. Sé que debe ser muy duro. Quería preguntarle si Asunción le dijo algo fuera de lo normal aquella semana, si había visto a alguien siguiéndola o había recibido alguna carta o mensaje raro.

—No, no que yo sepa. A mí no me dijo nada, la verdad. Pero es que Asunción nunca contaba mucho de su vida. Bueno, tampoco tenía mucha vida la pobre.

—¿Y eso?

—Ella no tenía familia. Para mí la casa llena es una alegría, pero ella estaba sola, bueno, con un gato. A saber qué habrá sido del pobre animal.

—Tranquila, lo he visto esta tarde, se quedó con el padre.

—¡Ah! Que bien, me alegro mucho. Bueno, Asunción estuvo casada, pero enviudó, y nunca se volvió a casar ni quiso conocer a nadie.

—¿Sabe por qué?

—Creo que le daba miedo. Yo le dije muchas veces que el matrimonio no siempre es malo, es que su marido le pegaba ¿sabe?

—¿Se lo dijo ella?

—Nunca. Nunca dijo ni media palabra. Pero yo le veía los golpes, y yo no soy tonta.

—¿Y sabe qué pasó la noche que murió su marido?

—Bueno, a ella le tocó salir a buscarle otra vez. Lo hacía porque se gastaba todo el jornal, y a ella le tocaba pedir prestado para pagar el alquiler y comer algo. Pero se ve que se metió en una pelea y le dieron un mal golpe.

—¿Sabe si ella intentó impedirlo?

—¡Jesús! Qué tontería. Ni que ella pudiera hacer algo si a ese cabezota se le metía en la cabeza hacer algo, ya podía ser beber hasta desmayarse o meterse en una pelea.

—¿Cree que Asunción se sentía culpable por algo?

Carmen iba a decir algo, pero guardó silencio un momento. Parecía intentar encontrar las palabras adecuadas.

—Creo que sí. Siempre lo he creído. Pero nunca he pensado que fuera por nada de su marido. Él se lo buscó y ella no tuvo nada que ver.

—Quizá es porque pudo buscar ayuda y no lo hizo.

—No sé si sería eso, pero me alegro de que no lo hiciera. Menudo animal. Bien muerto está, que Dios me perdone, pero es lo que pienso. Asunción no hacía daño a nadie. Estaba en su casa, ayudaba en la iglesia, íbamos los domingos al cine o a jugar a las cartas. No entiendo cómo alguien tan buena ha podido acabar así. Por Dios, tienen que coger al que lo hizo...

Carmen se apartó un momento para enjugarse las lágrimas. Cañas aprovechó para sacar la foto de Oscar Sierra.

—¿Puede ser que viera a este hombre alguna vez? Cerca de la iglesia, o en el cine... por la calle...

—Pues... no, no creo. Bueno, es una cara muy normal, yo no me fijo tanto. ¿Es él? ¿El asesino?

—Barajamos varias hipótesis —mintió—. Y puede que este hombre sepa algo.

—Puedo preguntar a las demás amigas. Igual alguna lo ha visto.

—Tranquila, no será necesario —aseguró Cañas, que no quería que la foto de Oscar Sierra acabase en Facebook o cualquier otra red social y le pusieran sobre aviso.

—Si puedo ayudar en algo más...

—Solo una cosa más, si Asunción tenía una vida tan tranquila, ¿sabe por qué necesitaba tener coche?

—Bueno, la verdad es que solo lo llevaba para ir a comprar, es que le dolía mucho la rodilla, sobre todo en invierno. Y para ir a la ermita de Chamorro, y mire lo que le pasó. Pobre mujer...

—Entiendo. Muchas gracias por su tiempo.

Cañas se reunió con Leiracha, que cada vez tenía más claro que Asunción se quedó mirando mientras dos tipos le libraban de su marido. Cañas intentaba aún entender qué importancia podría tener aquello, aunque ella estuviera en lo cierto.

Cañas se fue a dormir con la sensación de no haber avanzado nada, y sabía que mucho tiempo más así acabaría sacando a la capitana de sus casillas.

PESIMISMO

Después de dos días sin ningún avance, la capitana Leiracha estaba a punto de explotar. Aquella mañana presentó una denuncia formal contra la forense por hacer desaparecer el informe original de la autopsia del primer caso por el que se investigó a Oscar Sierra.

Por más que Cañas insistió en que no lo hiciera, Raquel tenía claro que sería la mejor manera de que alguien hiciese algo para averiguar qué había pasado. Por supuesto, aquello no le iba a granjear ningún amigo, pero no era algo que a ella le preocupase.

El comisario llamó a Cañas directamente a su móvil una hora después.

—Cañas, ¿qué se supone que estáis haciendo?

—Intentamos conseguir un informe, al parecer ha sido borrado.

—Y a Leiracha no se le ha ocurrido nada mejor que poner una denuncia ante anticorrupción.

—Eso parece. Al menos así se investigarán los accesos al archivo y al menos sabremos quién lo borró y si hay alguna copia.

—Vosotros ya tenéis copias, eso me dijo Leiracha.

—Sí, pero tenemos dudas de si servirían legalmente para relacionar ambos crímenes.

—Puede ser, pero por el amor de Dios, no tenéis que liar siempre estos follones.

—Lo siento, intendente, pero no nos han facilitado mucho el trabajo y creemos que es la única manera de poder relacionar los crímenes.

—Bien, intentaré calmar las aguas, pero basta ya. No se acaba el mundo si no se resuelve un crimen. No hay que quemar todos los barcos, Cañas.

—Quizá eso deba explicárselo a la capitana, pero dudo mucho que le satisfaga. Creo que está haciendo lo posible por hacer bien su trabajo, y no se va a conformar con menos.

—Esta mujer acabará mal, lo veo venir. Espero que no te arrastre con ella.

Cañas no dijo nada más y esperó a que la llamada se cortase. Suspiró. Bien, Leiracha había entrado en uno de esos procesos de enajenación en los que sentía que nadie estaba trabajando bien y que cualquier cosa que le llevase a obtener una pista o un cabo del que tirar era bienvenida.

No era la primera vez que se buscaban enemigos dentro del cuerpo u otras comisarías. Por una parte, le daba un poco de reparo por la forense, que no se lo había visto venir, pero por otra, él se sentía tan desesperado como su jefa y necesitaba una vía de investigación.

Sin embargo, la locura de la capitana dio sus frutos. Los del departamento de informática forense consiguieron restaurar la copia borrada "accidentalmente". Coincidía punto por punto con el expediente fotocopiado que les había proporcionado Sonia Álvarez.

—Ahora sabremos si ambos crímenes se cometieron con el mismo arma. —Celebró triunfal Leiracha.

Sin embargo, el triunfo duró poco cuando la forense, a quien la denuncia señalándola como responsable directa de la pérdida del expediente no le había sentado nada bien, les dijo que no podía hacer las comparaciones en ese momento, ya que tenía mucho trabajo atrasado de casos más recientes que requerían su atención.

—No pasa nada. Nos consta que su trabajo no es demasiado profesional a la vista de lo sucedido. Si no puede dar prioridad al caso, podemos solicitar otro forense. Quizá enviemos todo esto a nuestros compañeros de UCO. Les informaré de todo por escrito.

—¿De qué va a informar? —preguntó muy molesta la forense.

—¿De qué? Pues de todo. De que se perdió un informe y a usted, responsable directa del departamento forense, no le pareció extraño ni se dignó en saber qué había pasado. Que ahora está obstaculizando una investigación porque claramente no sabe separar lo profesional de lo personal. ¿Cree que tengo algo contra usted? Se equivoca, por completo. Lo que yo tengo ahora mismo es un informe que no tenía hace dos días. Y gracias a la denuncia lo he conseguido. El hecho de que el departamento esté tapando sus fallos no me preocupa, el corporativismo existe, todos lo tenemos claro. Pero, cuando todos sepan que no ha querido hacer su trabajo porque hemos puesto de manifiesto su incompetencia, será su reputación la que se verá afectada, aún más si cabe, no la mía. Yo al menos he conseguido lo que quería, y estoy más cerca de resolver un caso. Usted está más cerca de un expediente.

Y así era como Leiracha resolvía los casos y se ganaba enemigos. Cañas tenía muy claro que nunca jamás podrían pedirle un favor a aquella mujer, y que la poca ayuda que habían recibido desde que llegaron al Ferrol se vería reducida a su máxima expresión.

Al menos les quedaba Arturo.

Cañas se sorprendió cuando vio que el agente le llamaba por teléfono. Le dijo que quería verle en la ermita y que había encontrado algo.

Cañas dejó a Leiracha con la forense rezando porque no acabase encerrada viva en un congelador de la morgue y condujo hasta la colina sobre la que se erguía la construcción.

Arturo estaba allí, sentado a la entrada comiendo pipas. A Cañas le hizo gracia lo afable que parecía el hombre, como si todo el departamento no les estuviera ya mirando como apestados.

—Arturo, ¿qué tal?

—Hola, hola, sargento. Que he estado yo pensando en todo eso del coche robado. Y he encontrado algo que puede ser interesante.

Cañas había olvidado incluso que le pidió a Arturo que se ocupase de averiguar cómo el asesino pudo llegar a la ermita.

—¿Qué has encontrado?

—Pues verá, que el domingo me vine con mi mujer, que nos gusta andar, y digo, a ver si encontramos algo, ¿sabe? Total, que yo me canso enseguida, pero ella sí camina mucho. Todos los días sale a andar una hora con las amigas. En fin, que una de ellas sabe de una pequeña senda. Se puede dejar el coche a eso de un par de kilómetros o menos y venir por allí. Si se fija por ahí debajo, hay un camino. No sube hasta aquí, pero no es difícil llegar a la ermita monte a través. Creo que el

asesino pudo dejar allí el coche y venir a pie. Luego, desde donde dejó abandonado el coche de la señora Varela, ya pudo bajar unos kilómetros a pie o que alguien le viera y le recogiera.

—Es una buena pista, Arturo. Enséñame por dónde se baja.

Caminaron juntos hasta el pequeño camino y de allí un par de kilómetros hasta una zona donde había merenderos y se podía aparcar.

—Antes la gente venía más. Y algunos peregrinos vienen por aquí, pasa el camino de Santiago.

—Sí, me lo dijo el padre Onofre. Con tanto trasiego de gente no es de extrañar que alguien conociese el camino y supiera llegar sin ser visto. Gracias por seguir investigando esto, Arturo. Ahora sabemos algo más.

—Bueno, no es mucho. Además, no tengo mucho más que hacer.

—Estamos muy cerca de relacionar los dos asesinatos, estaría bien ir a ver el lugar del crimen de la primera víctima.

—Podemos ir ahora, antes de que oscurezca, ahora los días acortan antes.

Cañas miró al cielo y asintió. Estaba encapotado, pero había suficiente luz para una pequeña expedición más.

Volvieron sobre sus pasos, descubriendo un lugar desde el que se podía ver perfectamente el camino que subía hasta la entrada de la ermita, pero desde el que no podían ser vistos.

—Lástima que haya llovido desde el asesinato, podrían intentar encontrar alguna huella o ADN aquí —murmuró Arturo.

—Incluso si no hubiera llovido, es difícil sacar huellas de la roca como esta, con un poco de musgo y arenilla. Este tipo me pone nervioso, o es muy listo o tiene demasiada suerte.

—Puede que un poco de cada.

Cañas siguió a Arturo hasta un lugar apartado, una extensión de terreno agreste con penachos de bosque y matorral bajo.

El agente, a pesar de su falta de forma física y su edad, se movía como pez en el agua entre la hojarasca, guiando al sargento entre encinas y castaños, hasta un pequeño valle donde dos nogales centenarios coronaban el paisaje.

—Hace ya unos cuantos años de esto. Pero estaba ahí, debajo de esos árboles. No sé decirte el punto exacto.

—¿Pero participaste tú en la primera investigación?

—Bueno, no directamente, pero nos tocó venir a casi todos a peinar la zona, a buscar cualquier pista. Vinimos un par de veces, es que no había pruebas de nada, ni encontramos el arma, ni huellas. Si no le llegan a pillar con el coche del pobre viejo, ni nos enteramos nunca.

—Eso es algo que me produce extrañeza. El hecho de que se lleve los coches. ¿De dónde vino? ¿Andando? ¿A dónde iba con el coche?

—Eso nunca lo supimos. Es que el tipo ese no soltaba prenda. ¿Es el mismo asesino? La verdad

nunca lo pensé.

—Bueno, no es fácil ver la relación. Si no fuera por el número de puñaladas, tampoco habríamos sabido que era el mismo asesino. Primero mata a un hombre en campo abierto, luego a una señora en una ermita. Ni testigos, ni notas, ni huellas, nada. Podría ser el mismo asesino y, si no conseguimos relacionar ambos casos, no tendríamos nada, absolutamente.

—Habrá que empezar a buscar a ese tipo. Oscar Sierra, ¿no?

—Sí, estamos en ello, pero no es fácil. Estuvo un tiempo trabajando en el taller de un tío suyo, pero, en cuanto se jubiló, se marchó y nadie ha sabido nada más de él.

—Puedo empezar a buscar pistas, si quieres.

Cañas respiró profundo. El olor a tomillo y romero siempre le transportaba a su infancia, cuando salir a explorar era la mayor aventura para un niño de siete años y sus amigos.

—¿Y si estaba esperando a la víctima aquí? —preguntó de pronto, señalando al árbol.

—¿Arriba?

—Sí. Desde aquí no podía acercarse sin ser visto. Según la autopsia también recibió una primera puñalada por la espalda. Pudo dejarse caer desde alguna de estas ramas, perfectamente aguantan el peso de un hombre.

—Bueno, poder podría, pero... ¿cómo iba a saber que la víctima pasaría por aquí?

—Tampoco podría saber que Asunción iría a limpiar la ermita.

—No sé, Sargento, son muchas dudas en este caso. Pero creo que, si estaba esperando a alguien, tienes razón en lo del árbol. No habría otro sitio desde el que venir sin que te vieran.

—Informaré de todo esto a la capitana. Gracias por traerme, Arturo.

—No hay problema.

El regreso se le hizo a Cañas más pesado. A fin de cuentas, según su reloj inteligente había acabado andando casi nueve kilómetros entre unos caminos y otros.

Conduciendo de camino al hotel, comenzó a pensar en cómo podría el asesino saber que las víctimas estarían solas, y cuándo.

Era poco probable, pero no imposible que supiera que alguien iría a limpiar la ermita. Podría saber que sería Asunción o no, aunque alguien limpiaría para las misas que se celebraban cada año en la misma fecha exacta. Una persona observadora y con paciencia podría conocer este detalle.

¿Pero por qué esperar para matar a una señora cualquiera? Podría haber entrado a una casa. Era muy complicado encontrar a una víctima justo allí, en una ermita en desuso.

Respecto a la primera víctima, era casi igual de complicado, esperar en un árbol a que un anciano pasase solo por debajo con su cesta para recoger hongos. A no ser que le viera paseando y adivinase su trayectoria para poder adelantarse. Quizá eso fuera lo único que tenía sentido.

Comentó todo aquello con Leiracha mientras cenaban. Le había gustado mucho más la cena con Sonia, dos noches antes. Ella había elegido un restaurante de comida tradicional, nada de alta cocina

o restaurantes elegantes. Sonia había sido divertida y aguda, y no le importó llevar el peso de la conversación, ya que a él le costaba un poco soltarse. Esperaba poder volver a verla antes de irse.

—La forense ha confirmado que ambas muertes se han producido por el mismo arma.

—¿Has conseguido que nos dé prioridad?

—Claro. Me odia y no me importa, ahora tenemos pie para pedir una orden de búsqueda.

—Eso es genial. Al fin algo de lo que tirar.

Cañas se acostó más satisfecho. A partir de ahora tenía mucho más claro lo que necesitaban hacer. Primero encontrar a Oscar Sierra. Aunque aún seguía sin entender qué le motivaba, y si elegía a las víctimas al azar o tenía algo en contra de ellas. ¿Por qué ancianos? ¿Por qué en esos lugares?

La mañana siguiente fue bastante caótica. De pronto se vieron obligados a trabajar desde la comisaría de Ferrol, donde un grupo de seis agentes, incluido Arturo, trabajaba frenéticamente para intentar localizar a Oscar Sierra a toda costa.

Llamaron a hospitales, residencias, hostales, familiares y los pocos amigos de los que se tenía constancia. La mayoría de ellos no le habían vuelto a ver desde que le detuvieron por cometer el asesinato de la primera víctima, pero unos pocos, que tuvieron relación una vez salió de la cárcel, le perdieron la pista definitivamente en el momento en que se despidió del taller y del hostal.

Los registros bancarios demostraron que cobraba una prestación que no había tocado de su cuenta en mucho tiempo, prácticamente había desaparecido de la faz de la tierra.

—No, no puede desaparecer. Tiene que conseguir dinero de alguna parte. Puede que sea muy listo para no dejar rastros bancarios, pero, comer, tiene que comer... —murmuraba frustrada la capitana.

—¿Y si le está ayudando alguien?

—¿Quién? No sabemos nada de nadie.

—Quizá una pareja. ¿Tenía novia antes del crimen?

Uno de los agentes revisó un block de notas que tenía sobre la mesa.

—Aquí dice que una tal Ainhoa, pero ya la hemos llamado, no sabe nada de él.

—Dame su dirección, iremos a verla —anunció la capitana.

Cañas suspiró. Esperaba que Leiracha no fuese demasiado intimidante con la mujer.

Llegaron en menos de media hora a su trabajo, donde les dijo el agente que se encontraba. Era recepcionista en un edificio de oficinas y se puso blanca al verles entrar e identificarse.

—Por favor, aquí nadie sabe que era mi novio, no quiero problemas.

—Pues será mejor que acabemos pronto —espetó Raquel.

—Voy a pedir que baje una compañera un momento y hablamos fuera, pero, por favor, os pido discreción.

Leiracha y Cañas esperaron en el exterior del edificio junto a la puerta.

—Jefa, no seas bruta con ella, no tiene culpa de nada, a ver si le vamos a buscar un disgusto.

—No lo seré siempre que no tenga nada que ver. Si oculta algo, no respondo.

Cañas suspiró y se lamentó secretamente por la mala suerte de aquella chica.

—Me han llamado esta mañana para preguntar por Oscar. Yo ya les he dicho que no sé nada.

—Bien, pero necesitamos más información. ¿Cómo era Oscar mientras estaban juntos?

—Bueno, siempre fue callado, un poco raro. Creo que no era muy feliz, la verdad. Entonces yo era más joven y pensaba que cada uno era como era y tenía que aceptarle. Ahora creo que siempre estuvo loco y que yo tuve suerte de que no me pasase nada.

—¿A usted la trataba bien?

—Sí, bueno, no era cariñoso, la verdad. No es como esos novios que te abrazan cuando tienes un mal día o que se preocupan por cómo te va. A veces solo nos veíamos un rato, la mayor parte del tiempo estaba callado o tomando algo de beber. Luego me acompañaba a casa y se iba. Otras veces pasábamos más tiempo juntos, ya sabe... pero no era cariñoso. No sé si realmente vio algo en mí, aunque no podría decir que yo le importase demasiado. Creo que simplemente parecía que tenía que tener una novia y yo era lo bastante tonta para conformarme con eso.

—¿Notó algo raro en las semanas anteriores al asesinato?

—Sí. Había algo raro, pero no podría decir qué era. Es como si estuviera distraído.

—¿Distraído?

—Sí... normalmente siempre estaba callado, hablábamos poco. Pero un tiempo antes de... lo que pasó... en lugar de estar enfrascado en sus pensamientos con la vista fija en su taza de café y el ceño así arrugado, estaba como distraído, con la mirada perdida, mirando por la ventana, o no sé.

—¿En vez de mirar al café miraba por la ventana? ¿Eso es lo raro? —dijo burlona Leiracha.

—Sé que suena tonto, pero era una diferencia. Es como cuando a uno se le va el santo al cielo, se queda ahí mirando a la nada, pensando tonterías... pues igual. Antes de eso, él estaba pensando en algo, concentrado. No sé, para usted es una tontería, aunque yo le noté raro.

—¿Habló con él después del asesinato?

—No, no tuve el valor. Me sentía muy mal, culpable de alguna manera, señalada. Me ha costado mucho salir a la calle sin que alguien murmure en el barrio que soy la novia del asesino. Me tuve que mudar y cambiar de trabajo. Pero le escribí una carta a la cárcel diciéndole que no podía perdonarle, que no quería volver a saber nada de él.

—¿Intentó él comunicarse de vuelta?

—Me mandó una carta. Solo ponía "espero que te vaya bien". ¿Se lo pueden creer? Ni un lo siento, ni una explicación de por qué hizo algo tan horrible. Nada, después de dos años de relación, solo me dijo "espero que te vaya bien".

—¿Conserva la carta? ¿Había algo más en ella? ¿Algún dibujo?

—No, no la tengo. Había unos garabatos borrados, como si hubiera usado un papel en sucio para la carta.

—¿Sabe si podría ser el número pi, o este símbolo? —preguntó Cañas, enseñando la espiral de la proporción áurea en su teléfono.

—No lo sé, no me fijé tanto, pero podría ser.

—Una última cosa y ya la dejamos volver a su trabajo... ¿si Oscar tuviera que desaparecer... dónde cree que iría?

—Al bosque.

—¿Al bosque?

—Sin duda. Tenía equipo de acampada y le encantaba explorar cuevas. Yo casi nunca iba porque me daba miedo, pero, sí, estoy segura que se podría esconder en cualquiera de ellas, tenía un mapa donde marcaba las que más le gustaban, las que podrían ser refugios. Además, una vez intentó comprar unos terrenos forestales para construir una cabaña, aunque creo que nada de eso prosperó, bueno, porque hizo eso que hizo.

—¿Sabe dónde eran esos terrenos?

—No, lo siento. Puede que su madre, pero no querrá hablar con ustedes. Todo lo que pasó casi la mata en vida.

—De acuerdo, muchas gracias por atendernos.

La mujer asintió y entró de nuevo al edificio para seguir con su trabajo.

—En el fondo me da pena. Esta situación le va a perseguir como un fantasma de por vida.

—Mala suerte. Veamos si la madre sabe algo de esos terrenos.

—Capitana, ya hemos llamado a la madre dos veces, no nos quiere recibir. Es una mujer mayor, igual podíamos ir en otro momento.

Cañas sabía que era inútil intentar convencer a la capitana de que soltase una presa. No es que no quisiera intentar conseguir esa información, pero en ese momento su jefa solo pensaba en el caso y no tendría un mínimo de empatía ni cortesía hacia esa señora que bastante había pasado ya en la vida.

—Serán solo dos preguntas muy sencillas. No tiene porqué molestarse —insistió Raquel adivinando el motivo de su reticencia.

—Nunca son solo dos preguntas. Seguramente recodar que su hijo es un asesino no sea de su agrado.

—Me da lo mismo, es la madre de un sospechoso de asesinato y le voy a preguntar por el paradero. Es de primero de manual.

—De acuerdo, pero, al menos, deja que hable yo.

—Ni hablar.

Sin embargo, no tuvieron que discutir mucho por ello, ya que la madre de Oscar Sierra se había desmayado después de la llamada del policía que contactó con ella y estaba siendo atendido por los sanitarios.

—Solo de pensar que ha podido volver a hacer algo, le ha dado un síncope a la pobre —les dijo su cuidadora.

—¿Sabe si ha vuelto a hablar con su hijo recientemente?

—¿Bienvenida? Nunca, jamás. Lo intentó, cuando él estaba en la cárcel, pero no quiso verla. Es la única vez que he pensado que se arrepentía de lo que hizo.

—¿Y no vino a verla cuando salió de la cárcel?

—No, nunca. Ni ella quería tampoco. Le dijimos que estaba trabajando en el taller de su tío, pero no quiso ir a verle. Es demasiado doloroso. Cuando se acuerda de lo que hizo, muchas veces llora.

—¿Sabe si conocía a la víctima?

—¿Al señor que mató Oscar? Creo que de vista. No en persona, pero bueno, era del barrio. No creemos que Oscar tuviera nada en contra de él. No que supiéramos. Bueno, entonces yo llevaba poco trabajando en la casa. El padre aún vivía, entré para cuidarle a él. Pero Oscar nunca hablaba mucho.

—Nos han dicho que puede haber comprado un terreno en el bosque, ¿sabe algo? ¿Su madre comentó alguna cosa?

—De eso hace muchos años, pero su padre no le prestó el dinero. Si quieren saber qué terrenos eran, la verdad es que no lo sé, y su madre tampoco.

—¿Usted tiene alguna idea de dónde podría estar?

—Ese hijo del diablo debe estar muerto.

—No lo creemos.

—Pues yo sí. Sería lo mejor que le podría pasar a su familia y al mundo.

—¿Por qué cree que está muerto? —insistió Leiracha.

—Cuando una persona se queda sin propósito, ya no le queda nada. No tiene trabajo ni sitio donde vivir, nadie que cuide de él, ¿qué le queda? Matarse, colgarse en cualquier árbol. Eso le queda.

—¿Habló alguna vez de suicidio?

—No recuerdo eso. Aunque... discutía mucho con su padre, la verdad. Muchísimo, era con la única persona que hablaba más de cuatro frases seguidas, y casi siempre a gritos, en su habitación. Se odiaban. Sé que su padre le dijo más de una vez que debería estar muerto.

—¿Cuándo murió su padre?

—Uy... hace algunos años, creo que unos meses antes de "lo que pasó".

—De acuerdo. Si recuerda algo más, si su madre se repone y quiere hablar, por favor, llámenos, vendremos enseguida.

—Gracias, suerte.

MAREOS

Antes de meterse en el coche, Cañas ya sabía lo que Leiracha iba a decir.

—Tenemos que hablar con el profesor Carrasco, y con sus compañeros esos psicólogos. Creo que el asesino mató a ese hombre por la frustración de haber perdido a su padre, o para fingir que era a él a quién mataba.

—Es la mejor pista que tenemos hasta ahora, porque nunca se ha sabido el móvil.

—Quizá ahora su ira se haya vuelto hacia su madre, por sentirse abandonado o a saber... puede que por eso matase a Asunción.

—Pero... si era él quien no quiso verle en la cárcel cuando ella fue a visitarle.

—Sí, puede que en ese momento no estuviera preparado, pero ella no le buscó después ni le dejó visitarla. Creo que por fin podemos entender un poco de lo que ha pasado aquí.

—Sí, pero seguimos sin saber dónde coño está Oscar Sierra.

—Poco a poco. Al menos tenemos algo más que ayer.

—Tenemos más conjeturas que ayer. Tenemos la teoría de que quizá esté en una cabaña en el monte y que quizá odiaba a su padre y a su madre, y por eso va matando ancianos. Pero ninguna prueba.

—Dame tiempo, Cañas, y te conseguiré esas pruebas.

—Eso espero. Este caso está siendo muy complicado. Estoy harto de no tener más que teorías y conjeturas. Quiero algo tangible en mis manos.

Por la tarde comenzaron a organizar los equipos de rastreo. Pidieron ayuda a la UME para registrar los montes cercanos al lugar donde apareció el coche medio calcinado de Asunción.

Cañas pasó varias horas estudiando planos topográficos de la zona y hablando con forestales, que le fueron indicando dónde estaban situadas las cuevas más grandes, aunque insistían en que ninguna podría ser habitable.

—Es imposible. Primero que hay muchos animales salvajes en los montes, y segundo que no se puede pasar un invierno en estos bosques. Habríamos visto algo, rastros, huellas, basura, trampas para animales... no es fácil ser invisible, no es como en las películas.

—De acuerdo. ¿Y estas zonas sin marcar?

—Son terrenos privados, cotos de caza. Peor todavía, si te cuelas sin que te esperen, te puedes llevar un tiro fácilmente de un cazador.

—¿Pero sería posible esconderse por ahí?

—Sigo diciendo que no es posible. Bueno, en la antigüedad se hacía, pero ahora no estamos preparados.

—Deberíamos asegurarnos.

—No se puede peinar todo el monte. ¿Sabes cuántos kilómetros hay?

—Por eso quiero acotar zonas. Sé que es difícil, pero imagina que te quieres esconder de todos. Que no quieres usar dinero y que quieres vivir de la naturaleza. Eres forestal, seguro que se te ocurre algo.

—Soy forestal, pero coño, como todo el mundo quiero una ducha caliente, tele y sofá, no quiero comida cruda y cagar en un agujero del suelo.

—Por favor, piensa en algo...

—De acuerdo... Aquí hay una vieja cabaña de caza, casi en el linde de O Roxal. Pero creo que tenía el techo medio hundido. Hay cerca un regajo de agua, aunque no sé.

—Pues podríamos ir a echar un vistazo.

—Iremos mañana. No está cerca y habrá que dejar los coches en la vereda, habrá que andar bastantes kilómetros.

Cañas se giró para comprobar si la capitana estaba de acuerdo y la pilló mirando por la ventana, con esa expresión que él conocía muy bien. Ella estaba pensando en algo, en una pista nueva, en una versión diferente del caso. En algo que los demás no estaban teniendo en cuenta.

A veces Raquel tenía la sensación de que algo estaba en el aire, como cuando una palabra se te queda en la punta de la lengua, o puedes sentir el cosquilleo de un estornudo en la nariz, pero no llega nunca a producirse. Era en esos momentos cuando se quedaba así ensimismada, con el ceño ligeramente fruncido, concentrada en intentar desentrañar aquello que su mente podía intuir, aunque no mostrar.

—Capitana —la llamó. No pareció escucharle, así que insistió—. Capitana, ¿qué le parece?

—¿Eh? ¿Qué? —Parpadeó ella volviendo a la realidad.

—Hemos hablado de hacer una incursión en esta zona. Creemos que podría haber un antiguo refugio de caza.

—Me parece bien, ¿cuándo salimos?

—Mañana. A primera hora. Habrá que caminar. Estamos pidiendo voluntarios para las batidas de búsqueda.

—Puede que sea peligroso que civiles participen. No sabemos si podría atacarles. —Se preocupó Cañas.

—Nunca se ha mostrado violento salvo con sus víctimas, ni cuando le detuvieron por el primer crimen ni cuando estuvo en prisión —aseguró Leiracha—. Necesitamos peinar una extensión muy amplia de terreno.

—Tenemos un problema —dijo entrando el comisario. Todos en aquella atestada sala, que hasta hace un momento era un hervidero, se giraron aguantando un momento la respiración.

—Capitana, acompáñeme.

Leiracha hizo un gesto con la cabeza a Cañas para que le acompañase.

El comisario les guio hasta su despacho, les dejó entrar y cerró la puerta.

—Usted dirá —preguntó Leiracha, inquieta.

—Nuestra prueba se ha ido al garete.

—¿Cómo?

El comisario suspiró. Aquello no parecía muy fácil para él.

—La forense ha dimitido esta mañana. Ha pedido un cambio de destino y una baja, para no volver a trabajar aquí. Ha denunciado presiones de su parte y, además, ha testificado que en el departamento forense se han contaminado pruebas.

—¿Qué?

—Asegura que cualquiera ha podido manipular los informes de la autopsia, que no puede garantizar que se hayan hecho las puñaladas con la misma arma, sino con una similar y, aun así, que no hay forma de demostrar que la cadena de custodia de los informes se haya respetado. Posiblemente todo esto acabe en la prensa, pero el fiscal ha anulado la prueba.

Cañas sujetó a su jefa por el codo, porque sabía que en cualquier instante iba a saltar sobre la mesa, convertida en una hidra.

—Sé que esto tira por tierra todo el trabajo, y no saben cuánto siento los inconvenientes...

—¿Inconvenientes?

—Cálmese... Aún tenemos pruebas circunstanciales.

—Pero no sirven de nada, ahora no tenemos relación entre el asesinato de Sebastián Ochoa y Asunción Valera.

—La forense se ha quitado las pulgas de encima porque sabe que hizo mal su trabajo. ¿Cómo puede haber gente así? —Leiracha respiraba por la boca y finalmente salió del despacho intentando calmarse.

—Disculpe, comisario, es un poco temperamental.

—Sí, ya me advirtieron antes de que llegasen. Lo entiendo. Yo he trabajado con esta forense durante años y estoy tan sorprendido como vosotros. Imagino que el hecho de que su jefa le denunciase le ha hecho.... digamos enajenarse temporalmente.

—Esto tirará por tierra muchos casos, no solo el nuestro.

—Lo sé. Es un auténtico quebradero de cabeza. No sé en qué estaba pensando esta mujer, pero ahora centrémonos en lo que tenemos y lo que podemos hacer. Igualmente vamos a mantener el equipo de hombres que habíamos destinado. No sé si podemos seguir contando con la UME, aunque los forestales seguramente nos tirarán un cable de todos modos.

—Creemos que es el mismo tipo, todo encaja, si no lo encontramos, desaparecerá varios años y, cuando todos le hayan olvidado, volverá a matar.

—Lo sé. Intente calmar a su capitana, mañana haremos pequeñas partidas de búsqueda, no vamos a rendirnos.

—Siento la situación, comisario. No solo por nuestro caso, sino por todo lo que se va a liar a partir de aquí.

El comisario le despidió con un gesto de la mano y Cañas salió a buscar a Raquel. La encontró fumando un cigarrillo, sentada en la acera, junto a la puerta.

—Me da igual lo que diga esa fracasada, yo sé quién es el asesino y lo voy a encontrar.

—Lo sé.

—Me parece increíble hasta qué punto puede ser la gente rastrera y reprobable.

—Vamos a hacer las partidas igual, solo que con menos gente. Si está ahí fuera, aún podemos encontrarlo.

—No será fácil, hay mucho monte que rastrear.

—Lo sabemos. ¿En qué pensabas antes de que entrase el comisario? Estabas ensimismada.

—Ah... pensaba que deberíamos investigar un poco a Sebastián Ochoa. No sé apenas nada de su vida. Quizá tuvo alguna relación con Asunción o también ocultaba algo de su pasado.

—Podemos encargarnos de eso.

—Sí. Estoy tan segura de que ha sido Oscar Sierra... no entiendo cómo es posible no haber encontrado ninguna pista. Lo único que podíamos usar para condenarle... y se ha ido al garete.

—No pensemos eso ahora. Encontraremos algo, lo conseguiremos.

Cañas necesitaba animar a su jefa, no porque creyese que lo iban a conseguir (cada vez se sentía más desanimado con el caso), sino para intentar evitar que entrase en esa fase kamikaze, como un tren sin frenos. Se obsesionaría hasta el punto en que casi no dormiría, comería ni pensaría en nada que no fuese el caso. Ella odiaba cuando un culpable se escapaba en el juicio, lo apuntaba en su lista negra, lo recordaría para siempre, pero que un culpable consiguiera escapársele a ella... Cañas dudaba de que estuviera preparada para asumirlo.

A veces, en la profesión no siempre se ganaba. A veces, resolvías los casos y era peor que no haberlo hecho. A veces el asesino simplemente cometió un error. Otras veces no podías demostrar las obviedades, lo que sabías que había pasado. A veces los abogados pisoteaban el trabajo de semanas, y otras veces los culpables simplemente conseguían huir. Siempre había alguien que les ayudaba, una red de apoyos que se encargaban de sacarle de un sitio y meterle en otro, muy lejos de ellos, donde no les pudiesen atrapar.

La vida de un policía, de un guardia civil, de las fuerzas de seguridad del estado era así, y Leiracha parecía que no estaba decidida a asumirlo.

Cañas estaba convencido de que acabaría apartada del cuerpo. Había recibido varios expedientes por insubordinación, se había saltado órdenes y había investigado cuando le aconsejaron que se detuviera. Estuvo a punto de perderlo todo, y por ello había rebajado bastante, cosa rara en ella, al menos durante un tiempo. Por mucho que ella se desviviese por su trabajo, necesitaba volver a ser humana, poner el foco en la realidad.

Pero era inútil sacar esa conversación. En su lugar, le pidió un cigarrillo y, sentado en la acera,

fumó junto a ella.

Cuando volvieron a entrar en la oficina que les habían destinado, los ánimos estaban bastante más desinflados. Estaban intentando organizarse en partidas mucho más pequeñas y que se les uniese el Seprona.

Las batidas de búsqueda duraron cuatro días antes de que tuvieran que prescindir de la mayor parte de los efectivos. Leiracha a estas alturas se subía por las paredes. No habían encontrado ningún rastro de que alguien viviese en el bosque o hubiera estado acampado en alguna zona accesible y con agua cerca. No había rastros de trampas para animales, basura, latas o botellas de agua. No es como si alguien hubiera estado y se hubiera ido, era como si nunca nadie hubiera estado por allí.

—Sabíamos que era una locura, pero había que intentarlo.

—Lo sé.

Cañas miró al techo un momento. No solían tener ratos así, bebiendo derrotados. Raquel no solía ser tan... "humana".

—Jefa, ¿te puedo preguntar algo?

—¿Sobre el caso?

—No.

—¿Entonces para qué vas a querer preguntarme nada?

—Investigo. Es mi trabajo.

—No soy un caso.

—Bueno, pero quiero saber.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Muchas cosas. Por ejemplo, ¿por qué elegiste este cuerpo?

Leiracha suspiró un momento y tomó otro trago de la botella.

—¿Y por qué no? Tú también eres guardia civil.

—Sí, pero a ti no te pega.

—¿No?

—Bueno, no es que no te pegue. Pero podías ser de otro cuerpo.

—Hace años —comenzó a contar Raquel Leiracha, tras tomarse un momento—, mi padre y dos amigos de toda la vida tuvieron un accidente. No sé bien qué pasó, pero la guardia civil fueron los primeros en llegar. En ese momento, yo era pequeña, supongo que tenía como siete u ocho años. Lo que más recuerdo es a mi madre llorando diciendo que por poco le pierde. Mi padre siempre fue el gran amor de mi madre, y fíjate, ahora no le reconocería, aunque lo tuviera delante.

Cañas no quiso interrumpir a Raquel, aunque temía que se fuese por otros derroteros y no acabase de contar la historia que había comenzado.

—Yo entonces no entendía bien lo que había pasado. Sé que Donato, uno de sus amigos, quedó

en silla de ruedas, y Pascual, el otro, salió ileso. Mi padre pasó un tiempo en el hospital, pero finalmente salió de allí con un poco de cojera como única secuela. Aunque no sé, mi madre lo había repetido tanto que yo solo podía pensar en lo diferente que hubiera sido nuestra vida si aquel día hubiera muerto. No creo que mi madre se hubiera repuesto de algo así. Creo que, cuando mi padre murió, la demencia que sufrió mi madre después es una especie de consuelo para ella. Al menos así no sufre por él.

—¿Y qué pasó? —insistió Cañas, cuando ella se tomó una larga pausa antes de seguir hablando.

—Que todos los años mi padre llevaba de regalo al cuartel unas botellas de vino en el aniversario del accidente. Siempre preguntaba por los agentes que le atendieron. Me saludaban, mi padre a veces se hacía fotos con ellos. Siempre, siempre estuvo agradecido. Sé que a veces la guardia civil no tiene buena fama, pero servimos a la gente. Mi familia no se rompió aquel día gracias a las personas que ayudaron a mi padre. Pude disfrutar de más años a su lado.

—Es una historia bonita. ¿Es por lo que te hiciste guardia civil?

—Yo quería marcar la diferencia —dijo Leiracha con vehemencia, bebiendo un poco más.

—Pero no eres guardia civil de tráfico. Eres investigadora de homicidios.

—Ya... ya... es que no podía solo observar. Para marcar la diferencia hay que ensuciarse. Quiero decir que dar paz a una familia que ve cómo el culpable de su desdicha entra en prisión es lo más gratificante.

—¿De verdad entraste en el cuerpo por ese motivo?

—Ya te lo he dicho. Mi padre se sintió tan orgulloso... —murmuró ella, con voz rota.

—Nunca hablas de ellos.

—No quiero. No puedo. No entiendo mucho este mundo. Las cosas que pasaron, el modo en que él murió antes de tiempo, cuando era una persona tan buena... mi madre dejó de existir aquella mañana. Lo perdí todo en un día. No se puede confiar en nada, en nadie. La vida cambia sin previo aviso. Lo que crees que va a estar para siempre, de pronto se va. Solo las pruebas son confiables. Las pruebas están ahí, siempre estarán. Los testigos mienten, tienen miedo, olvidan, fingen... Y luego están los abogados. A esos sí que los odio...

—Bueno, esos son caso aparte.

—¡No! Son lo peor del sistema. Mienten, desvirtúan nuestro trabajo. Pero si las pruebas son buenas, si hemos hecho bien lo que tenemos que hacer, da igual lo que se inventen.

—Pero jefa, la vida es algo más que el trabajo.

—El trabajo es el modo en que me siento cuerda. Es la única forma de creer que la vida tiene algún sentido.

—Hay gente que se echa pareja. O adopta un perro. Tiene aficiones, no sé, escala montañas. Te has criado al lado de la Ría, por el amor de Dios, ¿no te gusta la naturaleza?

—Si hay algo que ama todo el mundo aquí es la Ría. Es la fuente de vida de la zona desde hace muchísimos años. Es algo que llevamos en el ADN. Hasta que me fui a estudiar no había pasado ni

un día sin ver la Ría. Aunque fuera de pasada, aunque no fuera ni consciente de que estaba ahí. Es otra de las cosas que daba por sentado. Pero me fui y lo olvidé.

—¿Es la excusa que te pones a ti misma? —preguntó Cañas, envalentonado por el alcohol—. Para no hacer amigos, ni conocer a nadie, ¡ni divertirte!

—Sí me divierto.

—No, te emborrachas esporádicamente. Eso no es divertido.

—No sé a qué viene todo esto. Estoy bien, soy feliz. Mi trabajo me da todo lo que necesito.

—¿Y por qué no te relacionas con nadie del trabajo? Sé que mucha gente hace de sus compañeros su familia.

—No... no estoy aquí para hacer amigos.

—Sería un plus, no un objetivo prioritario, jefa.

—No me importa, no lo necesito.

—Es porque tratas a todo el mundo como si fueran tontos.

—Es que son tontos. Inútiles, descuidados.

—No, tú crees que lo son. Crees que nadie está a la altura. Pero no eres la única persona que resuelve crímenes.

—Pfff... suerte.

—Sé que no todo el mundo es tan metódico como tú. Pero es que no das la oportunidad a nadie.

—¿A nadie? ¿Te refieres a gente como tu amigo Arturo?

Cañas lanzó una carcajada al aire.

—Bueno, Arturo es lo que es. Y hace lo que puede, pero está siendo de ayuda. Nosotros estamos mucho más preparados, pero, aun así, no podemos descartar completamente su trabajo.

Raquel estaba hecha un desastre, con una botella al lado, sentada en el suelo de la habitación del hotel. Cañas, descalzo pero vestido sobre la cama, miraba al techo con las manos entrelazadas tras la nuca. Decidió dejar de presionar a su jefa, demasiado se había aventurado ya. Su mente volvió al caso.

—No puede ser tan listo. No puede simplemente no dejar huellas, ni pistas.

—Nadie es tan listo. Aquí pasa algo que se nos escapa. —Gimió Raquel con voz ebria.

—¿Suerte? ¿Y si lo enfocamos mal? ¿Y si se lo encargaron? ¿O inculparon?

—¿Cómo? —preguntó Leiracha, poniéndose de pie y tambaleándose hasta los pies de la cama—. Deberías estar haciendo esto más fácil, no más complicado.

—Ya es suficientemente complicado. Yo solo lo pongo sobre la mesa.

—Es un asco de caso, es un asco de forense, es un asco de ciudad.

—Tú eres de aquí.

—¿Y qué? Es un asco.

Cañas rio y se levantó perezosamente de la cama.

—Voy a dormir. Acábate la botella a ver si mañana te levantas a una hora normal en lugar de antes de que amanezca.

—Nunca he sido normal. Uf, creo que mañana tendré resaca. Cierra al salir.

Cañas miró a su jefa siendo un ser humano por primera vez en mucho tiempo antes de abandonar la habitación rumbo a la suya.

Este caso les estaba afectando, no era normal no tener una pista tras varias semanas de investigación a fondo. Raquel estaba a punto de sufrir un ataque cuando Cañas consiguió una botella obscenamente cara del bar del hotel y se la subió sin aceptar excusas. Era eso o acabar abofeteándola para que dejase de darle vueltas al asunto como si se le estuviera yendo la cabeza.

Antes de acostarse envió un mensaje un poco más atrevido de lo normal a Sonia, que había sido lo suficientemente valiente como para querer seguir viéndole a pesar de las jornadas maratonianas y los muchos momentos de desesperación. «Al menos, algo bueno vamos a sacar de todo esto», pensó.

Se durmió con una sonrisa olvidando por un momento su fracaso laboral y descansó hasta que una Raquel con mucha resaca azotó a la puerta hasta hacerle despertar.

—Tenemos algo —dijo al fin.

—¿Qué? —A Cañas el sueño se le fue de golpe—. ¿Ahora? ¿Has dormido algo?

Raquel miró su reloj de pulsera, que no marcaba ni las siete de la mañana.

—El jefe ha llamado. Por fin ha conseguido información del penal donde estuvo Oscar Sierra.

—¿Algo importante?

—Tenía un compañero de celda que dice que sabe información sensible. El jefe quiere que vayamos hoy mismo.

—De acuerdo. Voy a darme una ducha.

No era la primera vez que Cañas entraba a Teixeiro, ni la primera vez que tenían que interrogar a un preso. La mayoría de las veces mentían o exageraban para conseguir un trato. En caso de que fueran ellos los que quisieran algo del criminal, por ejemplo, que confesase dónde estaba un botín o las pruebas de algún caso, exigían cosas absurdas que rara vez se les concedían.

Nuevamente Cañas recordaba las películas o series que le gustaba seguir. Los asesinos en serie solicitaban que el detective retirado fuese la única persona que hablase con ellos, o que les llevasen a los escenarios a pesar de ser muy peligrosos.

En la vida real las cosas eran mucho más mundanas. No había FBI, ni Cuántico, solo un par de agentes algo desesperados por cerrar un caso y atrapar a un asesino.

Raquel parecía eufórica. El atisbo de una pequeña luz al final del túnel era suficiente para reiniciar en ella todos los circuitos.

—Según me ha dicho el jefe, compartieron celda casi tres años. Este tipo está aquí por atraco con

violencia y homicidio. Una joya. Se llama Omar Quintana. Cuarenta y tres años. De Venezuela.

—Menuda joya.

—Bueno, si nos dice algo que nos ayude en el caso, por mí como si es Lucifer.

—Esperemos que tenga algo bueno y no sea una pérdida de tiempo.

Raquel le miró entrecerrando los ojos. Cañas sabía que estaba pensando que era un gafe.

Para Cañas todo el proceso de ingreso de la prisión era tedioso en extremo. Cada control, cada funcionario que tenía que revisar la documentación de autorización para entrar, cada comunicación por teléfono o walkie le hacía sentir que perdía su tiempo. Llevaban tanto tiempo sin una buena pista que estaba impaciente, expectante, pero nada comparado con cómo se encontraba Raquel.

Estuvo a punto de gritar al tercer guardia que se encontraban que le hacía la misma pregunta y a duras penas podía ocultar su nerviosismo.

—Cálmate, no queremos que sepa que estamos desesperados.

—No me hables como si fuera una niña, ya lo sé. Es todo este puto proceso, que no tienen ningún sentido más que el de cabrearnos.

—No creo que lo hagan por eso.

—Seguro que sí. Mira, por ahí viene.

Cañas se acomodó la chaqueta y se sentó en una de las sillas al lado de la mesa. Raquel se mantuvo apoyada en la pared con los brazos cruzados. Cañas estaba seguro de que, si se acercaba lo suficiente a ella, podría oír cómo le latía el corazón.

Trajeron a Omar, que era una persona de baja estatura, de cara redonda y exceso de tatuajes de mala calidad por todas las zonas visibles de su cuerpo.

Les miró con desdén en una pose muy estudiada. Cañas imaginaba que durante toda su vida habría estado intentando compensar su baja estatura con una actitud ruda e intimidante.

—Siéntate. —Invitó Cañas con un gesto de la mano. El hombre tomó asiento haciendo un poco más de ruido de lo necesario—. Tú dirás por qué nos has hecho venir.

—Me han dicho que, si cuento lo que sé, podré solicitar antes el tercer grado.

—Eso va a depender de lo que nos cuentes, si nos sirve o no.

—Sí que sirve.

—Dinos, ¿qué sabes de Oscar Sierra? —impelió Raquel, incapaz de controlarse.

—Bueno, primero por escrito, princesita.

—Yo que tú no jugaría mucho, la capitana no está de buen humor.

—Me suda la polla el buen humor de la princesita. O por escrito o no hay nada.

—Creía que esta iba a ser una charla entre adultos. Somos agentes de policía, estamos aquí por una investigación. Tu abogado ya ha tramitado el acuerdo, si no, no estaríamos aquí. Deja las gilipolleces o vuelve a tu agujero —contestó Cañas mientras escuchaba la respiración agitada de

Leiracha tras de sí.

—Bueno, hablaré, pero espero que sirva de algo.

—Tú dirás.

—El tiempo que estuve en la misma celda que Oscar, al principio fue muy raro. A mí el tipo me daba miedo, ya sabes, no hablaba nada, solo dibujaba esas mierdas por ahí.

—¿Qué dibujaba?

—Cosas, como una herradura cuadrada, algo raro, un caracol, otras cosas.

—¿Era esto? —dijo Cañas enseñando las figuras matemáticas al preso.

—Sí, esas mierdas.

—¿Dónde las dibujaba?

—En todas partes. En cualquier papel, en el margen de los libros, en el techo de la litera y en la pared. Luego le tocó pintarla porque le pillaron.

—¿Te dijo que significaban?

—No hablaba mucho, pero al cabo de un tiempo, unos dos años, ya se fue soltando.

—Ve al grano. —Urgió Raquel desde su posición al fondo de la sala.

—Al grano... déjame que recuerde bien. Eso lleva tiempo. Que luego me equivoco y resulta que no me dan el tercer grado.

—Creo que no te han explicado las cosas, nos das algo bueno y lo investigamos. Que sirve, entonces acortas el proceso para solicitar el tercer grado. Y te lo darán o no, dependiendo de lo que nos cuentes. No tengo todo el día, si tienes algo que decir, hazlo ya.

Omar bufó, descontento. Él quería jugar un rato más al gato y el ratón, pero el tono de Leiracha le dio a entender que no era el momento ni las personas adecuadas para hacer un rato el tonto.

—Decía que no podía quitarse de la cabeza esas cosas. Que estaban en todas partes, en las matemáticas y en la naturaleza, en la vida y en la muerte. Eran cosas que yo no entendía.

—¿Qué más te dijo? ¿Te habló de los asesinatos?

—¿Los? A mí solo me habló de uno. De un viejo. No sé nada de ninguno más.

—Sí, disculpa. Del asesinato.

—Dijo que tenía que hacerlo. Lo dijo como si alguien se lo hubiera pedido, pero nunca nombró a nadie, yo le quería sacar, ¿sabes? Más que nada por aburrimiento. Son largas las noches, largos los días, largos los meses y los años aquí dentro.

—Todo muy largo, sí. ¿Qué te dijo? ¿Te contó si lo tenía planeado? —apremió Raquel.

—Eso no lo sé. Sólo decía que tenía que hacerlo. Pero no en plan las voces me dijeron que matase a alguien, sino como si fuera una misión cuyos detalles no podía contar, como si hubiera algo detrás que no conocemos.

—¿Te dijo si tenía pensado seguir con esa misión?

—No con esas palabras. Decía que todo estaba conectado, que ahora no se entendía, pero era necesario. Y dijo que estaba reparando un daño.

—¿Reparando un daño?

—Eso lo dijo solo una vez, casi dormido, cuando le pregunté por qué alguien como él mataría a una persona. Es que ustedes no sé si lo conocen. Aquí en el presidio hay mucha gente. Yo me crie así, mal. Ya era malo con ocho años, robaba coches y pasaba droga. Hay asesinos y voladores, traficantes, hay de todo. Y Oscar solo estaba aquí en medio, sobreviviendo, sin hablar, con sus dibujos. Creo que la gente pensaba que estaba loco, pero luego te das cuenta de que no. No estaba loco, aunque fuera raro. Sabía lo que tenía que hacer, lo que estaba bien o mal. Yo también lo sé, aunque no me importa. A él sí le importaba.

—No entiendo.

—Es difícil de explicar. Es como si la vida fuera demasiado intensa para él y se refugiase en su pequeño mundo. Por eso también quería hablarles. Sé dónde puede estar.

—¿Dónde?

—Una vez le pregunté qué pensaba hacer cuando saliera. Me dijo que primero tenía que trabajar y tener un lugar donde vivir. Que su abogado le había explicado todo el proceso de la libertad vigilada. Luego dijo algo raro. Dijo: "cuando ya haya pagado mi pena, cuando ya no me busquen, entonces me iré a mi pedazo de tierra, donde nacieron mis ancestros y donde debo descansar".

—¿Qué coño significa eso?

—Por lo que le pude sacar, no es una casa. Solo quería ir a un sitio a descansar, cuando supiera que nadie más le buscaría.

—¿Sabe si tenía relación con alguien de fuera? ¿Si alguien le ayudaría o le estaba esperando?

—Nadie. Solo vino una vez su madre, pero no quiso ir a verla, decía que había hecho daño que no se merecía, que no sabía cómo compensarlo aún.

—¿A qué crees que se refería?

—No lo sé. Es que de verdad hablar con él era muy raro.

—¿Crees que esto nos ayuda a algo?

—Bueno, no quería contarlo todo hasta tener alguna garantía por escrito.

—Sabes que vamos a cumplir, el abogado te lo habrá dicho. Si quieres puedes, llamarle.

—Sí, la verdad es que quiero llamarle.

Cañas asintió. Prefería perder unos minutos que toda la mañana. El abogado, con voz hastiada, le aseguró que todo era legal y tendría beneficios de cara a la solicitud del tercer grado.

—Tú dirás.

—Sí, sé dónde pensaba irse.

—¿A dónde?

—Hay una cabaña. No es que fuese de su familia, pero su abuelo, cuando era pastor, vivió allí muchos años. En el monte. Sé que quiso comprar el terreno, pero su padre no le dejó el dinero ni quiso avalar el préstamo porque es tierra estéril, no vale de nada. Él decía que tenía que ir allí, que tenía que reunirse, pero por Dios os juro que no sé con quién.

—De acuerdo. ¿Quieres añadir algo más?

—Creo que eso es todo.

—Gracias, Omar, nos vemos.

Cañas se sintió entre liberado y nervioso. Sabía que tenían que volver a intentar hablar con la madre de Oscar Sierra cuanto antes. Ella debería saber dónde se situaba la cabaña de pastor donde el abuelo trabajó aquellos años. Quizá ella le pudiera decir qué relación tenía el abuelo con Oscar y qué podía ser lo que le marcase tanto.

Leiracha estuvo callada todo el camino de regreso. Tenía mucho en qué pensar.

—¿Crees que las víctimas eran parte de una lista de su abuelo? —dijo al fin cuando se sentaron a comer.

—No lo sé. Omar decía que parecía que se veía obligado a cumplir una misión. Pero por las edades, al abuelo le pillaban ya mayor. Serían más contemporáneos quizá del padre.

—Con el padre se llevaba a matar, pero no sé si en el sentido de matar por él.

—¿Y lo del terreno? No entiendo cómo no le decían que estaba loco todos esos forenses.

—Tenemos que hablar con la madre.

—Ya he llamado, aún no se encuentra bien.

—Pues volveremos a hablar con la tía abuela. La viuda del tío que le dejó trabajar en el taller.

—Podemos ir esta tarde, pero quizá ella no sepa nada.

—Vamos. Algo tendrá que saber.

Se presentaron allí, y les abrió la puerta una mujer enjuta, con el pelo recogido en un tirante moño y un lunar oscuro y demasiado grande que desviaba toda la atención de su cara a la mejilla izquierda.

—Otra vez preguntando por el monstruo ese —murmuró. Se encendió un cigarro, aunque aún tenía uno muriendo lentamente en el cenicero a su lado.

Cañas no había estado nunca allí. La vez anterior que preguntaron a la mujer había sido Leiracha la que fuese a verla, pero le impactó el olor a humo y la suciedad sigilosa. Todo en orden, aunque todo cubierto de una película amarillenta. Aquella mujer parecía pasar la vida en esa butaca, fumando un cigarro con otro mientras veía la tele. Cañas no entendía qué clase de vida podía ser aquella.

—Sentimos molestarla de nuevo. Queríamos hacer unas preguntas por si nos podía ayudar.

—Sí, como el otro día. Preguntando puras tonterías.

Cañas miró de reojo a Leiracha, que no se inmutó.

—Queremos saber dónde estaba la cabaña de su abuelo, cuando era pastor.

—¿Su abuelo? Señor mío, pero si ese idiota nunca lo conoció. ¿Qué sabrá él de la cabaña?

—¿Cómo que no lo conoció?

—Si se refieren a mi cuñado, que en paz descanse, no lo conoció.

—¿Puede que fuese abuelo materno?

—No creo, ese abuelo, por lo que sé, nunca fue pastor.

—¿Entonces? No entiendo nada. Su abuelo sí que fue pastor, pero ¿no conoció a su nieto? ¿Sabe si vivía en una cabaña en el monte?

—Eso sí, vivió allí muchos años. —La mujer levantó la vista intentando hacer memoria. Mientras daba largas caladas a su cigarro y exhalaba el humo haciendo un ruido que Cañas empezaba a odiar —. Mi cuñado, el abuelo de Oscar, era el mayor de cinco hermanos. Que yo sepa, murió en la guerra y dejó a su mujer viuda con dos nenes, el padre de Oscar y otro. Mi marido, Dios lo tenga en su gloria, era el más pequeño. Se encariñó del crío. Le decía abuelo.

—¿Le decía abuelo a su marido?

—Sí, claro. ¡Si casi se crio en el taller! Por eso recurrió a mi marido cuando salió de la cárcel. Yo le dije "no le metas en el taller, que capaz te pega un tiro o algo". Nunca me escuchó. Le quería demasiado, no entiendo porqué. Era un bicho raro desde pequeño.

—Su marido... ¿Tenía alguna relación con la cabaña de pastoreo?

—Bueno, relación no. No era de su hermano, solo le hacían vivir allí mientras cuidaba las cabras y las ovejas. Como un animal que casi ni se lavaba. No sé cómo su mujer tenía estómago para dejarse hacer dos chiquillos. Bueno, sería otra época, supongo.

—La cabaña. —Intentó reintroducir Cañas.

—Sí, la cabaña. Bueno, sé que alguna vez llevó al chico, a Oscar, a verla. Pero dejaron de ir de repente, no sé lo que pasó allí.

—¿Ustedes tienen hijos?

—No, no. No pudimos. Mi marido tuvo paperas de niño. Igual por eso se encariñó del zagal, aunque maldita la hora.

—¿Puede decirnos dónde se encuentra la cabaña?

—No creo que siga en pie, pero creo que había una ermita cerca.

—¿La ermita de Chamorro? —exclamaron al unísono los dos agentes.

—¿Chamorro? No, no, no está cerca. Yo hablo de una pequeña, casi en ruinas. ¿Saben a quién le pueden preguntar? Seguro que sí que se acuerda, a mi otro cuñado. Andrés, tengo por aquí su número, iba a veces a ayudar al abuelo de Oscar en el monte. Llámenle, él les podrá indicar.

Agradecieron a la mujer, que se limitó a asentir con la cabeza y dar otra larga calada a su cigarro, y salieron de la vivienda.

Cañas inspiró hondo aire limpio.

—Joder, cómo fuma la cabrona, creo que hemos perdido un día de vida allí dentro.

—Me sorprende que siga viva y no tenga cáncer de pulmón ya. —Coincidió Leiracha. Sin perder tiempo marcó el número del tal Andrés y concertó una visita en su casa aquella misma tarde.

Sentados en la mesa de una cafetería, comiendo de lo poco que quedaba en la vitrina, reunieron las piezas del puzle que habían conseguido aquellos días.

—Bien, veamos. Su tío abuelo le llevaba a la cabaña, a saber porqué. Por alguna razón debe ser un lugar importante para ellos. —Comenzó Raquel.

—Y de repente dejan de ir. Algo debió pasar en aquel lugar.

—El compañero de celda dice que Oscar hablaba como si alguien le hubiera pedido que realizase el asesinato.

—Pero no queda claro si ese alguien era real o es una misión que él había imaginado.

—No estaba loco.

—Oficialmente. Yo sigo pensando que normal no estaba.

—Bueno, trabajemos con la premisa de que quizá alguien le pidió que matase a Sebastián Ochoa.

—En ese caso supongo que sería su tío. No tenía relación con nadie más. Su novia no creo que fuese.

—No, la novia no tiene muchas papeletas. Investiguemos un poco a su tío y a la víctima.

Aquella misma tarde, Andrés les aseguró que tenía vagas nociones para llegar hasta la choza de cabrero en la que su hermano había vivido hasta su muerte en la guerra civil.

—No sé muy bien qué interés puede tener aquella cabaña. Eran solo piedras amontonadas y un tejado de madera y paja. Tenía una chimenea y poco más, el corral ocupaba mucho más terreno. No tiene ningún valor y Oscar no llegó a conocer a su abuelo.

—Lo sabemos. Quizá su hermano, con el que sí tuvo relación...

—Alfonso —bufó—. No sé qué cariño le tenía al muchacho, siempre fue un rarito.

—¿Alfonso tenía algún interés en la cabaña?

—Bueno, yo a veces me iba con mi hermano, el mayor, al monte. El pobre pasaba mucho tiempo solo allí, pasaba frío y hambre, bien lo sabe Dios. Bajaba poco a la ciudad. Alfonso vino mucho después de que él muriera, que lo mataron en la guerra. Quiso que le enseñase el lugar y le llevé.

—¿Sabe si volvió a ir después?

—Sí, iba mucho. No sé porqué. Sé que incluso se llevó a Oscar, y alguna vez durmieron allí. Pero no sé qué le ven, es un pedazo de tierra baldío.

—¿Sabe si Oscar intentó comprar el terreno?

—Lo intentó, ya lo creo. Y no lo vendían caro, pero su padre no le dejó comprarlo.

—¿Por qué?

—Primero porque era una gilipollez. ¿Para qué quiere un chico joven un trozo de tierra estéril? Además, esa obsesión que tenía con el sitio ese... no era normal. Bueno, el chico nunca ha sido normal.

—Necesitaremos que nos indique cómo encontrar el terreno.

Andrés asintió y les indicó cómo llegar. Insistió un par de veces en que no entendía qué interés podía tener su hermano o su sobrino nieto Oscar en ello. Los detectives coincidían en el poco sentido que tenía el asunto, pero al menos tenían un lugar que registrar.

—Se trata de una propiedad privada. He hablado con el jefe, vamos a intentar conseguir una orden y seguramente para el lunes la tendremos —anunció satisfecha Raquel.

—¿Y si localizamos a los dueños y les pedimos autorización?

—No quiero pillarme las manos, quiero que todo esté muy atado, por si los coletazos del lío que ha armado la forense nos salpican aún más.

—Como quieras. El lunes iremos allí y veremos si podemos resolver ya de una vez el caso.

—Eso será si encontramos a Oscar Sierra sentado en una piedra esperando para recibirnos con los brazos abiertos. Que asco de caso, Cañas. Que extraño ha sido todo.

Cañas asintió. Todo aquello carecía de sentido.



Fue aquella noche, tumbado en la cama de Sonia mientras ella dormía sobre su pecho, que una bombillita se le encendió en la cabeza, pero tuvo que esperar hasta el día siguiente para poder investigarlo. No sabía cuántas veces más podría ver a la mujer que estaba a su lado, así que no quería perder el tiempo que le quedase con ella.

Normalmente no solía sentirse así con una mujer que acabase de conocer. Él era más pasivo, y las pocas relaciones que habían tenido no podían definirse como apasionadas ni arriesgadas en forma alguna. Sonia era un soplo de aire fresco que le hacía sentirse valiente por una vez.

Era una mujer increíble. Vivía en el bonito barrio de la Magdalena, y no le costaba nada cerrar los ojos e imaginarse viviendo allí. No entendía qué estaba pasando en él.

Por la mañana se decidió a investigar todo lo posible la relación que pudiera tener el tío abuelo de Oscar Sierra con Sebastián Ochoa, la primera víctima. De pronto tuvo el convencimiento de que la relación y la solución a todos los interrogantes que presentaba el caso estaban ahí.

Tardaron dos días en reunir algo de información interesante sobre Sebastián Ochoa. Perteneciente a una familia adinerada de la zona, sin aparentemente enemigos. Su viuda e hijos no se habían repuesto aún del crimen y seguían sin poder creer lo que había pasado. Y sí, Sebastián Ochoa había vivido mucho tiempo en la calle Real. Es más, en su juventud se relacionó con la familia Vázquez Iglesias, propietarios de las tierras donde pastoreaba el abuelo de Oscar.

Junto a Alberto Vázquez Iglesias y Cosme González, formaban una pandilla inseparable.

Cañas fue a visitar a Alberto Vázquez, solo para descubrir que llevaba desaparecido quince años. Su familia había interpuesto una denuncia y se llevó a cabo una investigación, pero jamás se supo nada de su paradero. Su familia había tenido dinero y tierras, aunque varias generaciones de malas decisiones, derroche y alcohol habían arruinado el apellido y dilapidado el patrimonio.

Sí, conocían el terreno y la cabaña, pero no valía nada, era una extensión de menos de diez hectáreas que estaba en medio del monte, que en su momento valía para el ganado, pero que, al comenzar a cercar pastos y la dificultad para encontrar una persona que quisiera ocuparse de las ovejas y las cabras, habían acabado por olvidar.

—Sí, recuerdo que un chico quiso comprarlo. Alberto se negó en cuanto le vio entrar por la puerta. Era un tipo raro, hablaba bajo, como si no quisiera estar aquí. Solo quería saber el precio, dijo que él conseguiría el dinero. Alberto era un cabezota y dijo que a él no, que no se lo vendía. Parecía como si le temiera o le conociera de algo, cosa que dudo. Me enfadé con mi hermano, el idiota sabía que nos hacía falta el dinero y ¿quién más iba a querer comprar ese trozo de tierra? Un tiempo después de que mi hermano desapareciera, llamé al chico, porque tenía por ahí el número, le dije un precio razonable y me dijo que hablaría con su padre y me llamaría. Pero luego no sé qué pasó, no me llamó y me olvidé del tema. Nadie se ha interesado por ese trozo de tierra desde entonces. Hasta hoy que han venido ustedes.

—¿Sabe si sus hermanos, Sebastián y Cosme, tenían algún interés especial en esa tierra?

—No que yo sepa. Ya le digo que no vale nada.

—¿Y algún enemigo?

—¿Esos tres? Seguro. Eran unos bandarras. Mi hermano siempre pensó que el dinero de la familia le hacía intocable. Era un imbécil, pero bueno, el dinero no es eterno, y entre mi padre y él acabaron dilapidando todo.

—¿Tenían relación con Alfonso Sierra?

El gesto de la mujer cambió un momento.

—No lo sé.

—Vuelva a pensar, por favor.

—He dicho que yo no sé nada.

Cañas intercambió una mirada con Leiracha, que se había mantenido al margen durante toda la conversación, sacando sus propias conclusiones.

—¿Sabía que el chico que quería comprar el terreno era sobrino de Alfonso Sierra?

—¿Qué?

La mujer tragó saliva y se tornó pálida.

—No sabía que tenía un sobrino. Sé quién es el chico. Es el que mató a Sebastián.

—Así es.

—¿Entonces... él...?

Leiracha dio un paso al frente y se sentó en la silla frente a ella.

—Creo que es el momento de contar lo que sabes. Creo que ahora sabes que es importante. Sé que estás guardando un secreto, un secreto familiar. Y ya es momento de escupirlo. Porque te acabas de dar cuenta de que hay una relación en todo esto.

La mujer asintió levemente y comenzó a llorar.

—Hace tanto de esto... Dios mío, no creía que nada de esto estuviera relacionado...

—Cuéntenos —insistió.

La mujer suspiró y miró al techo un momento antes de contestar.

—Fue hace mucho, mucho tiempo. Alfonso y yo comenzamos a salir. Bueno, en aquella época, mi familia aún tenía dinero. Éramos muy jóvenes. Yo me quedé embarazada...

—Espere, tenía entendido que Alfonso tuvo paperas de pequeño y no podía tener hijos...

La mujer comenzó a llorar amargamente.

—No es cierto... no es cierto...

—Cuéntenos qué pasó.

—Ellos... mi hermano y sus amigos, cuando se enteraron... Dios mío, esto no lo sabe nadie...

—Siga.

—Ellos le cogieron. Le llevaron allí, a la cabaña, y le dieron una paliza. Una paliza muy grande. Ellos... ellos le golpearon tanto en los testículos que los perdió.

—¿Por qué?

—Porque eran personas horribles. Porque decían que no podía tener un hijo con el hermano del cabrero. Intenté verle cuando salió del hospital, pero nunca volvió a mirarme a la cara.

—¿Qué edad tenía?

—¿Él? Veinte años.

—¿No hubo denuncia?

—No. No se atrevió. Le hubieran matado. Por favor, esto no lo sabe nadie.

—¿Qué pasó con el niño?

La mujer lloró aún más.

—Mi padre se ocupó de eso.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que mi hermano se ocupó de mi prometido de la misma manera que mi padre de mí.

—¿Le golpeó?

—Hasta que casi me desangro en el suelo mientras perdía a nuestro hijo.

Cañas y Leiracha se miraron un momento. Dejaron que la mujer se calmase un poco y bebiese agua antes de continuar.

—Yo no sabía que el chico era sobrino de Alfonso. Nunca le había visto. Cuando pasó todo aquello, no podía volver a mirar a mi padre ni a mi hermano a la cara. Viajé por Europa varios años. Quería estar lo más lejos posible de mi familia, pero, ya sabe, el dinero se acaba. Se lo fundieron todo, me tocó volver. Regresé y he vivido aquí en esta maldita casa desde entonces.

—¿Conocía a Asunción Valera?

—Sí, una pena lo que le pasó. Muy extraño todo. Era muy buena mujer.

—¿De qué la conocía?

—Del barrio, de las clases de pintura, de la parroquia. No sé, no éramos amigas cercanas, pero coincidíamos a veces.

—¿Sabe si su hermano tenía algo que ver con ella?

—Pues no lo sé, no creo. Bueno, sé que conocía a su marido, pero no se llevaban bien.

—¿Puede decirnos algo más?

—No lo sé, no sé de qué se conocían, solo sé que no se aguantaban, que se alegró cuando al pobre lo mataron dos borrachos. No sé porqué. Miren, nadie odiaba más a mi hermano que yo, pero él nunca me contaba lo que hacía, no sé mucho de su vida y cuando desapareció, que Dios me perdone, solo pude sentir alivio.

—De acuerdo. Muy amable. Vamos a pedir una orden para registrar el terreno.

—Pueden ir sin orden, no me importa. Allí no hay nada, piedras y monte, nada más.

—Gracias. Igualmente pediremos la orden.

La mujer asintió sin mucho interés y se despidieron de ella.

—Vaya, vinimos buscando cobre... —murmuró Cañas una vez en el coche.

—Esto ha sido terrible. Pero al menos ya sabemos por qué Oscar Sierra mató a Sebastián Ochoa.

—Parece que su tío podía ser el instigador de todo esto.

—Estoy convencida. Ahora averigüemos dónde está el tal Cosme, el último de la pandilla que queda vivo.

—Bueno, Alberto Vázquez Iglesias está desaparecido, no sabemos si muerto.

—Estoy segura de que está muerto. Puede que lo matase Alfonso o puede que fuese la primera víctima de Oscar Sierra.

—Al menos algo empieza a tener un poco de sentido.

—Llama a Arturo, dile que te localice al que falta.

Arturo se puso en marcha de inmediato, contento de tener algo que hacer. Era una suerte que el hombre conociese a mucha gente en la ciudad que podían dar más pistas que los organismos oficiales.

Encontrar a Cosme no fue sencillo. Cambiaba con frecuencia de domicilio. Su familia recibía pocas visitas o noticias de su parte y llevaba jubilado tres años.

Parecía derrotado cuando los agentes llamaron a su puerta.

—Sé por qué han venido.

—¿Sí?

—Sí. Y ya me da igual. Prefiero la cárcel que esta agonía.

Cañas y Leiracha se miraron antes de entrar.

—Puede contarnos todo. Estamos aquí para aclarar todo el asunto —mintió Raquel.

—Sé que viene a por mí, y sé que me lo merezco.

—¿Se lo merece?

—Por lo que hicimos. A todos ellos.

—Continúe.

—¿No me van a detener?

—Primero vamos a charlar tranquilamente.

—Nosotros... bueno, Alberto, Sebastián y yo, éramos malas personas. Supongo que lo sigo siendo, pero claro, ahora estoy solo, y viejo... cuando venga a por mí, no podré defenderme.

—¿Quién cree que viene?

—¿Quién va a ser? El que mató a Alberto y a Sebastián. El chico de Alfonso.

—¿Tiene la certeza de que Alberto Vázquez Iglesias está muerto?

Cosme rio tristemente, hasta que le asaltó un golpe de tos.

—¿Crees que iba a estar vivo después de quince años? —El hombre se pasó las manos por el pelo ralo y canoso con desesperación—. ¡Sé que está muerto! ¡Y que Sebastián también! ¡Soy el siguiente, llevo la marca!

—¿Alfonso Sierra o su sobrino le han amenazado alguna vez?

—No... no hace falta. No sé si el chaval es su sobrino o no, sé que no estoy a salvo. Además, no solo ellos, Alberto se metía con mucha gente, debía dinero, estafaba, abusaba de su poder... ¿Van a detenerme?

—Sigue sin contarnos las cosas desde el principio. Centrémonos en Alfonso Sierra.

—De acuerdo. Será mejor que se sienten.

Cañas y su jefa miraron un poco alrededor y tomaron un par de sillas, dentro del desorden del modesto comedor.

—Hace... no sé, cincuenta años quizás, ya no me acuerdo, Carmela, la hermana de Alberto se encaprichó de Alfonso. Su hermano había sido pastor para la familia, antes de la guerra. De esto hace mucho, demasiado tiempo. No sé por qué Alberto le odiaba tanto, pero, cuando ella se quedó

en cinta, se volvió loco. Nos lo llevamos engañado a la cabaña de pastoreo, en el monte.

—¿Por qué allí?

—No lo sé. Creo que era una especie de broma macabra de Alberto, no paraba de decirle que aquello era todo a lo que podía aspirar de parte de su familia. Que allí comenzó todo, que así fue cómo entró a formar parte de la familia como cabrero.

—Pero él no era el pastor.

—Que va, si el pobre era muy niño cuando su hermano el mayor era el pastor, si creo que casi ni se conocieron. Ya sabe, era otra época, se tenían muchos hijos, unos salían adelante, otros no, y a veces se llevaban muchos años.

—Continúe.

—Bueno, Alberto le dio una paliza de muerte. Pero de muerte, que os juro que yo pensaba que se iba a quedar allí. Sebastián y yo agarramos al pobre diablo mientras Alberto le daba. Creo que pensaba matarlo, aunque al final paró.

—¿Le hubieran detenido si no llega a parar?

Cosme miró al suelo avergonzado.

—Para qué mentir... no, no le hubiéramos parado. En aquellos años para nosotros Alberto era como un Dios. Tenía dinero cuando nadie tenía, compraba bebidas para todos, era un señorito, con coche, con zapatos nuevos. Nosotros unos muertos de hambre que no teníamos ni mierda en las tripas. Le dejamos allí y volvimos a casa.

—¿Qué pasó entonces?

—Tuve que volver. Yo sabía que con la paliza que le había dado, y cómo le había dejado los huevos, ese hombre no podría ni caminar. No iba a poder llegar al pueblo por sí solo nunca. No soy un asesino y no dejaría que nadie muriera de frío y de hambre en medio de la nada.

—¿Cuándo volvió?

—Una media hora después de llegar a casa. Les juro que nunca he estado más avergonzado de nada en la vida. Estaba allí, tirado en el suelo, llorando y gritando de dolor. Le cargué a cuestas porque el coche hay que dejarlo un poco lejos, y no quería rayarlo y que Alberto supiera que se lo había cogido para volver. Le dejé en el hospital y no quise saber nada más.

—¿Qué pasó después?

—Nada. No puso ninguna denuncia, nunca dijo nada. Se mantuvo alejado de nosotros y Alberto rara vez hacía referencia a ello.

—¿Por qué cree que Alfonso está detrás del asesinato de Sebastián Ochoa y la desaparición de Alberto?

—Bueno, al principio, cuando Alberto desapareció, no pensé que estuviera relacionado con la paliza de un tipo hacía cuarenta años. ¡Ya ni me acordaba de eso! Es como si mi mente lo hubiera borrado. Pero cuando mataron a Sebastián, y detuvieron al chico, es como si mi corazón se detuviese, como si todo hiciese clic. Sabíamos que Alfonso se casó, pero no tuvo hijos, aunque

siempre iba con un chaval pequeño, un niño muy raro. Se hizo más raro cada vez. Yo a veces los veía por la calle, sin embargo, nunca volvimos a hablar. Cuando le detuvieron y su foto salió en las noticias, pensé que quizá Alberto no había solo desaparecido. Pensé que quizá había algo más.

—¿Y por qué cree que es el siguiente?

—¿Y quién más podría ser? Solo quedo yo. Además, una mañana me encontré con Alfonso. No era la primera vez, pero sí que fue la primera y única vez que me miró a los ojos desde aquello que pasó. Me miró de una forma que me estremeció, que me congeló hasta el tuétano de los huesos. Y lo supe, con esa mirada me estaba diciendo todo.

—¿Cree que esperó cuarenta años para vengarse?

—Pues eso debe ser.

—Sabe que Alfonso falleció.

—Sí.

—¿Y por qué cree que sigue siendo una amenaza?

—El chico sigue vivo. Y lo sé, lo siento cuando noto que alguien me sigue y que las sombras en la noche me acechan.

—¿Le ha visto recientemente?

—No de cerca, pero sí noto que a veces me espían.

—¿Y Asunción Valera?

—¿Asunción? La conocía, pero no mucho. Sé lo que le pasó, pero de eso yo no sé nada.

—¿Ha recibido amenazas? ¿Un mensaje o llamadas?

—No. Bueno, no sé. Hace unos años me mandaron unos dibujos hechos en rojo.

—¿Dibujos?

—Sí, garabatos, pero a saber.

—¿Los conserva?

—No.

—¿Pueden ser estos dibujos? —preguntó Cañas, enseñándole los símbolos matemáticos en la pantalla del teléfono.

—¡Esos! ¡Sí! ¿Significan algo?

—Son representaciones matemáticas. Al parecer para el asesino tienen alguna importancia especial.

—¿Matemáticas? Yo no entiendo mucho de eso. Solo hice los primeros años en el colegio, luego me puse a trabajar.

—¿Puede decirnos algo sobre la desaparición de Alberto?

—No, simplemente dejé de verle un día. Ya no es como cuando éramos jóvenes, no siempre nos

veíamos todas las semanas. Simplemente pasó un día y otro, una semana y otra, y al final se corrió la voz de que nadie le encontraba.

—¿Se preocupó usted?

—No. Pensaba que se había ido a algún sitio, escapando de las deudas. Con lo que él había sido... pero por mucho dinero que tuviera, ni su padre ni él fueron buenos en los negocios ni les gustó nunca trabajar. Hacía tiempo que estaba casi arruinado y no parecía que fuese a mejorar. Pensé simplemente que se había largado. Luego pasó lo de Sebastián y no me lo podía creer. Aunque cuando me crucé aquel día con Alfonso, simplemente lo supe y entendí que Alberto no se había escapado.

—De acuerdo. Esté disponible por si tenemos que hacerle más preguntas.

—¿No me van a detener?

—No. Nadie presentó cargos por la paliza aquella, no hay ninguna orden de detención.

—¡Pero he confesado!

—Cosme, esté tranquilo. No vamos a detenerle, gracias por contarnos todo, pero nadie va a detenerle. Si quiere haremos que una patrulla se pase por aquí de vez en cuando para ver si pillamos a alguien espiando.

—Me matará... cuando menos me lo espere. Ya lo verán, pero no me importa. No me importa ya.

Cañas le dio un apretón en el hombro y salieron de allí.

—Puede ser una víctima potencial, pero no parece que esté muy bien de la cabeza. No sé si debería estar en custodia —murmuró Raquel.

—Al menos ahora tenemos más claro que el buen tío abuelo del niño en realidad era un psicópata que le comió la cabeza toda la vida para cumplir su venganza.

—Menuda pieza el tío. ¿Crees que ahora que está muerto, Oscar seguirá con el plan? ¿Dónde encaja Asunción Varela en todo esto?

—No tengo ni idea, pero estoy deseando ir a la puñetera cabaña a ver qué pasa ahí.

—Meteré prisa con la orden de registro.



Gracias a los nuevos indicios, la orden llegó antes de lo esperado. Al día siguiente muy temprano estaban todos listos para registrar una pequeña parcela de tierra en medio del monte.

Gracias a los todoterrenos que proporcionó el Seprona, pudieron llegar hasta casi la misma puerta de la famosa cabaña de piedra.

Era una construcción ruinosa, que había perdido parte del tejado. Constaba de una sola estancia de menos de diez metros cuadrados, y alguna vez tuvo una chimenea. El suelo era de tierra y solo quedaba el marco de madera donde hubo una puerta, y una tela raída cubriendo la única ventana.

Junto a la pequeña construcción se mantenía en mucho mejor estado un corral al aire libre hecho de piedras que había perdido tiempo atrás la puerta. Parte de una cubierta se podía apreciar aún en el fondo, para que los animales sobreviviesen a las duras noches de invierno en la sierra y los días de lluvia o nieve donde no podían salir a pastorear como de costumbre.

—Me cuesta creer que alguien viviera aquí durante meses —murmuró Leiracha, mirando alrededor de la pequeña cabaña.

—Era otra época. Lo que no entiendo es qué importancia tiene este sitio.

—Supongo que, para Alfonso Sierra, mucha, ya que casi pierde la vida aquí. Dile a la científica que busque rastros de sangre.

Tras más de dos horas registrando cada palmo de la parcela, los perros señalaron un punto.

—Aquí hay un cuerpo —confirmó el agente de la unidad canina.

Tras avisar al forense, dos agentes más estuvieron cavando durante un rato. El cuerpo estaba cubierto de un lecho de piedras grandes y pesadas, probablemente extraídos de los muros de la cabaña o del corral.

Era una tumba de metro y medio de profundidad, y parecía que llevaba años allí.

Cañas se asomó sobre el hombro del agente y contempló un esqueleto que conservaba parte de la ropa y un par de mechones de pelo pegados a la piel cuarteada que quedaba adherida al cráneo.

—Que venga el forense. Hagamos pronto el levantamiento del cadáver, tiene pinta de que va a empezar a llover pronto —solicitó el capitán de la brigada.

—¿Crees que será Alberto Vázquez Iglesias? —preguntó Cañas.

—Sí, tiene todas las papeletas.

—Bueno, puede que hayamos resuelto el asesinato que no estábamos investigando, pero algo es algo.

—¡Aquí hay algo más! —gritó en un punto alejado otro agente.

Cañas y Leiracha se miraron extrañados y corrieron entre los árboles hasta el punto en el que un agente sujetaba a un perro que ladraba desenfrenado junto a un risco.

—¿Qué hay ahí?

—Se ha puesto como loco. Abajo hay un pozo, pero el descenso es complicado.

—¿Por qué ladra de esta forma?

—Cadáver —afirmó el agente, calmando al perro—. Está buscando un cuerpo.

—¿Otro cadáver?

—Es lo que marca el perro. Pero de verdad, es complicado bajar ahí, tendremos que solicitar un equipo especial.

Cañas se acercó todo lo que pudo al borde del risco. Podía mirar, casi diez metros hacia abajo, el fondo del barranco. Sin embargo, una pequeña gruta de roca caliza se adivinaba bajo los matorrales.

—¿Sabemos algo de esta cueva?

—No, no conozco esta zona demasiado. Probablemente los pastores la usaban para tirar las ovejas muertas y que el olor no atrajese a los lobos hasta el corral, pero va a ser complicado bajar.

—¿Puede que lo que esté oliendo el perro sean las ovejas?

—No creo.

Raquel gruñó. Nada de aquello tenía sentido. Si Alberto Vázquez era el cadáver que habían encontrado en la tumba rato antes, ¿quién era el cadáver de allá abajo?



Retornaron varias horas después cuando cualquier intento de bajar el risco con seguridad fue un fracaso. Ningún agente quería arriesgarse a despeñarse, por lo que se decidió volver más adelante cuando pudiera orquestarse una operación de rescate del posible cuerpo, emplazándola unos días más adelante.

Leiracha se negó a que la autopsia se llevase a cabo en Ferrol después del cisma provocado por la anterior forense. Viajaron a Coruña al día siguiente acompañando al cuerpo para un estudio completo.

ACLARACION

Cañas aprovechó para visitar a su madre en cuanto llegaron a casa. Sin apenas tiempo para nada, solo la había podido llamar dos o tres veces.

Le gustó sentirse al fin un poco en casa, en terreno conocido. También en la oficina del forense las cosas eran más familiares, y Carola, la forense, era conocida para ellos, después de haber coincidido en varios casos antes.

—Vaya, vaya, amiguitos. Parece que os habéis buscado enemigos en Ferrol.

—Ni me hables. Esa tipa está en mi lista negra, Carola, te lo juro.

—Conozco a la forense, hemos coincidido en varias jornadas y formaciones estos años. Estoy muy sorprendida por todo. Imagino que el hecho de que presentases una queja formal...

—Ella misma ha reconocido que no había ningún control en esa oficina y que no se podía garantizar la cadena de custodia, así que ella misma me ha dado la razón.

—De acuerdo. Espero que no sea yo la próxima en caer.

—Tú haz bien lo tuyo y nos llevaremos bien —aseguró Leiracha.

Lo cierto es que Carola era una mujer muy cuidadosa en su trabajo. No era especialmente rápida, pero en este caso les habían dado prioridad y Cañas sabía que estaría con el cadáver todo el tiempo necesario para sacar todo. Si había algo que saber sobre el cuerpo, Carola lo encontraría.

—Parece que el cadáver lleva allí más de una década, coincide con vuestro desaparecido. Además, llevaba algo de ropa encima y la cartera. Alberto Vázquez Iglesias. Creo que lo confirmaremos todo con la prueba de ADN que solicitaremos.

—¿Cómo murió?

—Observo varias heridas y marcas en los huesos. Mi teoría es apuñalamiento. La ropa nos da una pista del patrón de las puñaladas, pero la verdad es que no puedo hacer una reconstrucción exacta porque las partes blandas han desaparecido.

—¿Podemos saber el tipo de arma?

—Puedo dar una descripción aproximada. Mira, esto es lo que queda de la ropa, se ha perdido o degradado gran parte de ella, pero aún se ve el cerco de sangre, y estos agujeros son puñaladas.

—Falta un buen trozo... —murmuró Raquel con fastidio.

—Ha estado bajo tierra muchos años, no va a estar intacta. No tenía un plástico ni un ataúd —aseguró la forense.

—Lo sé, pero así no podemos saber seguro qué estaba dibujando con las puñaladas.

—No creo que hubiera un dibujo. No es todo.

—¿Qué más?

—Tenía los tobillos rotos, ante mortem. Imagino que era una buena forma de impedir que se

fuera corriendo, o quizá un modo de torturarle.

—Bueno, creemos que el instigador tenía motivos para hacer algo así.

—En cualquier caso, tiene otras lesiones coincidentes con golpes, pero no puedo reconstruir todo.

—¿Le mataron las puñaladas?

—Si me guío por la cantidad de sangre en la ropa, diría que sí, debió desangrarse por las puñaladas.

—¿Hay algo más en el cuerpo o la ropa? ¿Alguna pista del asesino?

—Todo está en esa bandeja. Tenía unas llaves, algo de calderilla, un paquete de tabaco y un papel. Está muy deteriorado, lo enviaré al laboratorio a ver si pueden reconstruir algo, aunque parece un ticket de compra o una factura.

—De acuerdo, Carla. En cuanto el ADN confirme que es Alberto, me avisas.

—Perfecto, aunque es lo más probable.

—Sí, trabajaremos con esa premisa.

Leiracha se recostó sobre su silla habitual, feliz de recuperar al menos por un día su despacho.

—Bueno, ahora solo queda saber si el asesino de Alberto fue Oscar sierra o su tío Alfonso.

—¿Crees que fue su tío?

—Creo que sí. Pienso que por algún motivo materializó sus ansias de venganza tantos años después.

—¿Pero luego? ¿Por qué hacer que su sobrino matase a Sebastián?

Leiracha meditó un rato. Cañas se mantuvo en silencio, dejándole pensar.

—Alberto estaba en baja forma, y era mayor, pero aun así, Alfonso tuvo que romperle las piernas para que no pudiera escapar. ¿Y si pensó que no sería capaz de poder con los otros dos?

—Y mandó a Oscar.

—Piénsalo. Sebastián Ochoa era mayor, pero estaba en forma, salía a andar largas caminatas con su perro, según la autopsia, estaba bastante bien de salud. Quizá pensó que no sería tan fácil acabar con él. Oscar le esperó subido a un árbol, se dejó caer a su lado y le apuñaló. No pudo ni defenderse, sin embargo, a Alfonso le hubiera visto venir.

—Es un poco rebuscado, pero tiene sentido.

—Vamos a recapitular —dijo Raquel, tomando de pronto el rotulador negro para trazar un esquema en la pizarra blanca. Le gustaba poner todo por escrito, para tener una nueva perspectiva —. Hace unos cuarenta años un joven Alfonso se enamora de quien no debe, estos tres —comentó apuntando sus nombres en la pizarra, bajo la línea temporal que había dibujado—, le dejan medio muerto y estéril de una paliza. Paralelamente a eso, el marido de Asunción Varela es asesinado ante la pasividad notoria de su mujer.

Cañas puso los ojos en blanco ante la obstinación de Leiracha de culpabilizar a la mujer asesinada.

—De acuerdo. Pasan casi treinta años y Alberto Vázquez es asesinado y enterrado en el mismo escenario.

—Tengo una duda.

—¿Cuál?

—Si Alfonso mató a Alberto, ¿por qué llevaba tantos años comiéndole la cabeza a Oscar?

—¿Cómo?

—Desde niño. Dicen que ya le llamaba abuelo de pequeño, que le llevaba de acampada a la cabaña, que de pronto dejaron de ir, abruptamente. Creo que debe ser por la época en que murió Alberto. ¿Y si Oscar también participó en el primer asesinato?

—Tienes razón, no tendría sentido intentar involucrarle siendo adulto, tuvo que ir preparando el terreno desde pequeño.

—¿Crees que nadie de la familia se dio cuenta?

—Creo que a nadie de la familia le importaba mucho Oscar y, si su tío se lo quería llevar, pues mejor para todos.

—Deberíamos intentar volver a hablar con la madre.

—De acuerdo, pero antes acabemos esto. Desaparece Alberto. Pero es diferente del resto porque su cuerpo nunca aparece, está escondido. En el caso de Sebastián, no le enterraron.

—Bueno, a Oscar le pillaron de milagro. ¿Y si pretendía volver después a enterrar el cuerpo?

—Vale, puede ser. Sigamos, Oscar asesina a Sebastián Ochoa, le detienen y cumple condena. Sale de la cárcel varios años después y se va a trabajar al taller de su tío. Pero, cuando su tío le dice que se jubila y le deja a él el taller para que se gane la vida, Oscar se larga. Es extraño ¿no?

—¿Y si pensamos que se ha ido, pero la familia le está ocultando?

—Bueno, aparte de su tío Alfonso, que al parecer instigó los crímenes, no queda nadie más. Ni la mujer de su tío, la señora del enfisema pulmonar, ni su madre, nadie parece tener ganas de volver a verle.

—Pero... ¿por qué Alfonso tardó tantos años en vengarse?

—No lo sé. Quizá cuando Oscar intentó comprar el terreno, y Alberto se negó porque le reconoció, Alfonso se volvió a poner furioso. Quizá sea el detonante.

—Sí, pero... ¿Por qué diablos estaban tan empeñados en ese terreno? ¿Qué hay allí? No sé por qué alguien querría conseguir el trozo de tierra donde casi pierde la vida de una paliza.

—¿Y Cosme? Los dibujos que recibió... ningún otro había recibido amenazas así, o no nos consta.

—Al final fue la persona que le salvó la vida a Alfonso aquella noche, hubiera muerto allí solo a causa de las heridas. Quizá no entraba en sus planes matarle. Quizá solo atormentarle.

—Seguimos sin saber a quién podía pertenecer el cuerpo que no hemos podido recuperar aún.

Ambos se quedaron pensando un poco, intentando idear una hipótesis válida sobre el misterioso

cuerpo.

—Yo solo espero que sea una oveja. Este caso ya es bastante complicado —murmuró Cañas. Raquel rio por lo bajo.

—Las ovejas que hubo allí llevan décadas muertas, ya ni huelen. Quizá alguien más en la lista de la muerte de Alfonso que se nos escapa... Quizá esté relacionado con el asesinato de Asunción Varela. Imagina, el primer muerto fue Alfonso y escondieron el cuerpo. El Segundo muerto fue Sebastián y se quedó a la vista. Quizá sea una manera de mandar un mensaje a alguien y que no se puedan relacionar ambos casos. A lo mejor con Asunción y el otro cadáver pase lo mismo.

—O sea que a lo mejor alguien relacionado con el pasado de Asunción podría haber desaparecido, y ella sería la segunda víctima.

—Como una especie de asesino en serie salda cuentas.

—Pero no vimos nada en el pasado de Asunción...

—Lo del marido.

—Estás muy empeñada en eso, pero no tengo claro que tenga mucho que ver.

—Creo que esa mujer se quedó mirando cómo mataban a su marido. Esas cosas se deben pagar.

—Era un tipo abusivo que le golpeaba, intentó evitar que se pelease y le pegó. No creo que se le pueda culpabilizar ni mucho menos matar treinta o cuarenta años después.

—Pero la hermana de Alberto dice que se conocían.

—Todos se conocían, mismas edades, misma ciudad, es normal, jefa.

—Estás imposible, Cañas.

—No es eso... es que me siento como si intentase leer un libro al que le faltase muchas páginas.

—Bueno, al menos hemos recuperado unas cuantas. Ya sabemos qué pasó con Alfonso, Alberto y compañía hace unos años.

—¿Crees que, si Alfonso no hubiera muerto, Oscar habría matado a Cosme?

—No lo sé. Deberíamos volver a hablar con la viuda de Alfonso.

—Mañana cuando volvamos a Ferrol será lo primero que haremos.

Cañas preparó mentalmente el interrogatorio que le harían a la viuda mientras volvía a casa. La sentía más vacía que de costumbre y no quiso preguntarse el porqué. Ahora mismo necesitaba concentrarse solo en el caso, que estaba por fin un poco más cerca de resolverse. No quería plantearse nada respecto a su vida personal, no quería darse cuenta de que tenía una carencia, de que quería comenzar una relación. Era muy consciente de que vivir con alguien como él era muy complicado e injusto. Largas jornadas, mal humor, estrés, pocos días libres, y continuamente cancelación de planes y retrasos en las citas. Ya lo había intentado hacía tiempo y no había salido bien. No se podía esperar de alguien que dejase parada su vida por él, cuando su primera opción era siempre el trabajo.

Al día siguiente, Leiracha estaba exultante cuando llegaron a comisaría, en Ferrol.

—Seguimos sin tener a Oscar Sierra detenido, pero al menos todo este lío está mucho más cerca de resolverse.

Cañas la escuchaba parlotear todo el camino, pero no podía mostrarse tan optimista. Todo comenzó con la investigación del asesinato de asunción Varela, pero ese caso estaba muy lejos de resolverse si no detenían a Oscar Sierra y confesaba. Su única prueba había quedado invalidada gracias a la salida de tono de la forense.

Parecía que Raquel olvidaba algo tan importante como eso. No se trataba solo de detener a Oscar Sierra, Asunción Varela era la víctima, y al parecer su crimen no tenía ningún sentido o motivación.

Teniendo como antecedentes el caso de Sebastián Ochoa, que se pensó que tampoco había un móvil claro y resultó que todo estaba relacionado con una agresión treinta años atrás, es normal suponer que quizá el caso de Asunción no era tan aleatorio como se había pensado.

El caso del marido, aunque a Leiracha le parecía muy relevante, no había dado más de sí. Los culpables habían sido condenados, pero no entraron en la cárcel, y de todo ello no tuvo ninguna culpa la mujer. Habían hablado con la familia del difunto y con las amigas de Asunción, no parecía que nada turbio estuviera relacionado con su pasado.

La hermana de Alberto Vázquez Iglesias se acercó a un laboratorio para la muestra de ADN. Aquella misma tarde tenían los resultados positivos y el caso de la desaparición de su hermano quedó resuelto, solo faltaba conocer los detalles de su asesinato.

Debido al estado de los restos solo podían aventurar suposiciones sobre lo que había pasado el día o noche en que Alberto fue asesinado.

—Vamos a hablar con la viuda de Alfonso.

—De acuerdo... con lo que me costó quitarme el olor a humo de la ropa...

Leiracha se rio de Cañas, aunque sabía que tenía razón.

La viuda de Alfonso Sierra seguía en la misma butaca. Todo parecía exactamente igual, incluso llevaba la misma chaqueta tejida. Todo ordenado, pero con ese extraño filtro amarillento producto de los cientos de cigarros fumados en aquella sala.

—¿Ahora qué? —murmuró con fastidio.

—Queremos informarle que hemos relacionado a su marido con el asesinato de Alberto Vázquez Iglesias. —Soltó Leiracha a bocajarro. La mujer no se asustó, no se sorprendió, solo levantó la vista y, sin dejar de clavar la mirada, dio una larga calada.

—¿Ah, sí?

—No parece muy sorprendida.

—No lo estoy. A mí me da igual. Mi marido hacía lo que le daba la gana. No pienso que haya matado a nadie. Seguro que fue su sobrino, ese loco. Pero que Alfonso odiaba a Alberto, es cierto.

—¿Le dijo por qué?

—Nunca. Jamás. Pero, si alguna vez nos cruzábamos con él, se ponía tan tenso, apretaba los dientes, estaba siempre furioso, una vez hasta acabó vomitando.

—¿Nunca le preguntó por qué?

—¿Yo? No. Mi marido no era partidario de compartir sus pensamientos.

—La otra vez que estuvimos aquí nos dijo que su marido era estéril, que tuvo paperas de niño.

—Sí.

—Sabemos que no es cierto.

Ahora la mujer sí que parpadeó, su rostro mostró por unos instantes la sorpresa.

—No podía tener hijos, claro que es cierto.

—Pero no debido a las paperas, sino por una agresión que sufrió por parte de Alberto Vázquez cuando tenía escasos veinte años.

La mujer apartó la vista y tragó saliva. Aplastó con fuerza el cigarro en el cenicero, y se encendió otro.

—Pues, si eso es cierto, bien muerto que está. No sé si Alfonso mató a ese hombre, pero desde luego que se lo merecía. Siempre quise un hijo, y Alfonso no podía dármelo. Ese hijo de puta nos robó a nuestra familia... ¡Espero que se pudra en el infierno! —gritó.

—Por favor, sé que quizá esto es muy duro, le traeré un vaso de agua. —Se ofreció Cañas. Caminó hasta la cocina pensando en la poca importancia que le había dado a la idea de que su marido fuese un asesino, y la mucha que le daba a los motivos por los que no pudo ser padre.

—Creo que siempre se juntó con ese niño porque no podíamos tener hijos. Hablaban siempre de sus cosas, yo no sé qué se decían, todo eran secretos. Yo pensaba que eran tonterías. El crío estaba obsesionado con ciclos, equilibrios, mierdas de esas espirituales. No sé, yo no le hacía ni caso, era un rarito. Cuando salió de la cárcel le dije a mi marido que no le llamase, que no le ayudase, pero siempre le había tenido mucho apego, pues lo metió en el taller.

—Cuando murió su marido, ¿se puso Oscar en contacto con usted?

—No. Que va. A mí no me dirigía la palabra, y mejor. Yo no quería que pusiera un pie en esta casa. Mi marido quiso dejarle el taller cuando se jubiló, el loco. ¿Cómo creía que la gente le iba a llevar coches a arreglar a Oscar? Dejó de venir mucha gente al taller cuando le metió a ayudarle, pero, aun así, Alfonso tenía muchos amigos, era una persona conocida. Iban porque entendían que quisiera ayudar al muchacho, los pocos clientes que le quedaban. ¿De verdad pensaba que volverían cuando no estuviese a la cabeza?

—¿Qué dijo su marido cuando Oscar se marchó?

—Dejó una nota. De despedida. El imbécil decía que gracias y que no nos preocupásemos de él. ¿Quién se va a preocupar de ese loco? Mi marido solo suspiró y dijo que era una pena, que tenían muchas cosas por hacer aún.

—¿Sabe a qué cosas se refería?

—Pues no lo sé. Cosas del taller, supongo.

—¿Podemos revisar el taller?

—Claro. Lleva cerrado desde que se jubiló. No he puesto un pie allí, debe estar todo como él lo dejase. No he vendido ni las herramientas.

—¿Oscar tenía llaves del taller?

—Sí, pero se las dejó junto con la carta.

—¿Podría tener copias?

—¿Y yo qué voy a saber?

—De acuerdo, disculpe. Una cosa más, ¿sabe si su marido tenía alguna relación con Sebastián Ochoa?

—¿El viejo que mató Oscar? No, no que yo sepa. Nunca dijo nada.

—¿Sabe por qué quería comprar el terreno en el que trabajó su hermano de pastor?

—Ya le dije que no tengo ni idea, que no queremos tierras, nunca las habíamos querido. Se empeñaron los dos, el chaval y él, a saber qué se traían entre manos.

—Ahora que sabe un poco más de las circunstancias de la relación entre su marido y Alberto, ¿cree que alguna vez su marido dio pistas de saber qué le había pasado?

—Mire, mi marido era una persona complicada, sí, pero era una buena persona. Si le mató, eso lo dicen ustedes, yo no. Lo único que sé es que le odiaba y, cuando empezaron a buscarle, Alfonso solo sonreía o se ponía a silbar. Jamás le pregunté lo que no quería saber.

—¿Pensaba que podría haber hecho algo y no quiso preguntar?

—Pues no, no quise preguntar, porque nunca pensé que le hubiera matado, pero, por si acaso, prefería no verme en la tesitura.

—Entiendo.

La mujer se levantó y sacó un llavero de un cajón del mueble.

—Estas son las llaves del taller. Tiene dos persianas, y esta es la llave del candado. Por dentro tendrán que darle a los plomos, y esta es la llave del despacho, al fondo.

—Gracias. Se las traeremos pronto.

—No hay prisa. No tenía pensado ir por allí.

Leiracha se despidió con un gesto y salió por delante de Cañas.

Este condujo hasta la calle Real, donde estaba el taller. Era un lugar modesto y bastante anticuado. Los bordillos aún estaban pintados de amarillo, aunque ya no había vados.

El candado se atascó un poco para cuando Cañas quiso abrir, pero tras pelearse un poco con la cerradura consiguió hacer girar la llave y soltar el candado.

La persiana era manual, así que tuvo que volver a esforzarse para alzarla hasta arriba. Se sacudió las manos de grasa y polvo mientras Leiracha buscaba la luz.

Los fluorescentes parpadearon mientras zumbaban un poco hasta que iluminaron el taller. Era un espacio amplio, estaba todo ordenado, pero lleno de polvo.

—Cuidado con el foso —advirtió Cañas a Raquel, que caminaba mirando a su alrededor.

—Ya veo... aquí hay muchas herramientas que pueden romperte fácilmente los tobillos.

—Eso parece. Pediremos a la científica que venga a echar un ojo. Quizá haya restos de sangre en alguna de estas piezas.

—Vamos a mirar en la oficina a ver.

La oficina era un pequeño despacho al fondo del taller, cerca del aseo. Tenía una ventana amplia de cristal que en algún momento estuvo limpio, pero se encontraba empapelado con periódicos viejos y amarillentos.

No hizo falta abrir con llave, la puerta no estaba cerrada.

—Oh, vaya —musitó Raquel.

—Así que Oscar no se largó sin más. Parece que ha vivido aquí un tiempo.

Dentro del despacho, la mesa y los archivadores estaban arrimados contra una pared, y a un lado había un camastro con ropa revuelta.

Cañas observó alrededor y descubrió una pequeña ventana alta en la pared. Parecía mucho más discreta para entrar que abrir y cerrar, ya que, según pudo saber cuándo se subió a una escalera de mano que estaba allí cerca, daba a un callejón de la calle de atrás.

—Parece que lleva tiempo sin venir. ¿Crees que el tío lo sabía?

—Claro. Seguramente fue idea suya. Así podía entrar y salir y nadie le seguiría la pista.

—Aquí hay libros y cuadernos. Creo que al fin podremos saber qué había dentro de la mente de Oscar Sierra.

—¿Y por qué dejaría este refugio?

—No lo sé. Puede que lo tuviera como un segundo escondite, solo por si acaso.

—Tiene sentido. No es fácil desaparecer. Por las huellas en el polvo, somos los primeros que entramos desde hace mucho. No se escondió aquí tras el asesinato de Asunción Varela.

—Pidamos que documenten todo esto y nos lo lleven a comisaría. Nos vamos a pasar muchas horas leyendo —dijo Leiracha señalando al montón de cuadernos y libros amontonados al lado de la cama improvisada.

Aquella noche, junto a Sonia, Cañas repasó todo lo que sabía. Ella le escuchaba atenta, apuntando algo de vez en cuando con su ronca voz y sus inquisitorios ojos verdes.

—Es increíble todo lo que habéis averiguado.

—Pero quedan muchas incógnitas.

—Estoy segura de que las resolveréis. Sois muy buenos.

—Gracias a ti. Si no hubiéramos tenido la información que me proporcionaste, no hubiéramos podido seguir, la verdad.

—Me alegro de que mi trabajo sirva para algo. —Sonia se estiró hacia atrás y suspiró—. A veces

creo que no soy más que un administrativo. Papeles, informes, notificaciones, requerimientos... Hay momentos en que no recuerdo qué me hizo opositar.

Cañas sonrió y besó su pelo.

—Todos tenemos momentos así. Espero que no te hagan olvidar lo bien que haces tu trabajo. Crees que no se nota, que nadie lo valora, pero sí, marca la diferencia.

Sonia sonrió y besó levemente sus labios.

—Creo que es buen momento para dejar de hablar de trabajo.

Cañas estuvo de acuerdo.

Por la mañana sintió tener que irse, pero les esperaba un día complicado. Se sentaron en la mesa que les habían asignado, con Arturo a la cabeza. Parecía emocionado por empezar.

—¡Bueno, bueno! ¡Está calentito el caso! ¡Madre mía, y todavía nos queda un muerto que sacar del hoyo! —Rio.

—Aún no sabemos quién puede ser, pero puede que en estos diarios encontremos alguna pista. —Suspiró Cañas.

—Bueno, he traído un termo de café, lo ha hecho mi señora, que con el de la máquina me da diarrea.

Leiracha levantó la vista sorprendida. Cañas pensó que estaría molesta por la falta de profesionalidad del agente, pero, sorprendentemente, no era esa su intención.

—¿Café? ¿Del de verdad?

—¡Hombre! ¡Un litro entero! Que ya le he dicho a la pobre que vamos a estar aquí todo el día leyendo tonterías. Voy a por tres tazas y os vais sirviendo. —El hombre se levantó y salió en busca de los recipientes.

—Mira por dónde, me va a alegrar el día.

—Si es que es buen hombre. Aquí nos falta Carrasco, analizando lo que encontremos.

—Tienes razón, deberíamos haberle llamado. Puede que no tenga nada que ver al final con los rituales satánicos, pero al menos nos ayudaría a leer todo esto.

Las horas pasaron tediosas. Incluso cuando el diario o cuaderno en cuestión ofrecía una puerta abierta a la mente de Oscar Sierra, nada de aquello parecía tener mucho sentido. Todo eran frases inconexas y un discurso repetido sin cesar.

Arturo se excusó cuando oficialmente acabó su jornada y ellos hicieron una pausa para comer, despejar lamente y poder seguir toda la tarde.

—Creo que no me cabe más información en la cabeza hoy —musitó Leiracha, masajeándose las sienes.

—Es todo bastante obtuso.

—Creo que nos va a costar desentrañar todo esto.

—Me parece curioso que simplemente esté todo esto ahí. A la vista.

—Sí. Es un poco extraño, pero, bueno, tampoco ha sido fácil llegar hasta el taller.

—Deberíamos pedir ayuda a alguien que pueda entender mejor todo esto. No creo que sea capaz de conseguir sacar información coherente. Ente tantos dibujos y tantos discursos extraños.

—Hablaré con Carrasco.

—No sé si sería la persona adecuada. Creo que un psiquiatra o psicólogo sería mejor.

Leiracha arrugó el gesto. Ella sabía que en la unidad tenían psicólogos forenses que les ayudaban a analizar conductas y asesoraban en casos como este, pero la odiaban. Absolutamente. Después de un caso complicado hacía dos años más o menos, había acabado con la paciencia de todos ellos, y siempre relegaban sus casos al último del montón. Hacía mucho que no contaban con ellos, pero quizá era momento de levantar la bandera blanca y pedir ayuda.

—Habla con el jefe y dile que lo necesitamos de verdad. Este caso se ha convertido en una red muy grande con varios cuerpos y casos antiguos. A él no le pueden decir que no.

—Ya lo sé, pero es que no quiero trabajar con ellos.

—¿Ni siquiera para conseguir resolver el caso?

Leiracha se mordió el labio y miró hacia fuera, a través del cristal salpicado de gotas de lluvia. Debía decidir si su orgullo era más fuerte que las ganas de encerrar a un asesino.

—Hablaré con el jefe. Pero de los psicólogos ocúpate tú, no quiero tener que verlos.

—De acuerdo. Es lo mejor, jefa, tenemos que resolver esto y nosotros no vamos a conseguir resultados rápidos sin ayuda.

Leiracha asintió y resignada llamó a su jefe. El resto de la tarde la pasaron escaneando y enviando todos los documentos que habían seleccionado previamente.

—Como tengan ellos que ponerse a leer todo esto, no nos dan un informe hasta el año que viene —protestaba Raquel.

—Bueno, se lo damos mascadito y que se preparen, que menudo regalo les mandamos.

Todo lo que habían podido leer trataba sobre ciclos, sobre sentidos y propósitos, pero no encontraban un hilo conductor. Todo era inconexo, incompleto. A duras penas acababa dos frases seguidas antes de cambiar de tema. Era completamente una locura, un puzle con la mitad de las piezas.

Cuando acabaron de enviar todo, Leiracha fue a interesarse sobre la partida de rescate del cadáver de la sima. Aún no tenían ni una pista de quién podría ser, y los diarios no habían arrojado ninguna luz.



Al parecer, la partida de rescate estaba programada y autorizada, el mismo lunes saldrían temprano.

—No será nada sencillo. Esperemos que valga la pena. —Suspiró Raquel.

—Bueno, sea quien sea, merece que al menos se rescaten sus restos, y se averigüe su identidad.

—¿Hay alguna posibilidad de que sea una persona que ha sufrido un accidente? —consultó Leiracha al forestal que estudiaba un mapa para acabar de organizar la partida.

—No podemos descartarlo. Si alguien ha caído ahí estando de caza, o senderismo, es imposible que hay podido salir por su propio pie. No hay mucha cobertura... Es posible.

Durante dos días no pudieron hacer más que esperar. Leiracha desapareció del mapa. Cañas estaba seguro de que seguía con el caso, o quizá con algún otro de su lista negra, pero él decidió disfrutar un poco del fin de semana y pasó un poco de tiempo con Sonia. Pronto, o eso esperaba, tendría que volver a casa, y no sabía si ella estaría de acuerdo en seguir viéndose a pesar de la distancia, ni si aquello que habían empezado tendría sentido una vez él se fuera de la ciudad.

El domingo, tanto la capitana como el sargento, cenaron juntos en el restaurante del hotel, preparados para madrugar y participar en la partida de rescate del cadáver que el perro había emplazado en la sima.

Se acostaron pronto, pero a Cañas le costaba dormir. El misterio del cadáver le rondaba por la cabeza, no podía esperar para averiguar quién demonios era y si Oscar Sierra se había cobrado una tercera víctima.

Por la mañana muy temprano, Leiracha ya estaba aporreando su puerta. Cañas estaba seguro de que, si no abría la puerta suficientemente deprisa, les acabarían echando del hotel.

—¿Aún estás así? —preguntó fastidiada su jefa.

—Hemos quedado dentro de una hora.

—¡Pero si estás dormido aún? Dúchate, quiero que estemos allí pronto.

Cañas asintió fastidiado. Tenía sueño y la cabeza embotada. No auguraba ser un buen día.

Cuando llegaron al cuartel, todos andaban con gesto preocupado.

—Marca agua, veremos si nos da tiempo antes de que empiece a descargar.

—A las fechas en las que estamos, va a dar agua cada día. No hay mucho que podamos hacer sino intentar sacar esos restos lo antes posible, siempre que pueda hacerse con seguridad.

El intendente y el capitán de la brigada de forestales estaban discutiendo mientras Cañas se bebía el segundo café de la mañana. Se repartieron en varios coches todoterreno y se dirigieron una vez más a aquel terreno, que aparentemente no valía nada, pero que atraía a aquellos hombres de manera inexplicable.

La operación de rescate se demoró varias horas. Cañas y Leiracha volvieron a recorrer todo el terreno por si habían pasado algo por alto o por si había algún indicio de que Oscar Sierra había vuelto a ir por allí.

De nuevo entraron a la cabaña, pero seguía tal y como la dejaron.

—Sigo pensando que aquí debe haber algo más. No sé, ¿por qué la familia Sierra está tan empeñada en conseguir este trozo de tierra? —se preguntó Raquel, girando sobre sí misma, mirando todo el interior de la choza de piedra y palos.

—No lo sé. Parece que el abuelo de Oscar y hermano de Alfonso no fue especialmente feliz aquí.

—Dicen que lo mataron en la guerra. ¿Sabemos algo de eso?

—No me he informado a fondo. ¿Crees que puede ser relevante?

—Algo debe haber. ¿Y si enterró alguna cosa valiosa durante la guerra?

—Es poco probable. No tenían que comprar el terreno para venir a buscarla, cualquier momento podría valer, los dueños no venían por aquí.

—Bueno, literalmente, el dueño estaba aquí.

—Cierto, enterrado, pero aquí.

—No sé. Todo esto me resulta espeluznante.

Poco después, el forestal con el que habían hablado anteriormente les llamó a gritos.

—Hemos conseguido rescatar parte de un esqueleto humano. Debe llevar mucho aquí, no tiene buena pinta.

—¿Mucho? ¿Cómo de la época de la guerra civil?

—¡No mujer! Como varios años, pero no tantos. Si hay algo de la guerra, debe estar más abajo, pero no teníamos indicios de ello.

—No, era solo especulación.

—Trasladaremos los restos al instituto forense.

—De la Coruña. Nos ocupamos nosotros.

—Sí, eso nos dijeron. Se ocupan allí.

—¿Puede decirme algo? ¿Era hombre, mujer...?

—Creo que por la longitud del fémur yo diría que hombre, pero no puedo asegurar nada, está todo desmembrado.

—De acuerdo. Nuestra forense nos dirá algo más.

Tomaron rumbo a Ferrol nuevamente y recogieron todos los libros y diarios. Al parecer antes de volver la unidad de análisis de conducta les pidió que llevasen los originales.

Ya bien entrada la mañana del martes se reunieron con ellos.

—Hemos encontrado un patrón que nos ha permitido desentrañar los diarios.

—¿Un patrón?

—Sí, lo hemos podido confirmar haciendo un estudio de los manuscritos originales. Oscar Sierra, según el análisis grafológico, escribía con varios libros o cuadernos a la vez, en sentido horizontal.

—¿Cómo?

—Es decir —explicó Luis, una de las personas que más detestaban a Leiracha—. Escribía en un cuaderno y cuando acababa la frase no continuaba debajo, sino en el siguiente. No siempre seguía el

mismo orden con los cuadernos, ha sido un quebradero de cabeza organizar el discurso.

—Que cosas más extrañas.

—Sí, pero tiene sentido, si no quieres que nadie lea lo que has escrito. Si eres el único que conoce el orden de los cuadernos y cómo hay que leerlos, nadie más podría entender lo que quieres decir.

—¿Y al ordenar el discurso... nos da una explicación?

—Los hemos ordenado en documentos. Tenéis una copia en cada una de esas carpetas. Aún no hemos acabado de trazar el perfil, tenemos que documentar algunas declaraciones e informes antes de tener todo claro.

—De acuerdo, gracias. —Se adelantó Cañas antes de que Leiracha tuviera lo oportunidad de meter prisa o quejarse porque aún no tenían el informe definitivo.

Aquella tarde la pasaron leyendo los diarios de Oscar Sierra en orden al fin.

Todo el discurso parecía girar en torno al sentido de su propia vida. Él no parecía haberse sentido querido y seguro en su hogar nunca. Su tío era el que abrió la puerta a una posible explicación.

—Esto es muy complejo —dijo Cañas, sorprendido—. Siempre he pensado que este tipo no estaba bien de la cabeza. Pero, por muy callado que fuese, por dentro tenía un alto grado de introspección.

—Bueno, el modo en que relaciona su vida con la sucesión de Fibonacci es cuanto menos ingeniosa.

—Todo esto me resulta espeluznante. Su tío nunca le dio cariño, solo le metió estas ideas en la cabeza para poder usarle como peón en su contienda.

—Creo que Alfonso es el verdadero asesino aquí.

—¿Cómo es posible que nadie de su familia lo supiera? ¿Que no se dieran cuenta del peligro?

—No parece que le importase mucho a nadie de su familia. Es complicado.

—Hay dinámicas familiares que dan realmente miedo.

Alfonso había convencido a Oscar de que su vida carecía de sentido si no conseguían que todas las cosas cuadrasen según unas proporciones concretas. Que nada prosperaría y jamás sería feliz si no conseguía hacer las cosas en un orden concreto.

En ningún momento hablaba de los asesinatos, de las víctimas o el modus operandi.

—¿Sabes? Creo que faltan cuadernos. Debe haber otro escondite. Oscar era minucioso escribiendo, si bien no hablaba mucho, esta debe ser su forma de expresarse.

—Parece que hace mucho que no iba al taller, así que donde se esconda ahora sería el sitio en el que puedan estar el resto de documentos y escritos.

—Ojalá supiéramos dónde es.

—Está claro que en la cabaña en el monte no ha vivido nunca, pero según esto Alfonso le convenció de que era el punto de origen de toda la historia familiar.

—Imagino que para él tenía un significado especial, casi muere ese día de una paliza.

—Eso sigue sin decirnos dónde está ahora Oscar Sierra.

—Vayamos al forense, a ver si tiene algo más.

A la forense no le gustaban las interrupciones, pero en este caso no puso inconveniente en que permanecieran en la sala de autopsias mientras terminaba.

—Se ha recuperado un cráneo, parte de la caja torácica, un brazo completo sin la mano, dos falanges de la otra mano, parte de la columna, dos fémures, la pelvis y la parte inferior de la pierna izquierda con varias falanges, pero ningún pie completo —explicó Carola.

—¿Es suficiente?

—Puedo decir que todos los huesos pertenecen al mismo individuo, hombre de treinta y pocos años, y que falleció, a falta de más datos, de un tiro en la frente.

—¿Le desmembraron?

—No, el estado del cuerpo se debe a las inclemencias del tiempo y a la caída desde tantos metros de altura, post mortem.

—¿Alguna pista sobre cuánto llevaba allí o quién podría ser?

—Lleva varios años. Se ha recuperado parte de un pantalón vaquero, unos botones y un par de suelas de zapatillas de deporte. Sobre la identidad, si os esperáis un poco, no creo que tarden mucho en cotejar las muestras de ADN y arrojar un resultado.

—De acuerdo. En este caso nada de puñaladas, ¿no?

—Así es, en los restos no se aprecia ninguna marca de arma blanca, solo las fracturas por el impacto.

Observaron los restos sobre la mesa metálica. El esqueleto parecía un puzle al que le faltasen piezas.

El cráneo que coronaba los restos presentaba un agujero de bala justo en la frente.

—¿Se ha recuperado la bala?

—Sí. No hay orificio de salida, así que estaba dentro del cráneo. Ya la tienen en balística.

—De acuerdo. ¿En la ropa había algo?

—No. También me colaron algunos huesos de oveja. Se ve que tiraban por ahí los cadáveres de los animales que se morían, son bastante antiguos.

—Algo habían dicho. ¿Puede que el asesino supiera la existencia de esta sima y por eso arrojó ahí el cadáver? —se preguntó Cañas.

—Es posible. Si fueron Alfonso u Oscar Sierra, ¿por qué no tiraron en el mismo lugar el cadáver de Alberto Vázquez Iglesias? —inquirió Leiracha—. ¿Qué posibilidades hay de que se trate de otro asesino?

—Por las fechas, podría ser perfectamente cosa de Óscar, ya que para entonces ya estaba en la

calle, y fue cuando se alejó de su tío. ¿Y si tenía sus propios planes más allá de la venganza de su tío?

—¿Algún ajuste de cuentas?

—Puede ser.

La forense les observaba en silencio discutir los pormenores del caso y las nuevas hipótesis.

—No puedo ajustar a un momento concreto el fallecimiento —apuntó—. Pero sí un año concreto. Partiendo del grado de descomposición, los restos de insectos y tierra encontrados.

—Mientras llegan y no llegan los resultados de ADN puede ser útil.

—No deben tardar mucho.

—Deberíamos investigar por si alguien cercano a Oscar Sierra desapareció durante esa época y no se ha resuelto el caso.

—Sí, llamaré a Arturo para que nos busque posibles sospechosos. —Se ofreció Cañas.

—¡Dile que busque aquellos cuya última dirección conocida o frecuentada sea el mismo hostal en el que se alojó él!

—Claro.

Cañas salió para hacer esa llamada mientras la forense estaba ya concentrada en su microscopio.

—Tres años. Es lo que creo que lleva ahí —confirmó.

—Tres años... vaya, habrá que esperar al ADN, pero al menos ya hemos acotado el tiempo para buscar en las fichas de desaparecidos.

—Pues buscad tipos de treinta y pocos, con buena salud dental, metro ochenta.

—De acuerdo.

—Por cierto, el papel que encontramos en la ropa de Alberto Vázquez Iglesias era un recibo de un taller.

—¿Un taller? ¿En la calle Real?

—Juraría que sí, pero tienes la copia escaneada en el correo. Los de científica lo han rescatado.

—Bueno, en caso de que sea el taller de Alfonso Sierra, eso establece una relación. Quizá Alberto llevó su coche al taller y ahí comenzó la venganza.

—De todo eso yo no sé nada —comentó la forense sin darse cuenta que para ese momento Leiracha ya estaba hablando sola.

Cañas entró de nuevo entonces, cuando había acabado de hablar con Arturo.

—Se confirma que el muerto llevaba en la sima tres años —le informó la capitana—. Justo para el momento en que se le pierde la pista a Oscar Sierra.

—Creo que quizá es alguna persona a la que asesinó y robó su identidad para pasar desapercibido.

—Sí, podría tener sentido. Se aleja de su tío y del hostal, y comienza de nuevo con otro nombre. Es un buen plan, desde luego.

—Eso explicaría la ausencia de puñaladas, no tiene nada que ver con sus teorías matemáticas de cierres, ciclos y continuos en el tiempo, sino que simplemente se trataba de una víctima necesaria para poder escapar y empezar de cero donde nadie le conozca.

—¿Pero por qué no quedarse simplemente en el taller de su tío?

—Porque, si no, no podría pasar desapercibido.

—Entonces, veamos. Según esta teoría, Alfonso gesta poco a poco y desde la niñez una idea en la mente de Oscar. Le convence de que para encontrar el sentido de su vida, y su lugar en el continuo fluir del universo, debe reparar el daño que le hicieron a Alfonso de joven.

—Y mata a Alberto Vázquez y a Sebastián Ochoa.

—Pero le pillan y va a la cárcel, antes de matar a Cosme.

—Creo que quizá Alfonso no quería matar a Cosme porque, al fin y al cabo, es quien le salvó la vida al llevarlo al hospital aquella noche.

—Bueno, dice que se encontró con él y desde entonces vive atemorizado.

—Puede que sea parte de su venganza.

—Vale, digamos que es parte de su venganza. Ahora ya está concluida, y Oscar está libre de la cárcel y de la libertad vigilada. Y decide desaparecer.

—Bien, entonces encuentra a algún tipo que se le parece y le lleva con engaños a la sima y le asesina con un arma.

—Le asesina, así es. Entonces se hace con su documentación y su identidad, y desaparece. Al poco tiempo, Alfonso Sierra fallece del cáncer que padecía. Llega el momento de trazar su propia venganza y comienza por Asunción Varela.

Lanzaron un largo suspiro.

—Joder, por fin todo cobra sentido —dijo Cañas, relajándose.

—Cierto. Este caso ha sido un verdadero rompecabezas. Es horrible, pero al menos ahora lo entendemos todo.

—Solo queda saber a quién asesinó Oscar Sierra y comenzar a investigar esa identidad para encontrar dónde puede estar ahora escondido.

La forense carraspeó a sus espaldas. Por un momento habían olvidado que ella estaba allí y no se encontraban en su despacho sino en la sala de autopsias.

—Siento interrumpir. No sé cómo deciros esto, pero hace un momento me han llegado los resultados del ADN del esqueleto.

—¡Genial! ¿De quién se trata?

La forense hizo una pequeña pausa, casi con pena.

—Lo siento por vuestra teoría. El fallecido es Oscar Sierra.

Leiracha parpadeó un momento, confusa.

—No puede ser. Es nuestro sospechoso.

—Lo sé, os estaba escuchando hilar la historia. Pero no puede ser, alguien le asesinó hace tres años.

—¿Quieres decir que no se escapó?

—No. Ha estado en ese agujero en la tierra todo el tiempo.

—¿Entonces no mató a Asunción Varela?

—No, no puede haber sido él.

Cañas tomó asiento abatido.

—Tengo ganas de llorar. De verdad os lo digo, estoy harto de este caso.

—¿Pero quién puede haberle matado?

—Quizá el análisis de balística nos dé una pista.

—Necesito una copa —confesó Leiracha.

—Lo siento, chicos —murmuró la forense mientras los acompañaba a la puerta.

—Gracias, avísanos en cuanto sepas algo de la bala.

—Tranquilos, os llamaré de inmediato.

Caminaron en silencio hasta un bar cerca del cuartel. Estaban cansados y frustrados, descorazonados.

—Tequila —pidió ella sin cortarse.

—Dos. —Se apuntó Cañas nada más tomar asiento.

—Tengo ganas de gritar. Para una vez que el caso parecía cobrar sentido, resulta que todo está mal.

—No todo.

—Casi todo. Brindemos por nuestro fracaso.

—Brindemos. —Coincidió Cañas antes de tragar todo el contenido del pequeño vaso de cristal.

Bebieron en silencio un rato más, intentando no pensar en el caso que tenían entre manos, pero sin éxito. Al fin sonó el teléfono y Leiracha cogió la llamada con ansias.

—¿Sí? —Breve pausa. Cañas no podía escuchar ni una palabra proveniente del interlocutor, ya que había ruido en el local—. De acuerdo, gracias.

—¿Era la forense? ¿Qué te ha dicho?

—Que el arma está registrada a nombre de Alfonso Sierra. Creo que en el momento en que ya había conseguido lo que quería de Oscar, esperó a que cumpliese la libertad vigilada y lo asesinó para que nunca pudiera delatarle.

—Madre mía...

—Puede que la cama, los cuadernos y demás cosas que encontramos en el taller fueran pistas falsas que nos dejó para que pareciera que Oscar seguía por ahí escondido.

—Lástima que ese viejo esté muerto, me encantaría echarle el guante encima.

—Es cierto, pero ahora queda un asunto importante que resolver.

—¿Solo uno?

—Bueno, más de uno, pero el principal es que estamos como al principio. ¿Quién mató a Asunción Varela?

Cañas miró el interior del vaso vacío buscando las respuestas que no conseguía hallar.

—No lo sé, Raquel. Creo que queda mucho por investigar aún.

Leiracha continuó mirando a través del cristal la lluvia caer. Habían resuelto varios crímenes que nadie estaba investigando. Pero estaba claro que su principal sospechoso no tenía nada que ver en el asesinato original, ese que les había traído allí.

Si Oscar fue asesinado por su tío, por cualquier otra persona, ahora mismo no podría decirlo. Pero estaba claro que algo muy turbio había pasado y llevaba gestándose mucho tiempo.

Quedaban aún muchas preguntas sin respuesta, como el móvil en el asesinato de la anciana, dónde estaba el arma. Si realmente había sido la misma con la que Oscar mató a Sebastián Ochoa. Incluso si todo era una trama de su tío para que Oscar cargase con la culpa y nunca mató a nadie, el caso es que una persona había copiado el modus operandi para asesinar a Asunción en la ermita de Chamorro.

Cañas golpeó la mesa con el puño, frustrado. Un par de parroquianos de la barra se giraron a mirarle, pero nadie más se inmutó.

Estaba claro que alguien sabía mucho más del asesinato de Sebastián Ochoa de lo que pensaban.

—Vale, imaginemos que simplemente Alfonso Sierra es el asesino, de Alberto y de Sebastián. Que le pidió a su sobrino Oscar que se llevase el coche de Sebastián o incluso le convenció de matarle por él y cargar en solitario con las culpas. Alfonso está muerto ya, pero alguien sabía cosas del caso, y sobre todo dónde estaba el arma. Alfonso acaba con su plan y se carga a la única persona que puede acusarle de algo. ¿Luego qué? ¿Habló con alguien?

—Hay un tercer sospechoso del que no sabemos nada.

—¿La viuda?

—¿Bromeas? Con lo que fuma no podría subir a la ermita.

—Cierto.

—No pasa nada, Cañas. Hay muchas dudas en este caso, pero solo una certeza.

—¿Cuál?

—Que no voy a dejar de investigar.



Las rocas se movieron despacio, dejando caer terrones de arena sobre la caja de madera.

Era una caja de madera sencilla, que en otro tiempo contenía puros habanos que alguien llevaría a casa de regalo tras un viaje. Dos manos rápidas, llenas de barro y tierra, limpiaron la superficie para cerciorarse de que estaba en buen estado.

Sacó la caja del agujero oculto entre las piedras. Miró a su alrededor, aunque no debería haber nadie por los alrededores, nunca se podía estar completamente seguros de nada.

Un par de pájaros revoloteaban bajo junto al camino, picoteando de vez en cuando y dando pequeños saltos sobre la tierra. Esas parecían las únicas criaturas vivas en aquel paraje.

Abrió con cuidado la caja, solo para asegurarse. A veces le costaba dormir pensando que alguien podría robar aquel tesoro, aquel objeto brillante y afilado.

El cuchillo manchado de sangre de Sebastián Ochoa primero, y de Asunción Varela después, seguía allí, imperturbable.

Acarició muy levemente con la yema de los dedos la hoja, despacio, venerando el poder de aquel objeto inanimado.

Recordó casi con regocijo cómo se sentía el arma al ser empuñada, al clavarse una y otra vez en la carne de la mujer. Recordó cómo la sorpresa primero y luego el terror se dibujó en sus ojos cuando la sorprendió en la ermita.

Ni si quiera había cerrado la puerta detrás de ella al entrar. Estaba tan entretenida pasando un paño a los bancos de madera pulida que ni se percató de que se colaba y esperaba en las sombras, solo acechando, solo mirándola deambular mientras tarareaba una canción pasada de moda.

Claro que ella no sabía que le había llegado su hora. Era un subidón, una excitación que no podía compararse a ninguna otra, decidir en qué momento exacto iba a acabar la vida de alguien. Tener el poder y la información para ejecutarlo y que esa persona no tuviese ni la más mínima sospecha...

Imaginaba a la mujer levantarse como un día cualquiera. Quizá dejó tareas pendientes porque pensaba que habría un mañana. Puede incluso que tuviera planes importantes, que tuviera metas o sueños. Ella no sabía que lo último que vería sería el techo de la ermita de Chamorro. No había podido decidir nada, no era suyo el poder.

Ah... el poder. Qué adictivo era. Qué contradictorio, qué ponzoñoso. Pero desde el momento en que en su interior tuvo la certeza de que iba a hacerlo, los remordimientos se esfumaron, las dudas, las reticencias... todo se disipó de su mente. Había comprendido que no era la persona que se suponía que debía ser. Había abrazado su verdadero yo. Había supuesto su renacimiento y, para que alguien pueda renacer, otro debe morir.

Se permitió empuñar el arma una vez más, sentir el frío del acero. Sabía que era mejor no volver por allí, al menos hasta que estuviera todo listo para volver a utilizar el cuchillo, pero no lo podía evitar. Era un momento de éxtasis.

Suspiró y dejó el arma con añoranza de nuevo en la caja. La tapó y cubrió de nuevo con arena y

rocas, y cuando se cercioró de que todo estaba como antes, y el agujero pasaba desapercibido, se alejó de allí dando grandes zancadas. Su figura se hizo pequeña en el horizonte hasta desaparecer por completo, como si nunca hubiera estado allí, como si de un fantasma se tratase.

SIETE AÑOS TIENEN LA CULPA

Raquel Leiracha se sentía ridícula en aquella tienda, rodeada de felices e histéricas madres primerizas y abuelas gritonas que presumían de tener los nietos más guapos. La cola era obscenamente larga y, si no hubiera dejado la compra del regalo para el último momento, la capitana de la UCO, habría salido por la puerta sin mirar atrás.

Sin embargo, sabía que debía hacer un regalo a su compañero José Cañas por el nacimiento de su segundo hijo y no podía dejarlo pasar más. Él había agotado el permiso de paternidad y las vacaciones acumuladas, y el lunes mismo estaría de nuevo en el cuartel.

Desde que conoció a Sonia, hacía siete años en Ferrol durante una truculenta investigación, la vida de su compañero había cambiado por completo.

No es que no se alegrase, pero todos esos meses sin él, con la boda primero, y con el primer y segundo embarazo, le habían obligado a trabajar con otros compañeros y había sido un suplicio.

Respecto al regalo, sabía que algunos otros compañeros se habían juntado y puesto un fondo común y le habían comprado cosas. Sintió un poco de vergüenza cuando se lo dieron con el primer hijo y ella no solo no sabía nada, sino que, además, ni se le había ocurrido comprar algo por su cuenta.

No podía decir si José Cañas era su amigo o no, pero, en el tiempo que llevaban trabajando juntos, era el primer compañero que podía seguirle el ritmo, que no había puesto una queja contra ella o había solicitado un cambio de compañero. Además, era una persona inteligente, responsable, y con la que le gustaba trabajar. Se prometió a sí misma que no le volvería a pasar, así que allí estaba, con un juguete musical de colores y formas adorables que esperaba que no tuviese repetido, porque no había ido a ver al nuevo bebé ni a la feliz pareja.

Cuando Cañas y Sonia decidieron que querían formar una pareja, a pesar de la distancia al principio, Leiracha sintió un nudo en el estómago. Pensó que todo aquello afectaría a Cañas en su trabajo. Que trabajaría menos o que estaría distraído. Que no se volcaría tanto en su trabajo.

Se sorprendió al ver que seguía siendo tan buen investigador como siempre. Que no se había visto afectado su trabajo y, sin embargo, Sonia le había aportado muchas cosas buenas, y sobre todo estuvo a su lado cuando la madre de Cañas falleció.

Raquel Leiracha no solía filosofar demasiado. Vivía su vida sin más, sin pensar mucho en cómo lo estaba haciendo. Siempre había tenido claro que el trabajo era lo más importante, pero hasta hacía poco no había pensado que quizá podía haber algo más sin que eso suponga una disminución de sus capacidades en el trabajo.

¿Y si, tal y como la terapeuta del cuerpo, a la que le habían obligado a asistir por las numerosas quejas de compañeros, tenía algo de razón? ¿Y si era ella misma la que estaba boicoteando su vida, bloqueando una parte de sí misma? ¿Podía tener una vida más plena más allá del trabajo?

Le asustó pensar que pudiera ser cierto, así que agarró fuerte el juguete musical para el bebé de Cañas y se concentró en lo que la gente de su alrededor estaba diciendo para no tener que escuchar las voces de su cabeza.

La mujer, que hablaba ruidosamente en la cola de la caja de aquella tienda infantil, parecía creer que estaba rodando un programa de divulgación en una cuenta de YouTube. Hacía aspavientos con las manos, movía exageradamente su melena rubia teñida y alzaba mucho la voz, con sus pausas y entonaciones dramáticas.

En cualquier otro momento, Raquel hubiera bloqueado mentalmente aquel ruido, pero en ese instante lo único que necesitaba era acallar esa pequeña voz en su conciencia que cada vez se hacía más hueco, por más que intentase ahogarla. Llevaba muchos años sola, pero últimamente empezaba a ser más consciente de su soledad.

—Y por eso es el momento adecuado —dijo la rubia enfatizando mucho la palabra "adecuado"—. Estás en pleno septenio.

—No sé qué es eso.

—¡Mujer! ¿no sabes lo que es? Es la teoría que reconoce que nuestra vida inicia un nuevo ciclo cada siete años. Es el momento perfecto para cerrar ciclos. —Se aclaró la garganta para continuar—. En la vida hay tres grandes etapas. La etapa de formación y crecimiento, que es más o menos desde que eres niña hasta que comienzas a ser adulta. Luego viene la etapa de la lucha. Luchamos por encontrar nuestro lugar en el mundo, luchamos por ser alguien, por sobrevivir. Y por último está la fase de la sabiduría, que es muy importante también.

—¿Y todo eso en solo siete años? —preguntó distraídamente su acompañante, que empujaba un carrito lentamente por el pasillo de cajas. Si la mujer rubia hubiera estado un poco más atenta a su compañera, se hubiera dado cuenta de que básicamente le contestaba para fingir un mínimo de interés y que ella pudiera seguir hablando, probablemente para seguir pensando en sus cosas. La mujer rubia parecía demasiado interesada en ella misma y en su propio discurso para prestar atención a su interlocutora.

—¡Que bobada! No, son fases mucho más largas, pero, a su vez, cada una de ellas puede dividirse en septenios. Por eso tantas cosas pasan cada siete años. Es algo místico aunque real. Y estás en el momento justo.

Algo se encendió en el cerebro de Leiracha como un interruptor. De pronto olvidó por completo dónde estaba y para qué, y su mente regresó a Ferrol a aquella investigación que le atormentó durante meses después de que se cerrase sin poder detener a ningún sospechoso.

La muerte de Asunción Varela seguía sin resolverse, aunque por el camino hubieron encontrado varios cadáveres y descubierto antiguos crímenes. ¿Acaso la muerte de Asunción Varela y el primer asesinato con el que la relacionaron no ocurrieron con siete años de diferencia?

Intentó alejar esos pensamientos. Por su propio bien había dejado de darle vueltas a ese asunto y había asumido que era un caso que no podría resolver.

Finalmente llegó su turno en la caja, y la mujer rubia y su acompañante se perdieron para siempre en la bruma de sus recuerdos.

Condujo su coche hasta el aparcamiento de su edificio. Raquel vivía en un buen sitio. Su padre le dejó una herencia que, si bien no le convertía en una persona rica, sí que le permitió dar la entrada para un buen apartamento que ya había acabado de pagar.

Desde que su madre entró en la residencia, cuando la demencia se hizo demasiado peligrosa para poder, incluso con ayuda, atenderla en casa, sentía que todo lo que le unía a su pasado había desaparecido.

Pensó un momento en su madre. Ella, que había sido enfermera en urgencias, que había tomado decisiones que habían salvado vidas, que había estudiado horas y que había trabajado largas guardias nocturnas, ahora no era capaz ni de ponerse un camisón.

La demencia había sido una muerte en vida para su madre. Era algo terrible ver cómo el cascarón vacío de la persona que la crio y quiso durante toda la vida se vaciaba por completo. Estaba ahí, la podía abrazar, besar, hablar... pero nadie dentro le devolvía el abrazo. Su madre no la reconocía. Hacía años que no sabía quién era, y nadie podría devolvérsela, aunque estuviera viva.

Cuando la madre de Cañas, su compañero, murió, él se derrumbó. Si no hubiera tenido a Sonia a su lado, hubiera sido mucho peor. Tanto él como sus hermanos adoraban a esa mujer. Raquel se sentía un monstruo porque sabía que cuando muriese su madre no sentiría nada.

Hacía mucho que su madre desapareció, dejando en su lugar a una extraña frágil, pálida, con piel de pergamino y pelo blanco que no la reconocía, que hablaba a veces de gente de su pasado, que creía estar de nuevo en urgencias y pedía pruebas y se preocupaba porque llegaba la hora de la medicación de alguien que no existía en realidad.

No, ella ya pasó el luto que tenía que pasar, por su padre y por su madre, y cumplía de vez en cuando, cada vez menos, con el trámite de visitar a la mujer que estaba en la residencia. Nunca las auxiliares le dijeron que preguntaba por ella. Solo recordaba a su padre, pero enseguida olvidaba lo que acababa de decir.

Raquel siempre supuso que la demencia fue un regalo de la vida, para no tener que vivir sin su gran amor. Ella, por el contrario, se había quedado más sola que nunca.



El lunes fingió que tenía algo que hacer en el pasillo mientras los compañeros festejaban la vuelta de Cañas al trabajo tras la baja por paternidad y las vacaciones que no había disfrutado antes, y le daban el regalo que habían comprado entre todos.

No le extrañaba que no le invitasen a participar, casi no hablaba con ninguno de ellos, pero al menos esta vez se había acordado de comprar el juguete musical. Se lo dio un rato después, cuando Cañas ya se había puesto al día con el jefe y algunos compañeros y tomó asiento por fin en su despacho.

—Vaya, jefa, no tenías porqué.

—Me hubiera gustado llevártelo a casa —mintió—, pero no quería molestar. ¿Cómo está Sonia? ¿Y los niños?

Cañas sonrió, ignorando el hecho de que nunca había ido a visitarles ni por cortesía.

—Están bien, Sonia te manda recuerdos.

Raquel Leiracha tenía una buena impresión de Sonia Álvarez. Gracias a su minucioso trabajo habían conseguido en su momento una copia del expediente del caso de Asunción Varela y otra información importante, cosa que agradecía siempre.

Antes de que Leiracha pudiera pensar en una forma protocolaria y creíble de devolver los recuerdos para Sonia, su jefe les interrumpió entrando en el despacho.

—Cañas, te has reincorporado justo a tiempo.

—¿Pasa algo, jefe?

—Hay un caso para vosotros.

—De acuerdo. —Asintió Leiracha. No es que fuese algo extraño que les asignasen casos, pero habitualmente su jefe parecía mucho menos preocupado.

—Es en Ferrol. Creemos que puede ser el mismo asesino de Asunción Varela.

Cañas tragó saliva y miró de reojo a Leiracha. Sabía de sobra cómo le había afectado aquel caso en el pasado.

—¿Está seguro?

—Pasó anoche. No han tocado nada, nos han avisaron en cuanto han descubierto el cuerpo esta mañana a las siete.

Por instinto, Leiracha miró la hora, casi las nueve de la mañana.

—Ha avisado pronto.

—Sí. No quieren tocar nada, por si esta vez conseguís alguna pista crucial que nos ayude a atrapar a este asesino —informó su jefe.

—Justo siete años después. ¿Por qué habrá vuelto a atacar después de tanto tiempo? —preguntó Cañas.

—¿Quién era la víctima?

—Un vigilante de seguridad del ayuntamiento de Ferrol. Estaba en turno de noche, a tres semanas de jubilarse.

Joder, pobre hombre, coño. ¿Estaba solo? —preguntó Cañas.

—Sí, las cámaras están conectadas en una centralita y las medidas de seguridad a una empresa privada.

—Habrá grabaciones del asesino entonces —aventuró Leiracha.

—Eso tendréis que averiguarlo. No han tocado nada, os están esperando. Poneos en marcha de inmediato.

—Una cosa, jefe...

—Dime, Leiracha.

—Quiero a nuestra forense. No quiero más pérdidas de tiempo ni de información. No quiero que vuelva a pasar lo de la última vez.

—No, aquello no acabó bien, la verdad. Empezaremos de cero con nuestro equipo. Todo lo que necesitéis. La forense se pondrá de camino de inmediato.

—Gracias jefe.

Cañas sintió el hormigueo en la palma de las manos y por la columna vertebral. Llevaba muchos meses lejos del trabajo, cuidando de su familia, algo que le había hecho muy feliz Pero la perspectiva de volver a enfrentarse al mismo asesino que se les escapó... era sin duda excitante, y le hacía sentirse ansioso y expectante.

Mientras cogía el coche del garaje miró a Raquel, que estaba como en trance. Se preguntó cuánto afectaría a su jefa aquella nueva investigación.

Lo cierto es que en los últimos años habían tenido casos importantes, complicados, incluso algunos habían tenido un seguimiento especial por parte de la prensa. De todos ellos había aprendido algo, y siempre se había sentido conforme con su trabajo, sabiendo que daban el 100%, pero el caso de Ferrol era una cuenta pendiente.

En el caso de Raquel Leiracha, le había costado mucho desconectar de ese caso. Durante meses, siempre que tenía un hueco, o cuando acudía temprano al trabajo o se quedaba hasta tarde, seguía dándole vueltas al asesinato de Asunción Varela, e incluso el de Oscar Sierra.

—Jefa, sé que es inútil que te lo diga, pero es solo un caso. Si esta vez se nos vuelve a escapar...

—Lo sé. Prometo no volverme loca.

—No mientas.

—He dicho que lo prometo. Sé que es una posibilidad. No quiero volver a pasar por lo mismo.

—Vaya, en ese caso, me alegro de que el jefe te obligase a ir a terapia.

—No me lo recuerdes. Es terrible esa mujer.

—Hizo un buen trabajo. Y consiguió que no te echasen del cuerpo.

—Sigo sin entender cómo un informe favorable o desfavorable de una psicóloga puede determinar el futuro de la carrera profesional de alguien.

Cañas no dijo nada más, pero ambos sabían que Leiracha había estado a punto de perder su puesto, sobre todo cuando él estuvo de baja por paternidad la primera vez y varios compañeros dieron quejas de ella.

Parte de culpa la tenía la mala fama que ella misma se había creado, lo que le perjudicaba a la hora de dar veracidad a todas las quejas recibidas. Cañas había estado al tanto de todo, no por parte de Leiracha, claro, sino de otros compañeros, y sospechaba que en parte estaban aprovechando la situación para ver si se podían librar de ella.

—Veamos qué nos depara el nuevo caso. —Suspiró Leiracha cuando estaban ya llegando a Ferrol.

El Ayuntamiento de Ferrol es un edificio imponente. Su fachada principal domina la plaza, coronada con una escalinata y una arcada. El reloj que corona la torre marcaba las diez y media para cuando Cañas y Leiracha se acercaron. En lugar de entrar por la imponente puerta principal, un agente les acompañó rodeando el edificio hasta una discreta y angosta entrada lateral.

—El personal de servicio entra por aquí durante los cambios de turno y las noches —les aseguró el agente.

—¿Dónde está la garita?

—Justo aquí. —Les señaló.

Tal y como les había dicho su jefe, no habían tocado nada.

El cuerpo del hombre estaba tendido en el suelo de una pequeña sala de vigilancia. Había el espacio justo para una serie de pequeñas pantallas que devolvían la imagen del circuito cerrado de grabación en blanco y negro y en baja calidad. No tenían volumen, y justo debajo, una mesa con un café a medio beber, un par de cuadernos y registros, llaves, guantes y gorra.

La silla estaba girada, como si aquel pobre hombre se acabase de levantar de improviso.

El cuerpo estaba tumbado boca arriba, en medio de un gran charco de sangre. Un hombre mayor, con un corte de pelo clásico, canoso, y bastante en forma teniendo en cuenta su edad. Su pecho estaba cuajado de heridas de arma blanca, pero, con la sangre empapando el uniforme oscuro, era difícil saber si el asesino había dibujado o no algo en su pecho.

—¿Quién es la víctima?

—Se llamaba David Beltrán. Sesenta y seis años, a punto de jubilarse. Llevaba trabajando como vigilante de seguridad unos veinte años en este ayuntamiento. Todos lo conocían. Desde hace varios años trabajaba de noche, que suele ser un turno muy tranquilo.

—¿En qué consistía su trabajo?

—De un tiempo a esta parte, en casi nada. Todos los vigilantes hacen una supervisión a tiempo real de las cámaras, pero, además, todo pasa por una empresa de seguridad externa, es decir, que si alguien intentase entrar en una zona restringida, se daría aviso automáticamente a las autoridades. Lo mismo si hubiera un coche estacionado o un bulto sospechoso por los alrededores. El ayuntamiento nunca ha sufrido u atentado terrorista, ni nada parecido.

—¿Para qué se mantiene entonces el servicio?

—Siempre hay guardias jurados en el edificio por el día. Si el guardia ve algo sospechoso, que no hace saltar otro tipo de alarma, envía a un compañero a asegurarse. Es como un seguro extra.

—¿Y de noche quién más trabaja?

—Nadie más. Los últimos que se van son las limpiadoras, el de mantenimiento que se queda hasta las seis de la tarde y si acaso algún rezagado, pero pocas veces. En caso de que haya pleno, pues se queda el conserje a cerrar.

—¿Y ayer había?

—No, fue una jornada muy común.

—¿Cómo podemos ver las grabaciones de anoche?

—Ya las hemos solicitado. Aquí se pueden ver a tiempo real, pero no se almacenan, ni se pueden ver grabaciones pasadas.

—Las necesitamos con urgencia. Nuestra forense está al llegar.

—Lo sé, la estamos esperando. Oiga, sé que el caso es suyo, pero David era una persona que no se merecía esto. Espero que sepan que pueden contar con nosotros en todo lo que podamos ayudarles.

—Gracias, les informaremos si les necesitamos. —Atajó Cañas antes de que Leiracha lo estropease.

Ella le lanzó una mirada de reconocimiento y media sonrisa. Después de casi una década trabajando juntos, se conocían bien, y ella había aprendido a agradecer sus intervenciones para evitar que su nula habilidad social le hiciera meter más la pata.

Los de la científica llegaron solo un rato después de ellos y comenzaron rápido a tomar huellas y muestras. Candela, la forense, tardó algo más y parecía enfadada.

—Ya sabía yo que vosotros estaríais detrás de todo esto —farfulló—, Cañas, me alegro de verte, de verdad, ¿cuándo has vuelto?

—Hoy mismo.

—Ah, el dúo terrible se reúne de nuevo y me sacan de mis dominios. ¿Casualidad? No lo creo.

—Si en el fondo te gusta viajar...

—No, en el fondo me gusta hacer mi trabajo, y no puedo adelantar si siempre dan prioridad a vuestros casos. Hay más muertos que necesitan autopsias, aunque no llevéis vosotros el caso.

—Venga, si te va a gustar. Mira, cosidito a puñaladas.

—Ah, ya entiendo. Ha vuelto... Bien, tendrá toda mi atención.

—Gracias, Candela, eres la mejor.

—Ya, ya... a ver si me lo agradecéis con una buena botella de vino.

—Dalo por hecho. —Sonrió Cañas.

Leiracha y Cañas salieron fuera del angosto pasillo para dejar trabajar al equipo forense.

—¿Se ha informado ya a la familia? —preguntó Leiracha al mismo agente que les había acompañado antes.

—Sí, antes de que se enterase la prensa.

—¿La prensa?

—Esto es el Ayuntamiento. Les hemos tenido que espantar como moscas. El alcalde va a dar un comunicado, para calmar las aguas y evitar especulaciones.

—Odio a la prensa —musitó Leiracha.

A pesar de que en varias ocasiones la prensa había encumbrado su trabajo, sobre todo en algunos casos sonados, para Raquel no eran más que unos buitres que muchas veces dificultaban su trabajo, dando noticias antes de tiempo, poniendo sobre aviso a los sospechosos, inventando datos y torpedeando líneas de investigación.

—Tenemos que saber si tenía enemigos, cualquier cosa que parezca sospechosa.

—La víctima estaba casado, tenía dos hijos y un nieto, y otro en camino. Podéis hablar con la viuda, pero la mujer casi se la tienen que llevar al hospital con un ataque de ansiedad, no creo que os diga nada.

—Con las viudas suele pasar. ¿Quién encontró el cuerpo?

—Su compañero, que venía a hacerle el relevo a las siete de la mañana, se llama Jaime, está por aquí.

Jaime era un chico joven, de poco más de veinte años. Estaba sentado en una escalera interior, temblando y con una tila al lado que no se había llegado a beber.

—Capitana Leiracha, este es el capitán Cañas, llevamos la investigación.

Cañas aún notaba raro cuando se referían a él como capitán. Ascender había sido un paso natural en su carrera. Que dos capitanes siguieran en el mismo equipo era muy poco habitual, y menos aún que mantuviesen la escala de mando, pero nadie más quería trabajar con ella, y juntos formaban un binomio demasiado bueno para romperlo.

—Soy Jaime, soy el compañero de David. Bueno, uno de ellos.

—¿Llevas mucho trabajando aquí?

—Solo seis meses. Hace poco que me saqué el título de vigilante de seguridad y la TIP.

—¿Y entraste a trabajar aquí?

—Es que mi suegro es el dueño de la empresa.

—Entiendo. Seguramente ya te lo han preguntado antes, pero es muy importante que nos cuentes absolutamente todo lo que has visto esta mañana.

—He... llegado un poco tarde. Bueno, solo cinco o diez minutos. Pero David nunca se enfada.

—¿Sueles llegar tarde? —preguntó Leiracha, inquisitiva. El joven miró al suelo avergonzado.

—A veces. Pero solo cinco minutos. ¡De verdad!

—Sigamos, has llegado tarde, ¿qué has visto?

—Pues... La puerta estaba cerrada sin la llave, pero es que normalmente, si salimos a fumar o a hablar por teléfono, no siempre la cerramos, porque es un coñazo desactivar la alarma cada vez.

—¿Esta puerta está abierta?

—A ver, es solo la puerta que da al pasillo de la garita, nada más, desde ahí no se puede acceder al edificio principal, para eso habría que abrir muchas más puertas.

—Entonces, si alguien quisiera colarse en el ayuntamiento, ¿no podría hacerlo desde aquí?

—No, desde aquí no podría hacer nada, ni siquiera desconectar las cámaras. El vigilante tiene una llave maestra, pero está guardada, nunca la llevamos encima, no solemos tener que entrar para nada durante la noche.

—Así que, si alguien se cuela por aquí, lo único que puede hacer es ir a vuestra garita.

—Y al aseo. Es la puerta de enfrente. Pero es lo único que no está cerrado por la noche. Sé que deberíamos cerrar la puerta del servicio, pero una vez que salimos durante la noche pues ya la dejamos abierta. Dentro no hay mucha cobertura, así que si tenemos que hablar o algo... pues tenemos que salir. Es más fácil así.

—Entiendo. Sigamos, entraste, la puerta estaba abierta, qué más.

—Pues... no lo sé, yo iba por el pasillo diciéndole a David que ya podía moverse y, como no me contestaba, le dije que si se había dormido y...

—¿Y? —preguntó Leiracha impaciente. El chico había vuelto a temblar.

—Abrí la puerta y estaba ahí en el suelo, y todo lleno de sangre. Nunca me dijeron que este trabajo era peligroso. Yo mismo dejo esa puerta abierta siempre en el turno de noche... ¡Podría haber sido yo!

Cañas y Leiracha se miraron. No iban a poder sacar mucho más de aquel chico que seguramente había presentado su dimisión a los dos minutos de encontrar el cuerpo.

La policía les habilitó un despacho en comisaría para poder trabajar con tranquilidad y dedicación en el caso, y decidieron hacer uso de él. No tenían mucho más que hacer allí hasta que les enviasen las pruebas forenses, la autopsia y las grabaciones de las cámaras. Estas últimas llegaron mucho antes que todo lo demás.

—Siento decir que no hay una cámara que grabe la entrada de la garita —musitó el agente que les acompañaba, Esteve. Era un agente resuelto, joven y de origen barcelonés.

—¿Cómo que no? ¿Qué clase de seguridad es esta? —protestó Leiracha.

—No hagas el berrinche, jefa, sabíamos que no iba a ser fácil.

—Por una vez, solo por una vez, debería serlo.

Se dispusieron a pasar varias horas delante de los monitores viendo gente entrar, salir, hacer cola, pedir papeles, llevar papeles, discutir, gente limpiando, gente bebiendo una cantidad desmesurada de café de la máquina del pasillo y sobre todo gente paseando por la plaza.

—No he visto a nadie sospechoso. Quizá debemos revisar varios días o semanas antes.

—No podemos conseguir nada anterior a setenta y dos horas, que es el máximo tiempo que se guardan las imágenes.

—¡Joder!

—Jefa, tranquila. Pídelas, Esteve, por favor, antes de que borren nada más.

El chico salió de la sala.

—Es muy temprano para empezar a ponerse así.

—Lo sé, lo sé, Cañas. Lo siento. Es que todo está en nuestra contra.

—Tenemos que buscar otro enfoque. No es fácil saber que la garita se queda abierta, no es fácil saber que el vigilante estaba solo, o que no hay cámaras en esa entrada. Debería ser alguien que conozca esto desde dentro.

—¿Crees que el asesino de Asunción Varela ha estado trabajando en el ayuntamiento?

—Eso en caso de que sea el mismo asesino. Hasta que Candela no nos diga algo más, solo podemos pensar que es así. ¿Por qué iba a esperar tantos años para actuar de nuevo?

—¡Por la teoría de los septenios!

—¿Qué?

—El viernes, en una tienda, escuché hablar sobre esto. Luego, en casa me dio por pensar y lo busqué. Cada siete años es una buena oportunidad para cerrar un ciclo. Puede que por eso el asesino espere este tiempo para cometer cada asesinato.

—¿Está ajustando alguna cuenta pendiente?

—La edad es similar a las anteriores víctimas, podría ser que en su pasado hubiera algún episodio oscuro, como el de Asunción Varela y Sebastián Ochoa.

—Asunción no tenía un pasado oscuro, por mucho que te empeñes.

—Dejó que apaleasen a su marido hasta morir

—Crees que dejó que apaleasen al imbécil de su marido borracho y abusador que se metió él solo en esa pelea. No puedes acusarla.

—Yo creo que lo hizo. ¿Por qué si no la iban a matar?

—Es que no sé de dónde te sacas que la mataron por eso. Por lo que respecta a la investigación, ese caso sigue sin resolverse y no conocemos al asesino ni sus motivaciones.



Leiracha se quedó un momento pensativa. Para ella, el móvil del asesinato de Asunción estaba muy claro. Pero, si se detenía a pensar, no sabía de dónde salía esa certeza tan absoluta sobre el pasado de aquella mujer. Podía notarla en el fondo de su mente, como ese pensamiento furtivo que sabes que has tenido, pero que no puedes enfocar realmente.

—¿Jefa?

—Yo sé que hizo eso... ¿pero cómo lo sé?

—¿Qué?

—Estoy teniendo una sensación extraña.

—Este caso es complicado, nos ha afectado mucho, ¿necesitas que llame a la psicóloga?

—No, no... no lo sé, creo que me estoy mareando.

Leiracha salió de la sala tropezando. Cañas la miró preocupado. No era ningún secreto que la capitana bailaba siempre en un precario equilibrio entre lo que es normal y lo que se considera patológico, pero nunca le había visto en un renuncio así.

Decidió que esperaría un día a ver qué le pasaba y, si le afectaba demasiado el caso, él mismo hablaría con su jefe para que la retirasen. Apreciaba demasiado a su compañera como para dejar que ese caso la volviese a llevar al límite.

Cuando el agente que colaboraba con ellos regresó, Leiracha aún no había vuelto. Cañas decidió concentrarse en el trabajo que les quedaba por delante, ya que tenían muchas horas de vídeo por revisar.

Después de dos horas se preocupó en serio. Llamó a Leiracha, pero el teléfono dio un tono tras otro hasta agotar el tiempo de conexión sin que su jefa le cogiese la llamada.

Cañas se detuvo un momento a pensar. No sabía cómo de ridículo se vería preguntando a la gente si había visto a su compañera. Se suponía que ella debería estar allí, viendo vídeos con ellos, atosigando a la forense que aún no tenía la autopsia, preguntando al laboratorio qué pasaba con las pruebas forenses y poniendo de los nervios a todos por allí. Así era Leiracha, y que se largase así en medio de una investigación le estaba desconcertando por completo.

Comentó al agente que deberían dejarlo un rato, que por la tarde tendrían el resto de imágenes y podrían continuar con el visionado. El pobre llevaba rato cambiando de postura para no dormirse, así que estuvo encantado de salir de aquella pequeña sala y dejar de ver aquellas pantallas.

Cañas disimuló un rato, paseando por los pasillos, visitando la máquina de café, sin conseguir ver ni de lejos a su jefa. Siguió llamándola, pero con la misma poca fortuna que la primera vez.

Salió de la comisaría y se percató de que el coche en el que ambos habían llegado no estaba. Maldijo a su jefa por desaparecer así y decidió que no tenía más remedio que hablar con alguien. En un intento desesperado llamó a la forense, por si acaso Raquel había tenido una de sus corazonadas inesperadas y había salido corriendo a hablar con Candela.

Le resultaba violento comenzar la conversación con un "¿por casualidad no estará allí Leiracha?", así que empezó disimulando.

—Si llamas para preguntar por la autopsia, no he acabado. Estas cosas llevan su tiempo, no hace ni media hora que hemos llegado con el cuerpo a Coruña.

—Ya veo... solo quería saber si ya has contado las puñaladas y eso.

—Estamos todavía lavando. Por cierto... ¿Por qué me estás incordiando tú y no tu encantadora jefa?

—Bueno, está ocupada en otros menesteres...

—De acuerdo. Os llamaré en cuando acabemos. Tengo que hacer un trabajo minucioso, no esperes que me ponga en contacto en media hora...

—Lo sé, lo sé... haz tu magia.

—Y no olvidéis que me debéis una botella de vino.

—El mejor tinto del supermercado. De brick.

—Más te vale que no... —Rio Candela antes de colgar.

Cañas tenía más claras dos cosas, que Raquel no había hablado ni conducido hasta el depósito, y

que tenía que comprar algún buen vino para Candela.

Tras llamar un par de veces más a Leiracha, se preocupó en serio.

Decidió disimular hasta última hora, y entonces, si ella no estaba en el hotel, llamaría a su jefe. Le preocupaba que ese caso hubiera acabado derivando en algún brote psicótico o cualquier cosa.

Después de comer poco, (tenía el estómago cerrado por los nervios), volvió a comisaría para seguir viendo las imágenes.

—Estas imágenes son del viernes por la noche —anunció el joven agente, que había sido lo suficientemente prudente para no comentar nada sobre la ausencia de la capitana.

—¿Es lo más que podemos retraernos?

—Sí, anterior a esto ya está todo borrado.

—Qué putada. En caso de que el asesino hubiera venido la semana antes, por ejemplo, nunca le podremos ver.

—Tengo alguna imagen de la plaza, pero no se ve a nadie sospechoso, y por la hora de la muerte estimada, las cuatro de la mañana, la plaza está desierta, al menos en todos los ángulos que podemos ver.

—Veamos si el viernes hubo algo sospechoso —dijo Cañas sin mucha esperanza.

Comenzaron con las primeras imágenes, que correspondían a las ocho de la tarde. Era todo lo que tenían, y la plaza en ese momento estaba muy concurrida. Nada fuera de lo normal, gente paseando, niños y padres, grupos de amigos y parejas. Gente que acababa su jornada laboral, mucha gente volviendo a casa.

—No veo nada sospechoso. No veo a ningún tipo mirando las cámaras u observando el edificio en sí —comentó el agente, un poco desesperado.

—Yo tampoco. Pero quizá no es un tipo, puede que sea más de uno. O una mujer.

—¿Una mujer? —preguntó. Cañas lo había dicho por decir. No tenía ni idea de quién o quiénes eran los asesinos—. Sí, tienes razón, podría ser cualquiera. De todos modos, no he visto ninguna con actitud sospechosa tampoco.

—Es que este caso es todo un rompecabezas. Yo no podría decir quién es el sospechoso.

—He leído un poco por encima los informes de los casos anteriores. Menuda historia.

—Lo sé. Lo peor es que ahora tampoco sabemos si el primer asesinato lo cometió realmente la persona a la que condenaron.

—Apareció muerto también, ¿no?

—Sí. Oscar Sierra. Es curioso, todo el tiempo estuvimos convencidos de que era el asesino, y llevaba años muerto.

—¿Un imitador?

—Es posible, pero lo dudo. Algunas cosas son imposibles de copiar. Es que no es solo las puñaladas, es el sentido de los dibujos, las víctimas... no sé. Es desconcertante.

—¿No es esa tu jefa? —dijo de repente el agente, interrumpiendo a Cañas sobresaltándose y señalando a la pantalla.

—Yo... eh... no, no creo —respondió al mirar la imagen granulosa y congelada en la pantalla. Lo cierto es que de lejos se parecía mucho a Leiracha. Era una mujer de su estatura, su misma complexión y hasta el mismo corte de pelo. Sin embargo, era imposible que ella estuviera la noche del sábado en Ferrol.

—Ella estaba en A Coruña el viernes —aseguró—. Estaba comprando un regalo.

—Sí, claro. Es una tontería, claro que no va a ser ella —musitó el agente—. Sí, pero se le parece. Seguro que se ríe cuando llegue.

Cañas volvió a mirar incómodo la imagen, ahora en movimiento, ya que el agente le había vuelto a dar al Play. No, definitivamente se parecía mucho, pero no era ella. No caminaba igual, ni llevaba su chaqueta.

—Lo cierto es que al verla en movimiento ya no parece tanto ella. Pero de cara sí —murmuró el agente.

—El caso es que de cara sí, pero ni la forma de andar, ni la ropa... bueno, ella es de Ferrol, igual es una prima o un pariente cercano.

—Ah, eso sí, tiene más sentido.

Cañas se concentró en la imagen de nuevo. La desconocida de la cinta era una mujer físicamente muy parecida a Leiracha. Pero, en lugar de andar nerviosa e incluso un poco agresiva, era una mujer que caminaba despreocupada, ojeando su teléfono, como si supiera exactamente dónde debía ir, o incluso como si fuese a encontrarse con alguien.

Cañas sabía exactamente que Leiracha había estado el viernes en A Coruña porque, siendo descuidada como era en su vida personal, había olvidado sacar el ticket de compra del regalo que compró a última hora para el bebé. Quizá otra persona hubiera pedido un ticket regalo, o al menos ocultado el precio, pero Leiracha no. Incluso era de agradecer que se hubiera acordado de comprar algo.

Volvió a mirar el vídeo, la mujer ya había salido del encuadre. Las imágenes se habían tomado a las once pasadas. Si pudiera creer que la de la pantalla era Raquel, debía reconocer que le hubiera dado tiempo a comprar el regalo a las ocho y viajar hasta Ferrol, pero aquello carecía claramente de sentido.

A las siete decidió dar por concluida la jornada, sin ninguna noticia de Leiracha. Candela le había asegurado que a última hora le mandaría por correo el informe de la autopsia con todo lo que había averiguado, pero en ese momento la preocupación por su jefa era mucho mayor que su interés en el caso de asesinato del pobre David.

Esteve se despidió hasta el día siguiente sin preguntar por Leiracha, lo que era una mala señal. Cañas sabía que tenía poco tiempo para encontrarla antes de que Esteve diera alguna voz de alarma. Había visto esas imágenes, en las que parecía verse a la capitana, y luego ella había desaparecido todo el día sin explicación.

El chico era un agente joven y probablemente estaba atando cabos. No confiaba del todo en

Cañas, así que no le preguntaba directamente dónde estaba ella. No sabía si podía confiar en él. Si no le hubiera dado importancia a la ausencia injustificada de Leiracha, le hubiera preguntado abiertamente en algún momento.

Cañas llegó al hotel con los nervios de punta. Preguntó en recepción si ella estaba en su dormitorio, que eran contiguos, pero no sabían nada, no había llegado en todo el día.

La maleta de ambos debería seguir en el maletero del coche.

Llegó a su habitación sintiéndose confuso y nervioso. Hacía horas que su jefa se había largado y, por mucho que quisiera ayudarla, o taparla si se diera el caso, estaba más preocupado por su integridad que otra cosa.

Que ella se ausentase en plena investigación era inaudito. Decidió que no podía dejarlo pasar más y llamó a su jefe.

La conversación fue complicada. Su jefe se mostró igualmente preocupado. La prioridad era encontrar a Leiracha y asegurarse de que estaba bien.

—Voy a llamar a la terapeuta.

—No creo que ella sepa nada. Leiracha la odiaba.

—Lo sé, pero quizá pueda esclarecer un poco su comportamiento.

—Llevo trabajando diez años con ella, jefe, y es la primera vez que se va en medio de la jornada. Lo habitual es que llegue antes de hora y se quede después un poco más.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que la del vídeo sea ella?

—No lo sé, jefe. De verdad. Parece ella, pero no se mueve como ella ni tiene sentido que por la tarde estuviera en casa y por la noche en Ferrol.

—El coche oficial tiene un GPS. Si activo la búsqueda, habrá que rellenar un documento. Se hará oficial.

—Sé que puede ser un problema y que mucha gente está deseando tener una excusa para poder librarse de Leiracha. Pero es buena agente, no quiero que esto sea el último clavo de su ataúd.

—Lo llevaremos con la mayor discreción posible. Pero la prioridad es encontrarla.

—Jefe... ¿Sabe o podría averiguar la dirección de la casa de sus padres? Ella se crio aquí, no sé, igual es una locura, pero podría acercarme a buscarla por si hubiera ido allí.

—Bien pensado, no sé la dirección, pero la averiguaré en un momento. Ahora te llamo.

Cañas esperó impaciente la llamada de su jefe. No quiso avisar a Sonia de lo que pasaba para no preocuparla. Su jefe tardó casi veinte minutos en volverle a llamar y para entonces Cañas estaba realmente ansioso.

—De acuerdo. Raquel ha heredado la casa de su abuela materna, una pequeña construcción muy cerca de la Ría. También está el piso de sus padres. Es propietaria junto con su madre desde que murió su padre. Su madre al parecer lleva varios años en una residencia.

—Sí, lo sé, tiene Alzheimer.

—Te mando las direcciones.

—De acuerdo, salgo ya.

—Cañas, ¿crees que sería buena idea que te acompañase alguien?

—No, jefe. No creo que ella pueda ser un peligro para nadie más que para sí misma.

—Tenme informado en todo momento. Mi teléfono estará operativo toda la noche, llámame cada poco rato o en cuanto averigües algo.

—De acuerdo, jefe.

Cañas condujo primero a casa de la abuela. Sabía que Raquel pasaba mucho tiempo allí porque dijo alguna vez que no había pasado ni un día de su vida sin ver la Ría mientras vivía en Ferrol. Su madre era enfermera y cuando tenía turnos nocturnos se quedaba también a dormir con la abuela.

La dirección correspondía a una pequeña casa de un barrio obrero que había conocido tiempos mucho mejores. Estaba en claro estado de abandono, con las paredes resquebrajadas, desconchadas, y las ventanas descuadradas, con los cristales rotos. La puerta estaba cerrada y parecía no haberse abierto en muchos años. Alumbró con su linterna a través de los barrotes de la única ventana de la planta baja, pero no vio nada, y no percibió más que el olor a humedad de un hogar que no se calentaba desde hacía demasiado, cerca del agua.

Estaba a punto de irse cuando un crujido proveniente del interior le alertó. Podría ser cualquier cosa, desde un ladrillo roto, una rata, una paloma... o una persona agazapada en la oscuridad.

Por un momento tenía ganas de irse, de alejarse de la negrura y la humedad del interior de la casa, pero, si había alguna remota posibilidad de que Raquel estuviera allí, él quería saberlo.

Se acercó una vez más a la puerta y constató que estaba bien cerrada y las bisagras oxidadas. No sería fácil que nadie entrase por ahí. Rodeó la calle y descubrió que en la parte de atrás había un pequeño corral, o patio con tapias de casi dos metros, que en algún momento alguien mantenía encaladas.

Se maldijo por llevar los zapatos del uniforme en lugar de algo más apropiado para trepar, pero consiguió encaramarse con esfuerzo a lo alto de la tapia. Con sigilo observó el interior y pudo distinguir con claridad una pequeña luz a través de una de las ventanas del piso superior.

Escribió un mensaje a su jefe informando de dónde estaba y que no podía hablar en voz alta hasta saber si se trataba de Leiracha o de algún vagabundo que se había colado para refugiarse del frío.

La contestación de su jefe no se hizo esperar, pidiéndole que esperase que le enviaría refuerzos, que no se pusiera en riesgo.

Cañas suspiró y meditó un segundo. No quería desobedecer a su jefe, pero, si Leiracha estaba allí dentro, prefería enfrentarse a lo que fuese que le estaba ocurriendo él solo antes de que más gente entrase en tropel con un arma cargada.

Saltó al interior del patio, donde pudo comprobar que una vez hubo muchas macetas con flores, que ahora no eran más que palos negros y pelados en macetas muertas y toscas.

Debió de ser un bonito hogar, no entendía por qué Raquel había dejado que se marchitase casi

hasta las ruinas.

La puerta del patio al interior de la casa estaba atrancada por la humedad y las bisagras deterioradas, pero se podía abrir con un pequeño esfuerzo. Cañas se internó en la propiedad. Ahora era capaz de distinguir mucho mejor el tenue sonido que estaba haciendo alguien en la planta superior. Era un siseo, un sonido similar al que haría alguien arrastrando un objeto liviano por el suelo, como si un niño jugase a hacer rayas en el suelo con un simple palo.

Sacó su arma y subió por las escaleras intentando no tropezar en la oscuridad del interior con ninguno de los objetos que estaban tirados por el suelo.

La escalera crujió, pero quien quiera que estuviera arriba no parecía notarlo, porque el sonido rítmico no se detuvo ni alteró.

En la parte superior de la escalera, la penumbra se rompía por un tenue resplandor que salía de una de las habitaciones con la puerta entre abierta. Cañas pensó en las muchas películas de miedo que había visto y lo idiotas que le parecían los protagonistas por no salir corriendo en ese momento. Pero ahora él tenía el deber de llegar hasta el final. Si aquella persona era Raquel, tenía que ayudarla.

Caminó despacio, intentando no hacer ruido, y tomó una bocanada de aire antes de entrar en la habitación iluminada. Lo que encontró allí le rompió el corazón.

Raquel Leiracha estaba sentada en el suelo delante de varias velas encendidas. Tenía los ojos hinchados de llorar y había objetos y ropa esparcidos por el suelo, como si hubiera estado vaciando baúles antiguos.

Jamás, en diez años que llevaba trabajando con ella, había visto a su jefa en una posición tan vulnerable, nunca la había visto llorar, ni la había contemplado con esa indefensión que transmitía entonces.

—Jefa —susurró—. Jefa, ¿estás bien?

Leiracha solo levantó un poco la mirada, para encontrarse con los ojos de su compañero. No se movió ni cambió de postura.

—No, Cañas. Nada está bien. Ha pasado algo malo. Algo muy malo. Y no puedo solucionarlo.

—¿Qué ha pasado? Vamos fuera aquí, vamos a coger una pulmonía. Nos vamos al hotel y allí lo hablamos todo. ¿De acuerdo?

—No. Cañas, ya no voy a ir a ningún lado.

Cañas se sentía desconcertado. Raquel le hablaba en tono muy suave, casi ausente. Como si realmente no estuviera allí. Sacó su móvil con cuidado, pero a ella no pareció importarle en absoluto.

"Jefe, estoy con ella. Parece en shock, envíe una ambulancia", escribió.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que he hecho algo muy malo. No, no lo creo, lo sé.

—¿Qué has hecho?

—Si te lo digo, me odiarás.

—Claro que no.

Raquel guardó silencio y se dedicó a mirar por la ventana rota a su lado, hacia la negrura de la noche.

Aunque Cañas intentó que le volviese a hablar no hubo manera. La ambulancia llegó poco después, y los sanitarios tuvieron que tirar la puerta abajo para poder pasar. Leiracha se resistió a abandonar la casa, gritaba, pataleaba y lanzaba golpes al aire. Hubo que sedarla.

EPÍLOGO

—Raquel era muy pequeña cuando escuchaba aquellas conversaciones.

—Pero... ¿es posible que lo olvidase todo?

—Es posible.

—Pero no lo entiendo. He estado con ella todos estos años, nunca he notado nada, ni hemos visto nada. ¡Ella misma estuvo investigando este caso!

—Los desdoblamientos de la personalidad son muy complejos.

—Sigo sin poder creerlo.

Cañas pateó una pequeña piedra del suelo. Esta rebotó unos metros antes de detenerse junto a un parterre de flores.

Al fondo, sentada en un banco, estaba Leiracha. Si no la conociera, si no supiera quién era ella, solo parecería una mujer entretenida leyendo un libro. Quizá por la ropa y el pelo descuidado se podría pensar que se trataba de una persona excéntrica.

Pero no era así. Aquella mujer había sido capitana de la UCO, capaz de resolver cientos de asesinatos. La persona más implicada que había conocido en toda su carrera, audaz, brillante e intuitiva. Ahora apenas podía saludar sin que la saliva se le saliera por la comisura de la boca.

—Durante años escuchaba a escondidas las conversaciones que tenían su madre y su abuela cuando su madre volvía de urgencias. Le contaba cotilleos, cosas que escuchaba, sobre todo las jugosas. Ambas guardaban el secreto, pero todo aquello se quedó dentro de la psique de aquella niña.

—Sí, lo sé. Escuchó cómo una mujer en shock farfullaba que había dejado morir a su marido, que no había querido ayudarle, que lo odiaba. Por eso Leiracha estaba tan convencida de que Asunción había dejado morir a su marido y la hacía responsable. Lo sabía porque su madre lo había contado una noche al salir del trabajo.

—Así es. En ese momento, tanto la madre como la abuela, coincidían en que había hecho lo correcto. Ellos conocían a Asunción y sabían que su marido era brutal, un alcohólico.

—Pero matarla por eso... tantos años después...

—Volvemos a lo mismo. Ella sabía cosas, sobre el pasado de aquellas personas. Cuando su padre murió y su madre enfermó... Raquel perdió cualquier nexo con la niña que fue. No le quedaba nada. Se centró en su trabajo. De alguna manera se gestó en ella la necesidad de reparar algunas heridas. Algunos daños del pasado.

—Pero es que... me parece tan imposible... ella odia a los asesinos, a los delincuentes. ¿Cómo podría hacer algo así?

—No fue ella. Te lo he intentado explicar. Técnicamente sí que fue ella, pero no conscientemente. La mujer que visteis en las grabaciones es su otra versión, su alter ego. Es la parte de ella que vive la vida que Raquel ha reprimido siempre. La que tiene amigos aquí, la que tenía encuentros con hombres, la que se atrevía a hacer lo que Raquel siempre había soñado en secreto, avergonzándose: Tomar venganza, la justicia por su mano.

—Pero estas personas... Seguramente podría haber elegido a otras víctimas, asesinos que quedan libres, camellos... no lo sé.

—Sí, pero eso lo haría la Raquel de ahora, la capitana de la UCO, no su alter ego. No podría conocer a toda esa gente. Ella tenía su propia lista a partir de los retazos de conversaciones de su pasado.

—¿Eso podría pasarme a mí? ¿A mis hijos? ¿A mi mujer?

—Como poder, podría, pero esto no está a la orden del día. Se tienen que dar complejas situaciones. Ella partía de la base de una infancia con carencias. Su madre adoraba a su padre por encima de todo, pero nunca la quiso a ella. La dejaba con su abuela porque no quería atenderla. Su abuela era una persona muy perfeccionista que esperaba de ella siempre lo mejor. No tuvo amistades duraderas ni grupo de iguales. Cuando su padre murió, la única persona que le quedaba y que se preocupaba un poco por ella desapareció. Su madre no pudo soportarlo y enfermó pronto. Hasta que te conoció a ti, no tuvo buenos compañeros ni supo mantener o forjar una amistad.

—Pero... cometer asesinatos sin ser consciente...

—Ya te he dicho que es complejo, no esperes entenderlo porque la psicología es una ciencia muy difícil, sobre todo si no tienes nociones.

—Es que a veces me siento culpable. ¿Cómo no lo vi? Está claro que tenía que ser un policía o alguien con experiencia que sabía tapar sus huellas. No había pistas, no había nada, y ella siempre tuvo la certeza de que Asunción se lo merecía, que era culpable.

—No pienses que te estaba engañando. No pienses que había pistas que no veías. No es así, no podías saberlo.

—Pero...

—Tranquilo, te llevará tiempo asimilarlo. Puedes hablar con ella ahora si quieres.

—¿Me reconocerá?

—Claro. Siento lo de la otra vez, fue por la medicación.

—¿Ha vuelto a...?

—¿Atentar contra su vida? No, de momento no. Si para ti es difícil entender esto, imagina para ella. Ha cometido varios asesinatos. No es fácil de digerir.

—Al menos los asesinatos están resueltos. Pobres personas.

—Sí, es una pena. Todo lo que ha pasado es terrible, pero piensa que ella también es una víctima.

—¿Cómo? ¿Cómo puedo creer eso y a la vez sentirme así?

—Sigue siendo la misma de siempre.

—No, no lo es. Es una persona con la que he trabajado codo con codo, durante diez años, y ha matado a gente. A la pobre Asunción porque dejó que a su marido le dieran una paliza. A David, a punto de jubilarse después de una vida de trabajo, porque su madre dijo que pegaba a sus hijos. Ni siquiera podemos estar seguros de que aquello fuese real, e incluso si lo fuese no era como para merecer la pena capital.

—Piensas con la mente de un agente de policía, no con la versión retorcida y desinhibida de Leiracha. Para esa versión solo hay una condena posible. Piensa que parte de esa psique es una niña pequeña solitaria y asustada. Si escuchó que alguien golpeaba a sus hijos, empatizaría con ellos de un modo que ni tú ni yo podemos.

Cañas asintió intentando comprender. Su vida había dado un giro brutal cuando Leiracha tuvo aquella crisis en Ferrol. Descubrir que tu compañera era una asesina era terrible, había dejado de dormir, había dejado de comer. Sonia estaba preocupada, en el trabajo le había dado una baja. Veía cómo los compañeros no sabían cómo comportarse con él. ¿Había sido cómplice de alguna manera? ¿Lo sabía y no dijo nada? ¿Cómo pudo no darse cuenta?

Veía la sospecha en sus ojos cuando le apartaban la mirada. Veía la duda, la incomprensión. Pero nada de eso se comparaba con lo que estaba viviendo Leiracha.

Había descubierto que ella misma era la asesina que tanto tiempo había intentado atrapar. Había estado luchando contra ella misma todo aquel tiempo. Si era duro no haberse dado cuenta de que tu compañero era el criminal, imagina ser el propio asesino y no haber sido consciente de ello.

—¿Quieres verla?

—No, creo que mejor no.

—Vienes todas las semanas.

—Necesito entender.

—Creo que a ella le gustaría saber que aún le importa a alguien.

—Me importa, claro que me importa. Pero... no sé cómo hablarle. Ni de qué hablarle. No sé cómo comportarme con ella.

—Poco a poco. Todo irá bien —le dijo Vanesa, la psiquiatra de aquella clínica, dándole un apretón en el hombro.

—Sí. Volveré la semana que viene.

Cañas abandonó el jardín sin que Leiracha llegase siquiera a percibir que estaba allí. Mejor así.

Contenido

PRÓLOGO

PREFACIO

EL CASO

INVESTIGACION

PROBLEMAS

SOSPECHAS

PESIMISMO

MAREOS

ACLARACION

SIETE AÑOS TIENEN LA CULPA

EPÍLOGO